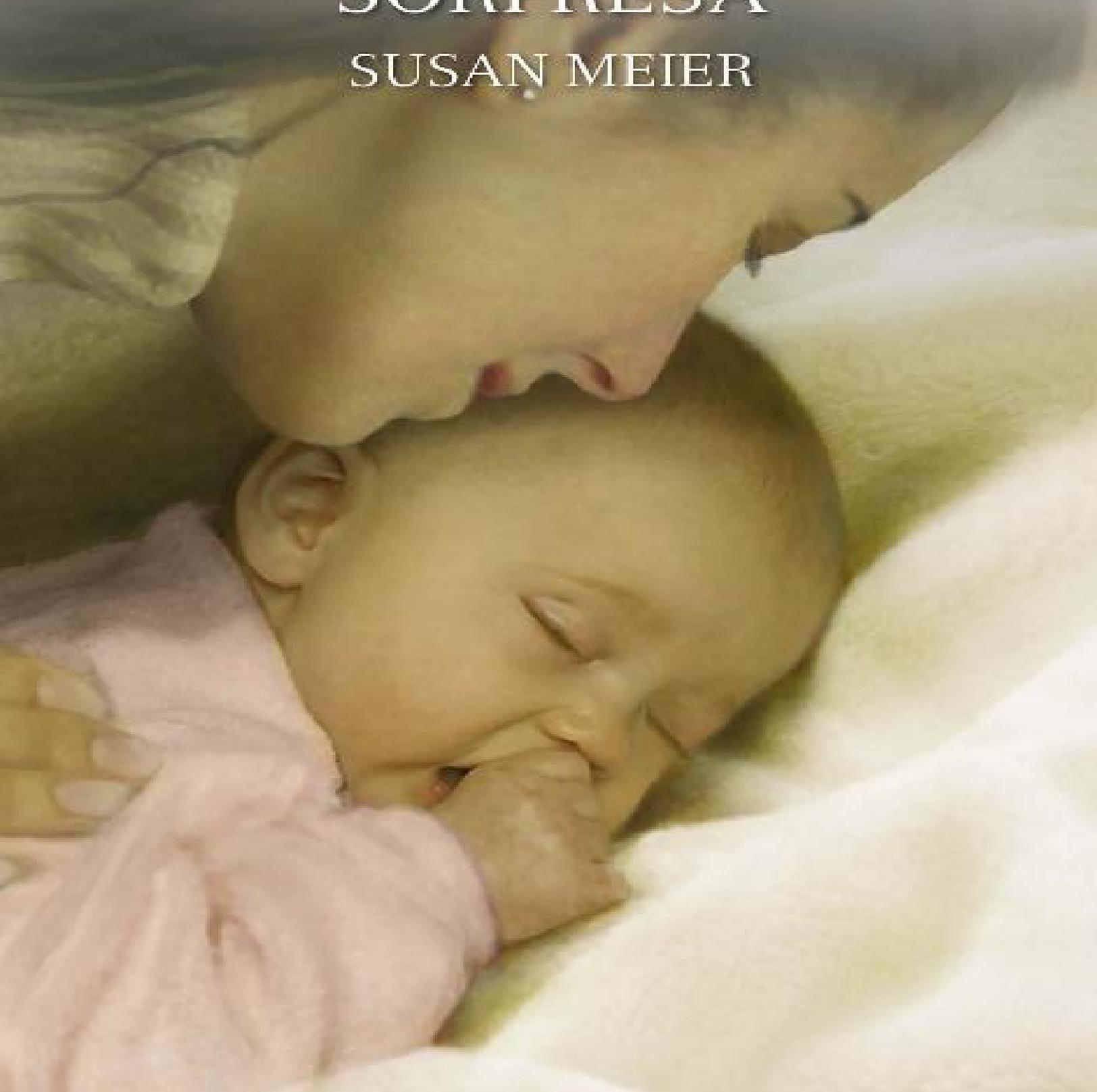


 HARLEQUIN™

Jazmin™

UNA PRECIOSA
SORPRESA
SUSAN MEIER



Jazmin

UNA PRECIOSA SORPRESA
Susan Meier



Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2007 Linda Susan Meier
© 2018 Harlequin Ibérica, una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Una preciosa sorpresa, n.º 2160 - septiembre 2018
Título original: Her Pregnancy Surprise
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Jazmín y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-9188-632-7

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[CréditosCapítulo](#)

[1Capítulo](#)

[2Capítulo](#)

[3Capítulo](#)

[4Capítulo](#)

[5Capítulo](#)

[6Capítulo](#)

[7Capítulo](#)

[8Capítulo](#)

[9Capítulo](#)

[10Capítulo](#)

[11Capítulo](#)

[12Epílogo](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

Capítulo 1

NO ESTARÁS planeando volver a Pittsburg esta noche, ¿verdad?

Danny Carson entró en la oficina del tercer piso de su casa de la playa en Virginia Beach hablando con Grace McCartney, su nueva empleada, que estaba detrás de su escritorio, encorvada sobre su portátil. Una morena alta con ojos de color violeta y una sonrisa que iluminaba la habitación. Grace era lista, pero además era simpática y le gustaba la gente. Ambas cualidades habían ayudado enormemente con el trabajo que habían tenido que realizar ese fin de semana.

Grace levantó la cabeza.

—¿Quieres que me quede? —preguntó.

—Llámalo «informe sobre la jornada».

Ella inclinó la cabeza, considerando su sugerencia, y entonces sonrió.

—De acuerdo.

Aquél era su verdadero encanto. Había estado trabajando sin parar durante tres días, obligada a pasar todo el fin de semana ayudando a Danny mientras él persuadía a Orlando Riggs, un chico que había convertido una beca de baloncesto en un contrato de treinta millones de dólares con la NBA, para que contratara a Servicios Carson como empresa financiera. Grace no sólo estaba lejos de su casa en Pittsburg y lejos de sus amigos, sino que tampoco había logrado relajarse en sus días libres. Podría haberle sentido mal que le pidiera que se quedara una noche más. Sin embargo,sonrió.

—¿Por qué no vas a tu habitación a refrescarte un poco? Le diré a la señora Higgins que cenaremos en una hora.

—Suena genial.

Cuando Grace salió de la oficina, Danny llamó a su ama de llaves por el

intercomunicador. Leyó sus correos electrónicos, comprobó la cena, paseó por la playa y terminó en el porche con un vaso de whisky. Grace tardó tanto que, cuando Danny oyó las puertas de cristal abriéndose tras él, la señora Higgins ya había dejado las ensaladas sobre la mesa y los entrantes en el carrito, marchándose a su casa. Agotado tras un intenso fin de semana de trabajo, y dándose cuenta de que Grace probablemente también lo estaría, Danny estuvo a punto de sugerirle que se olvidaran de la cena y que hablasen por la mañana, hasta que se dio la vuelta y vio a Grace.

Llevaba un bonito vestido veraniego de color rosa que dejaba ver el bronceado que había adquirido paseando por la playa con Orlando; parecía joven y saludable. Danny ya se había dado cuenta de que era guapa, claro. Tendría que haber sido ciego para no ver lo atractiva que era. Pero aquella noche, con los últimos rayos de sol iluminando su melena negra y la brisa del océano agitándole suavemente la falda, estaba increíble.

–Vaya –dijo él sin poder evitarlo. Ella sonrió.

–Gracias. Me apetecía mucho celebrar que Orlando ha firmado con Servicios Carson y, aunque esto no es precisamente Prada, es lo mejor de lo que he traído.

Danny se dirigió a su lado de la mesa y sacó su silla.

–Es perfecto –dijo. Pensó en sus pantalones caqui, su camisa de manga corta y su pelo negro revuelto por el viento mientras se sentaba, y luego se preguntó por qué sería. Aquello no era una cita. Ella era una empleada. Le había pedido que se quedara para darle una recompensa por el trabajo que había realizado aquella semana, y para hablar con ella lo suficiente para decidir a qué puesto quería ascenderla; además de para darle las gracias por hacer un buen trabajo. Lo que llevara puesto no tenía por qué importar. El hecho de que aquello pasara por su cabeza estuvo a punto de hacerle reír.

–La señora Higgins ya ha servido la cena –dijo él.

–Ya veo –Grace frunció el ceño, mirando las tapas de plata sobre los platos que había en el carrito junto a la mesa, y luego contempló las ensaladas—. Lo siento, no sabía que hubiera estado tanto tiempo en la ducha. Estaba un poco más cansada de lo que pensaba.

–Entonces me alegro de que te hayas tomado más tiempo –dijo él. Aunque, según lo decía, no podía creer que estuviera pronunciando aquellas

palabras. Sí, le estaba agradecido por haber sido tan generosa y amable con Orlando,

haciendo que el deportista se sintiera cómodo, pero el modo en que Danny había excusado su tardanza había sonado personal, cuando apenas conocía a esa mujer.

Ella se rió levemente.

–Realmente me cae bien Orlando. Creo que es una persona maravillosa. Pero aun así estábamos aquí para hacer un trabajo.

Cuando sonrió y las terminaciones nerviosas de Danny se pusieron alerta, se dio cuenta de que no se estaba comportando como un jefe porque se sentía atraído por ella. Estuvo a punto de negar con la cabeza. Estaba tan lento que había necesitado todo un fin de semana para darse cuenta de eso.

Pero no negó con la cabeza. No reaccionó en absoluto. Era su jefe y ya se había equivocado dos veces. Su «vaya» cuando la había visto con ese vestido había sido inapropiado. Su comentario sobre el tiempo extra había sido demasiado personal. Se excusó a sí mismo pensando que estaba cansado. Pero, tras darse cuenta de lo que pasaba, no podía parar. Él no salía con empleadas, pero además esa empleada en particular había demostrado ser demasiado valiosa para correr el riesgo de perderla.

–Me muero de hambre y esto tiene buena pinta –dijo ella levantando el tenedor.

–La señora Higgins es un tesoro. Soy afortunado de tenerla.

–Me dijo que disfruta trabajando para ti porque no estás aquí todos los días. Le gusta trabajar a media jornada, aunque normalmente sea en fin de semana.

–Ésa es la suerte que tengo –convino Danny. Dejaron de hablar mientras comían y, extrañamente, una parte de Danny echaba de menos la conversación. No era normal en él que quisiera ser amigo de una empleada, pero sobre todo esa cena tenía que ser profesional porque tenía cosas que discutir con ella. Aun así no pudo evitar sentirse decepcionado, como si estuvieran desperdiciando una oportunidad inesperada.

Cuando terminaron con las ensaladas, él se puso en pie para servir el plato principal.

–Espero que te gusten los fetuccini Alfredo.

–Me encantan.

–Genial –Danny quitó las tapas, sirvió los platos y, con gran esfuerzo, comenzó a hablar de trabajo–. Grace, has hecho un trabajo excepcional este

fin de semana.

–Gracias. Aprecio el cumplido

–Mi intención no es sólo hacerte un cumplido. Tu trabajo ha conseguido una cuenta importante par Servicios Carson. No sólo voy a darte un extra, también me gustaría ascenderte.

–¿Estás bromeando? –preguntó ella.

–No –dijo él riéndose–. Ahora tenemos que hablar un poco sobre lo que puedes hacer y en qué parte de la organización te gustaría trabajar. Cuando lo hayamos aclarado, me encargaré del papeleo necesario.

Ella se quedó mirándolo con la boca abierta y finalmente dijo:

–¿Vas a ascenderme a cualquier lugar al que quiera ir?

–Hay una condición. Si vuelve a surgir una situación como la de Orlando, donde tengamos que hacer más de lo habitual para que un cliente firme, quiero que tú participes en el proceso de persuasión.

Ella frunció el ceño.

–Me gusta pasar el tiempo ayudando a un inversor indeciso a ver los beneficios de utilizar tus servicios, pero no hace falta que me asciendas para eso.

–El ascenso es parte de mi agradecimiento por haber ayudado con Orlando.

–No lo quiero –dijo ella negando con la cabeza.

–¿Qué? –preguntó él, convencido de que tenía que haber oído mal.

–Llevo en la compañía dos semanas. Aun así fui elegida para pasar un fin de semana en tu casa de la playa con Orlando Riggs, una superestrella a la que medio mundo se muere por conocer. Ya me has dado más de lo que la mayoría de tus empleados han recibido en varios años trabajando para ti. Si hay algún puesto libre en alguna parte, asciende a Bobby Zapf. Tiene esposa y tres hijos, y están ahorrando para una casa. Le vendría bien el dinero, y tu confianza enél.

Danny la observó durante unos segundos y luego se rió.

–Lo entiendo. Estás bromeando.

–Hablo en serio –dijo ella tomando aliento–. Mira, todo el mundo comprendió que me eligieras para este fin de semana porque soy nueva. No llevo el tiempo suficiente trabajando para ti como para adoptar tus opiniones, de modo que Orlando supo que, cuando yo estaba de acuerdo contigo, no estaba simplemente siguiendo la línea de la compañía. Aún no sé cuál es la línea de la compañía, así que fui una buena elección para esto.

Pero no quiero que me asciendan por encima de nadie.

–¿Te dan miedo los celos?

–¡No! No quiero tener un trabajo que debería ser para otra persona.

Alguien que lleve años trabajando para ti.

–Como Bobby Zapf.

–En las dos semanas que he pasado en la oficina, he observado a Bobby trabajar más duramente que cualquier otra persona. Si quieres ascender a alguien, él es el indicado.

Danny se recostó en su silla.

–De acuerdo. Entonces será Bobby –dijo. Se detuvo, jugueteó con la cubertería y entonces la miró, aguantándose una sonrisa. Nunca había tenido una empleada que rechazara un aumento; sobre todo para asegurarse de que otra persona lo obtuviese. Grace era ciertamente única.

–¿Puedo al menos darte un extra?

–¡Sí! –dijo ella riéndose–. He trabajado duro durante todo un fin de semana. Un extra no estaríamal.

–De acuerdo. Un extra, pero no un ascenso.

–Puedes prometer observarme durante el próximo año y entonces ascenderme, porque ya habré tenido tiempo suficiente para demostrar lo que valgo.

–Podría –dijo él.

–De acuerdo –dijo Grace–. Pues tema zanjado. Yo consigo un extra y tú observarás lo bien que trabajo –entonces, con la misma rapidez con la que había cerrado el asunto, cambió de tema–. Esto es precioso.

Danny miró a su alrededor. La oscuridad había descendido. Un millón de estrellas titilaban sobre sus cabezas. La luna brillaba como un dólar de plata. El agua golpeaba la orilla con olas de espuma blanca.

–Me gusta. Hago gran parte de mi trabajo aquí porque es tranquilo. Pero al final del día también puedo relajarme.

–No te relajas a menudo, ¿verdad?

–No. Tengo sobre mis hombros el destino de una compañía que lleva décadas en funcionamiento. Si fracaso, la compañía fracasa y el legado que mi bisabuelo luchó por crear se convertirá en cenizas. Así que estoy centrado en el trabajo. A no ser que la relajación ocurra de manera natural, noocurrirá.

–Yo tampoco me relajo mucho –dijo ella agarrando de nuevo el tenedor–.

Ya me oíste decirle a Orlando que había crecido igual que él. Sin dinero. Y, del mismo modo que él usó su talento para labrarse un futuro, yo pienso

hacer lo mismo.

–Un consejo. Tal vez no deberías rechazar ascensos de tus jefes.

–No puedo quedarme con lo que no merezco –dijo ella–. Tendré que hacer mis millones a la antigua usanza. Tendré que ganarlos.

Danny se rió y dijo:

–Odio decirte esto, pero la gente que trabaja para otros rara vez se hace rica. Así que, si quieres ganar millones, ¿qué haces trabajando para mí?

–Aprendo sobre inversiones. Cuando era joven, oí la teoría de que el dinero debería trabajar tan duro para ti como tú para él. En mi juventud no tuve ocasión de ver cómo hacer que el dinero trabajara, de modo que imaginé que el mejor lugar para aprender de inversiones sería una compañía de inversiones. ¿Ytú?

–¿Qué pasa conmigo?

–No sé –dijo ella encogiéndose de hombros–. ¿Deseabas el negocio familiar? ¿Fuiste un niño feliz? ¿Eres feliz ahora? –volvió a encogerse de hombros–. Cualquier cosa.

Hizo las preguntas y luego se llevó el tenedor a la boca, haciendo que su interrogatorio pareciera casual. Pero, aun así, había desviado la conversación hacia él. Sin embargo, Danny no pensaba que estuviera cotilleando. Parecía realmente curiosa, pero no como un sabueso, sino como alguien que intentaba ser amiga suya.

Se humedeció los labios y el corazón se le aceleró al pensar en la posibilidad de contestar. Una parte de él realmente deseaba hablar. Una parte de él necesitaba hablar. Habían pasado dos años. Habían ocurrido demasiadas cosas.

Respiró profundamente, sorprendido al barajar la posibilidad de confiarle sus secretos, y aun sabiendo que no lo haría. Aunque no podía ignorarla, no le confiaría sus historias. Nunca lo haría. Ni a ella ni a nadie.

Tenía que retomar el rumbo de la conversación. Tenía que hablar de negocios.

–Lo que ves es lo que soy. Presidente de la junta directiva de Servicios Carson. No hay nada de qué hablar.

–¿De verdad? –preguntó ella perpleja.

–A los seis u ocho años supe que me haría cargo de la compañía que mi bisabuelo había fundado. No tuve que viajar ni experimentar para saber lo

quedeseaba.Mividaestabadiseñadadeantemanoyyosimplementeseguí

los pasos. Por eso no hay mucho que contar.

–¿Comenzaste a prepararte desde niño?

–No realmente a prepararme, sino más bien comenzaron a incluirme en las conversaciones que mi padre y mi abuelo pensaban que eran relevantes.

–¿Pero y si no te gustaban las inversiones?

–Pero sí me gustaban.

–Simplemente suena raro –dijo ella, y se sonrojó–. Lo siento. La verdad es que no es asunto mío.

–No lo sientas –dijo él, sintiéndose más cómodo de lo que se había sentido en años–. Entiendo lo que dices. Tuve suerte de que me gustara invertir. Me metí en el trabajo como si hubiera sido hecho para mí, pero cuando mi hijo... Se detuvo y sintió una presión en el pecho. El corazón se le aceleró.

No

podía creer que hubiera dicho eso.

–¿Pero tu hijo qué?

–Pero cuando mi hijo comenzó a mostrar su talento artístico –dijo Danny, pensando con rapidez porque, una vez más, la conversación se había vuelto demasiado personal. Y esa vez había sido culpa suya–. De pronto vi que tal vez otra persona no quisiera ser presidente de la compañía, que tal vez no tuviera la habilidad para llevar esa responsabilidad, o que quizá tuviera talentos que lo llevaran en una dirección diferente. Entonces la compañía tendría que contratar a alguien, y contratar a alguien del calibre que nosotros necesitamos implicaría pagar un salario inmenso y una parte de las acciones. La fortuna familiar acabaría desperdiciada.

Ella lo observó durante unos segundos con una mirada tan intensa que Danny supo que la mención de su hijo le había sorprendido. Pero no diría nada más sobre Cory. Esa parte de su vida estaba tan alejada de él que ni siquiera se permitía pensar en ello. Sabía que jamás llegaría el día en que hablara de Cory con otra persona.

Finalmente Grace suspiró y dijo:

–Entonces creo que fuiste afortunado por desear ese trabajo.

Danny se relajó. Una vez más, ella había leído sus pensamientos. Había visto que, a pesar de haber mencionado a su hijo, no había entrado en detalles y había devuelto el rumbo de la conversación a la empresa familiar, de modo que supo que debía dejar pasar el tema.

Terminaron la cena charlando amistosamente porque Grace comenzó a hablar de remodelar la pequeña casa que había comprado al conseguir su

primer trabajo dos años antes. Mientras hablaban sobre los detalles, Danny se dio cuenta de que probablemente ella fuera la persona más sensible que jamás había conocido. Podía analizar a las personas y las situaciones tan bien que Danny no tenía por qué preocuparse de lo que dijera frente a ella. Una persona que sabía que no debía entrometerse jamás traicionaría su confianza.

Por esa razón sintió una súbita necesidad de confiar en ella. ¿Pero por qué diablos iba a querer hablar del pasado? ¿Y por qué pensaría que a una mujer le interesaría conocer las historias de horror marital del jefe? A ninguna mujer. A ninguna persona. Salvo quizá a una cotilla. Y Grace no era una cotilla.

Después de la cena, entraron en la casa para tomar una copa, pero Danny se detuvo junto a la escalera que conducía a la oficina del tercer piso.

—Los extras no forman parte de la contabilidad normal. Extiendo esos cheques yo mismo. Es una manera de asegurarme de que pasan de mis manos a las de los empleados que los consiguen. La chequera está arriba. ¿Por qué no subimos ahora y te la doy?

Grace sonrió.

—Me parece bien.

Danny hizo un gesto para que Grace lo precediera por las escaleras. Se dio cuenta demasiado tarde de que había sido un error. Su trasero perfecto estaba justo frente a sus ojos. Se detuvo y dejó que avanzara unos escalones más delante de él. Descubriendo que, desde aquel punto, podía observar con claridad sus pantorrillas.

Llegó al final de las escaleras con la cabeza agachada, contemplando la alfombra oriental que cubría el trayecto. Cuando llegó al tercer piso, ella estaba esperándolo. La luz de la luna entraba por las ventanas de la parte de atrás del loft que daba a su oficina, rodeándola con una luz pálida que hacía que pareciera un ángel.

Asombrado, Danny se quedó mirándola. Sabía que era una persona agradable. Una buena persona. También sabía que ésa era la razón por la que se la acababa de imaginar como un ángel y había sentido un gran compañerismo hacia ella. Pero era una empleada. Él era su jefe. Tenía que mantener la distancia.

Señaló hacia su oficina y, una vez más, ella caminó delante. Una vez

dentro, Danny se sentó tras el escritorio y ella en la silla que tenía enfrente.

–Creo que Orlando Riggs es una buena persona –dijo él mientras sacabala

chequera—. Has hecho que se sintiera muy cómodo.

—Yo me he sentido muy cómoda con él —dijo ella—. Muchos hombres que acabara de firmar un contrato de treinta millones con un equipo de la NBA se mostrarían un poco arrogantes.

—¿Un poco arrogantes? —preguntó Danny, y lanzó una carcajada—. He conocido a gente con mucho menos talento que Orlando y mucho menos dinero que eran unos auténticos imbéciles.

—A Orlando parece no afectarle.

—Salvo que desea asegurarse de que su familia tenga todo lo que necesita — dijo Danny mientras comenzaba a escribir el cheque—. Ni siquiera me di cuenta de que estuviera casado.

—Y tiene dos
hijos. Hijos.

Danny parpadeó ante la avalancha de recuerdos que le produjo aquella palabra. Recordaba lo ansioso que había estado por casarse con Lydia y por tener una familia. Recordaba su idea ingenua de la felicidad marital, y el pecho se le llenaba de un gran vacío cada vez que pensaba en lo cerca que había estado de cumplir ese sueño, y la facilidad con la que se lo habían quitado.

Pero esa noche, con la hermosa y encantadora Grace sentada enfrente, Danny tuvo un sorprendente momento de claridad. Siempre se había culpado a sí mismo por el fracaso de su matrimonio, ¿pero y si había sido culpa de Lydia? Él había mostrado su intención de ir a terapia conyugal. Lydia simplemente había mostrado su intención de irse. Lejos de él. Si contemplaba el fracaso de su matrimonio desde aquella perspectiva, entonces el divorcio no era culpasuya.

Aquello estuvo a punto de hacer que se echara a reír. Si realmente pensaba que el divorcio no era culpa suya, entonces...

¿Entonces había malgastado los años?

No. Había malgastado su vida. No sólo se sentía vacío del modo en que la gente le decía que se sentía uno al perder a una pareja; se sentía vacío en general. Casi inexistente. Como si no tuviera una vida. Como si cada día desde que su matrimonio acabara dos años antes no hubiera vivido de verdad. Ni siquiera había existido realmente. Simplemente había pasado el tiempo.

Tras terminar de extender el cheque, se puso en pie. Le resultaba extraño pensar en sentirse vacío cuando frente a él se encontraba Grace, feliz con su

vida y llena de energía.

–Gracias por tu ayuda este fin de semana.

Mientras caminaba hacia ella, Grace también se levantó. Le entregó el cheque. Ella observó la cantidad que había escrito y luego lo miró. Sus hermosos ojos violetas parecían sorprendidos. Sacó la lengua para humedecerse los labios antes de decir:

–Esto es demasiado.

Hipnotizado por sus ojos, viendo en ellos auténtica gratitud, Danny habría jurado que sintió cómo parte de su energía se traspasaba a él. Como poco, experimentó una fuerte sensación de conexión. Como si aquello estuviese bien. Como si hubiera un propósito, una razón por la que ella estaba allí.

Aquel sentimiento de conexión e intimidad podría no ser más que el resultado de haber pasado juntos cada minuto desde el viernes por la tarde hasta el domingo por la noche, pero eso no disminuyó la intensidad. Era tan fuerte que su voz se suavizó cuando dijo:

–No. No es demasiado. Te lo mereces.

Ella respiró profundamente, haciendo que su pecho subiera y bajara, llamando su atención sobre el escote. Parecía suave y femenina, pero, aun así, lista y sensible. Razón por la que se sentía atraído por ella, tentado, cuando en los dos últimos años ninguna mujer había penetrado en el dolor que lo mantenía prisionero. Grace lo trataba como a una persona. No como a un jefe rico. No como a un buen partido. Ni siquiera como a un tipo tan lejos de su estatus social que debería ponerse nerviosa por pasar tanto tiempo a solas con él. Simplemente lo trataba como a un hombre.

–Gracias –Grace levantó la mirada de nuevo. En esa ocasión, cuando Danny experimentó la sensación de intimidad, no pudo convencerse de lo contrario, porque finalmente lo comprendió. Ella también lo sentía. Podía verlo en sus ojos. Y él no quería apartarse de aquello. La necesitaba.

Pero entonces vio el cheque en sus manos y recordó que era su empleada. Una aventura entre ellos tendría consecuencias. Sobre todo cuando terminara. Los cotilleos de la oficina harían que pareciera un estúpido, pero podrían arruinar la carrera de Grace. Le costaría su trabajo. Tal vez él estuviera dispuesto a correr el riesgo porque su futuro no estaba en juego, pero no podía tomar esa decisión por ella.

Capítulo 2

DANNY se aclaró la garganta.

—De nada. Realmente te estoy muy agradecido por tu ayuda este fin de semana —se apartó y caminó hacia la puerta de la oficina—. Voy abajo a tomar algo antes de acostarme. Te veré por la mañana.

Grace observó cómo Danny salía, completamente confusa por lo que estaba ocurriendo entre ellos. Durante unos segundos, habría jurado que iba a besarla, y lo más increíble era que se lo habríapermitido.

¿Permitido? Se sentía tan atraída por él que había estado a punto de besarlo primero, y eso era sorprendente. Debería haberse recordado a sí misma que era su jefe, y que tenía tanto dinero que apenas estaban en el mismo planeta. Ni mucho menos en el mismo círculo social. Pero esas ideas ni siquiera se le habían pasado por la cabeza; y, pensándolas en ese momento, Grace no encontraba razón alguna por la que deberían importar.

Riéndose suavemente, se pasó los dedos por el pelo. Fuera cual fuera la razón, no podía negar que existía una chispa entre Danny y ella. Cuando Orlando se había marchado esa tarde, Grace se había sentido decepcionada porque su fin de semana juntos había terminado. Pero Danny le había pedido que se quedara una noche más y ella no había podido resistir la necesidad de vestirse bien y albergar la esperanza de que él la mirara como ella lo había estado mirando a él. Danny había estado a punto de echarlo todo a perder ofreciéndole un ascenso que no merecía, pero demostraba que confiaba en su opinión al aceptar su consejo sobre Bobby Zapf.

El verdadero punto de inflexión había sido la mención de su hijo. No deseaba hablar de él y, una vez metido en la conversación, había actuado como si no lo hubiera dicho. Ella había visto la tristeza en sus ojos y sabía

que había una historia allí. Pero también sabía que no era el momento para hacer preguntas. Había oído rumores de que Danny había pasado por un amargo divorcio, pero nadie había mencionado que tuviera un hijo de ese matrimonio. Los divorcios difíciles normalmente resultaban en luchas legales por la custodia de los hijos, y su mujer podría perfectamente ponerle dificultades para ver a su hijo, razón por la que probablemente no quisiera hablar de él.

Pero ésa no era una noche para indagar en un pasado que probablemente le trajese malos recuerdos. Esa noche tenía que averiguar si él sentía lo mismo por ella que ella por él. Lo último que deseaba era ser una de esas empleadas que se enamoraban de su jefe y luego languidecían por él durante el resto de su carrera profesional.

Y no conseguiría respuestas quedándose allí arriba cuando él estaba en el piso de abajo.

Corrió escaleras abajo y lo encontró en el salón, tras la barra, sirviendo whisky en un vaso.

Levantó la mirada cuando ella entró. Aunque pareció sorprendido de que no se hubiera ido a su habitación como más o menos le había ordenado que hiciera, dijo:

—¿Una copa?

Grace deseaba estar alerta para no malinterpretar cualquier cosa que él hiciera o dejara, de modo que dijo:

—No, gracias.

Se sentó en uno de los taburetes de cuero rojo que hacían juego con los sofás que había frente a los ventanales, que proporcionaban una magnífica vista del Atlántico. Una alfombra oriental de color negro, rojo y beige situada entre los sofás cubría el suelo de madera. Unas luces con bombillas blancas conectadas a unas finas poleas de cromo colgaban del techo, iluminando la sala.

Danny dio un trago al whisky y luego dejó el vaso sobre la barra.

—¿No puedes dormir?

Ella se encogió de hombros.

—Supongo que aún estoy estresada por el fin de semana.

—¿Qué harías normalmente un domingo por la noche? Ella pensó por un momento y luego se rió.

–Probablemente jugaría al rummy con mi madre. Es una adicta a las cartas.

Le encanta cualquier juego. Pero especialmente el rummy.

–¿No puedes vencerla?

–De vez en cuando tengo suerte. Pero, cuando se trata de auténtica habilidad, esa mujer es implacable.

Danny se rió.

–A mi madre también le gusta jugar a las cartas.

–¿De verdad? –preguntó Grace–. ¿Y es buena?

–Excepcional.

–Deberíamos hacer que se conocieran. Danny suspiró y dijo:

–Deberíamos.

Y entonces Grace lo vio. Aquello que había estado rondando por su cerebro, pero que no había aparecido realmente. A pesar de sus raíces humildes y de la privilegiada educación de Danny, ambos tenían mucho en común. No tenían recuerdos de la infancia, sino cosas de adultos y compromisos. Llevaba el negocio familiar. Ella estaba decidida a ayudar a sus padres a salir de la pobreza porque los quería. Incluso el modo en que veían a Orlando indicaba que tenían más o menos las mismas creencias sobre la vida y la gente.

Si Danny no le hubiera pedido ayuda ese fin de semana, igualmente habrían acabado estando juntos el tiempo suficiente para saber que encajaban. Sabía que él también se había dado cuenta, aunque sólo fuera porque había sacado temas personales durante la conversación, pero se había detenido. Probablemente porque ella era una empleada.

Los dos perderían si no eran capaces de mantener una relación madura de oficina. Pero pensaba que sí lo eran. Su infancia difícil y el divorcio de él los habían hecho más fuertes. No eran débiles. Eran cuidadosos. Listos. Si había dos personas capaces de mantener una relación en la oficina sin que afectara a su trabajo, éstos eran ellos dos. Y no estaba dispuesta a perderse algo bueno porque, como su jefe, Danny no daría el primer paso.

Levantó la mirada hasta ver sus ojos.

–¿Sabes una cosa? Aunque tratas de disimularlo, creo que te gusto.

¿Ayudaría si te dijera que tú también me gustas?

Durante varios segundos, Danny no contestó. No podía. Jamás había

conocido a una mujer tan sincera, de modo que no le sorprendió que hablara con claridad. Incluso mejor, ella no se había hecho la tímida, fingiendo que no sabía lo que ocurría. Lo veía, y no le importaba el hecho de que le gustara, al igual que a él.

Y ésa era la clave. La respuesta final. Ella lo deseaba tanto como él a ella, y de pronto Danny no comprendió por qué estaba intentando resistirse.

—Ayuda enormemente —dijo, se inclinó sobre la barra y la besó, en parte para asegurarse de que estuvieran en el mismo punto con sus intenciones, y en parte para ver si su química era tan fuerte como las emociones que parecía haber entre ellos.

Lo era. El más leve roce de sus labios lo dejó sin aliento. Sintió la explosión hasta en los dedos de los pies.

Ella no puso objeción alguna, de modo que recorrió los pocos pasos que los separaban y se colocó frente al taburete en el que ella estaba sentada. Le colocó las manos en los hombros y la besó profundamente esa vez, abriendo la boca por completo.

Sintió el deseo por todo su cuerpo y comenzó a perder el control. Deseaba tocarla, saborearla, sentir todas las cosas de las que se había privado durante los últimos dos años.

Pero una cosa era besarla y otra hacer el amor. Aunque, cuando se apartó, Grace deslizó la mano por su cuello haciendo que volvieran a besarse.

Danny se sintió aliviado. Jamás había sentido ese deseo ardiente por hacer el amor. Aun así, el ansia que sentía no era de gratificación sexual. Estaba ansioso por estar con Grace. Era dulce, divertida, maravillosa... y hermosa. Sentir cómo ella lo rodeaba con los brazos y le devolvía los besos le produjo una sensación que le daba miedo nombrar.

En vez de poner fin al beso, la levantó en brazos y la llevó hacia su cama.

A la mañana siguiente, cuando Grace se despertó, respiró profundamente mientras se estiraba. Cuando palpó con la mano una piel caliente y desnuda, abrió los ojos y recordó que había pasado la noche haciendo el amor con su jefe.

Al revivir cada detalle, parpadeó dos veces, esperando a que llegara el sentimiento de vergüenza, o tal vez de culpa. Al no sentir ninguna de esas cosas, sonrió. No podía creérselo, pero era cierto. Se había enamorado de

Danny Carson en unas cuarenta y ocho horas.

Debería sentirse estúpida por dejarse llevar de esa manera. Incluso podría preocuparse de que él hubiera visto sus sentimientos y se hubiera aprovechado de ella simplemente para obtener placer sexual. Pero se sentía feliz. Nunca había hecho el amor con nadie como con él. Y estaba seguro de que él pensaba igual.

Bostezó y se estiró, luego bajó las escaleras hasta la habitación que habían utilizado las noches del viernes y del sábado. Tras lavarse los dientes y peinarse, regresó a la habitación de Danny y vio que aún estaba durmiendo, de modo que volvió a meterse en la cama.

Sus movimientos hicieron que Danny se moviera. Mientras Grace daba gracias por haber tenido ocasión de arreglarse antes de que él se despertara, Danny se giró sobre la almohada. Ella sonrió y vio su mirada, pero los ojos que la recibieron no eran los mismos ojos cálidos y marrones del hombre que había hecho el amor con ella esa noche. Eran los ojos oscuros, casi negros de su jefe.

Recordó de nuevo cómo habían hecho el amor y se dijo a sí misma que dejara de ser una perdedora preocupada. Sí, el tipo que llevaba Servicios Carson podía ser muy gruñón a veces, pero el hombre que vivía en esa casa de la playa era mucho más amable. Y estaba completamente segura de que éste era el verdadero Danny.

Manteniendo su mirada, susurró:

–Buenos días.

Él se quedó mirándola. Tras varios segundos, cerró los ojos y dijo:

–Dime que no hemos cometido un error.

–No hemos cometido un error.

–Siempre tan optimista –dijo Danny abriendo los ojos.

Grace se juntó más a él para poder apoyar la cabeza sobre su brazo.

–Nos gustamos. Mucho. Ha ocurrido algo muy especial entre nosotros. Danny se quedó callado durante unos segundos y luego dijo:

–De acuerdo.

–¿De acuerdo? ¡Creía que había sido fantástico!

La cara de Danny se transformó. La seriedad abandonó sus ojos y fue reemplazada por sorpresa.

–Me haces reír –dijo.

–Es un trabajo sucio, pero alguien tiene que hacerlo.

Riéndose, Danny la agarró de la cintura y cambió las posiciones. Pero, mirándola a los ojos, suavizó su expresión de nuevo y dijo:

–Gracias –dijo, antes de inclinar la cabeza y besarla.

Hicieron el amor y entonces Danny salió de la cama, sugiriendo que se dieran una ducha. Completamente desnudo, caminó hacia el cuarto de baño y abrió el grifo. No tan cómoda como él, Grace necesitó un minuto para reunir el coraje de reunirse con él y, finalmente, se envolvió con la sábana para caminar hacia el baño.

Pero, aunque vaciló antes de dejar caer la sábana, cuando entró en la ducha, se sintió despreocupada. Sabiendo que la confianza de Danny estaba debilitada después de su divorcio, se puso de puntillas y le dio un beso. Él le permitió llevar el mando y Grace comenzó una lenta exploración de su cuerpo, hasta que Danny pareció incapaz de aguantar más y cambió las tornas.

Hicieron el amor con rapidez, cubiertos de jabón, deteniéndose a veces para reírse, y Grace supo que, desde ese momento, era suya. Nunca sentiría por ningún hombre lo que sentía por Danny.

Capítulo 3

CUANDO Grace y Danny se encontraron de pie frente a la casa de la playa, dispuestos a subir a sus respectivos coches para regresar a Pittsburg, ella pudo ver el descontento en su cara cuando le hablaba de los compromisos de trabajo que tenía durante la semana. Deseaba estar con ella, pero esas reuniones llevaban meses programadas y no podía librarse de ellas. De modo que Grace le dio un beso y le dijo que estaría esperándolo cuando regresara.

Se montaron en sus vehículos y se dirigieron a casa. Danny era un conductor rápido, de modo que lo perdió en la I-64, pero no le importó. Sentía ligero el corazón y tenía el tipo de mariposas en el estómago que hacían que una mujer tuviera ganas de cantar. Aunque el tiempo lo diría, realmente creía que había encontrado al hombre perfecto. Sólo conocía a Danny desde hacía dos semanas, y en realidad no había pasado mucho tiempo con él, dado que estaba por encima de ella en la compañía. Pero el fin de semana le había servido para saber todo lo que necesitaba saber sobre el verdadero Danny Carson.

Para el mundo, él era un hombre de éxito, ambicioso y exigente. En privado, era un hombre normal y cariñoso al que ella le gustaba. Mucho.

Sí, probablemente tendrían problemas porque él poseía la empresa para la que ella trabajaba. Danny había vacilado en la casa antes de besarla. Le había preguntado por la mañana si habían cometido un error. Pero ella se obligaba a no preocuparse por eso. Estaba segura de que, cuando pasaran el tiempo suficiente juntos y él viera cómo se comportaba, sus preocupaciones sobre salir con una empleada desaparecerían.

Los primeros dos días de su viaje pasaron volando. Llamó el miércoles por la mañana, y el mero sonido de su voz hizo que se le acelerase la respiración.

Aunque hablaba de clientes, reuniones, cenas de negocios y apretones de manos interminables, su voz profunda le recordó las palabras que le había susurrado al oído mientras hacían el amor. Antes de colgar, le susurró que la echaba de menos y que no podía esperar a verla, y Grace estuvo a punto de desmayarse de felicidad.

Al día siguiente no llamó, pero Grace sabía que estaba ocupado. Tampoco llamó el viernes ni el sábado.

Mientras volaba de vuelta a Pittsburg el domingo, Danny trataba de controlar las repentinas dudas pensando en lo que había ocurrido entre Grace y él. En la semana que había pasado, no había tenido un minuto libre para pensar en ella, y no había hablado con ella salvo en una breve llamada hacía unos días. La llamada había terminado demasiado pronto y lo había dejado deseoso de verla, pero después de tres días sin contacto, los aspectos negativos de la situación se agolpaban en su mente, y había muchos.

Primero, no la conocía realmente. Segundo, aunque ella fuera la mujer perfecta, habían ido demasiado lejos demasiado rápido. Tercero, trabajaban juntos. Si salían, se sabría en la oficina. Cuando rompieran, él sería el objeto de los cotilleos que habían estado a punto de arruinar su reputación cuando su matrimonio terminó.

Tomó aliento. No sabía decir si la distancia le estaba dando perspectiva o estaba invocando todos sus demonios. Pero sí sabía que debería haberlo pensado mejor antes de hacer el amor con ella.

Peor aún, no podía analizar correctamente su situación porque no lograba recordar los hechos concretos. Lo único que recordaba de su noche del domingo y de la mañana del lunes eran emociones tan intensas que había encontrado el coraje para ser él mismo. Pero, cuando esas emociones desaparecieron, no lograba traer a su mente ningún recuerdo sustancial de lo que había ocurrido entre ellos. No recordaba nada específico que ella le hubiera dicho para hacer que le gustara... ¿Gustarle? No sólo le gustaba Grace. Aquella noche de domingo sus sentimientos habían sido más parecidos al deseo arrebatador e incontrolable. Un hombre en esas condiciones podía ser seducido fácilmente y ver en una mujer rasgos que realmente no estaban allí, y eso significaba que había cometido un terrible error.

Se dijo a sí mismo que no debía pensar así. Conocía a Grace desde hacía dos semanas, cuando ella había entrado a trabajar en la empresa, pero realmente no la conocía porque no trabajaba con los nuevos empleados. Trabajaba con sus jefes. Saludaba a los nuevos empleados en el hall. Pero, aparte de eso, los ignoraba. De modo que no la conocía desde hacía dos semanas. Simplemente la había visto de vez en cuando.

Además, se había portado muy bien con Orlando. Había estado en la casa de la playa para demostrarle que Servicios Carson contrataba a gente con cualificaciones. Sí, se había desvivido durante su tiempo con Orlando, haciendo que se sintiera cómodo, compartiendo su instinto personal, ¿pero acaso no era ése su trabajo?

Danny tomó aire. ¿Se habría enamorado de una personalidad que ella había interpretado para impresionar a Orlando y de la que no se había despojado una vez que la estrella del baloncesto se hubomarchado?

Se sentó, se frotó la cara con las manos y contuvo un quejido. Aparecieron en su mente fragmentos de su conversación con Grace el domingo por la noche mientras cenaban. Ella había crecido en la pobreza. Sólo podía permitirse una casa que necesitaba una reforma. Deseaba ser rica. Se había metido en el mundo de las inversiones para comprender al dinero.

Él tenía dinero.

Técnicamente él era un atajo para todas las metas de Grace.

Tragó saliva. No era justo juzgarla cuando no estaba allí para defenderse.

Tenía que verla. Entonces lo sabría. Tras cinco minutos de conversación, ella aliviaría todos sus miedos o demostraría que Danny se había precipitado, que le había dicho demasiadas cosas y quedaría decepcionado.

Cuando su avión aterrizó en el aeropuerto, sacó su teléfono móvil y la llamó, pero no contestó. Dejó un mensaje, pero no le devolvió la llamada y Danny comenzó a preocuparse. No era que pensara que debería estar en casa, esperándolo, pero ella sabía cuándo regresaba. Le había dicho que lallamaría. Se lo había dicho al final de una llamada telefónica muy emotiva en la cual le había dicho que la echaba de menos. Ella le había dicho lomismo.

¿Y no estaba en casa?

Si no le hubiera dado la hora de su aterrizaje, si no le hubiera dicho que la llamaría, no le habría parecido tan extraño que no estuviera en casa. Pero,

habiéndole dicho todas esas cosas, tenía la sospecha de que algo iba mal.
A no ser que ella hubiera llegado a las mismas conclusiones que él.

Comenzar una relación había sido un error.

Tenía que ser eso.

Se sintió aliviado. Él no deseaba otra relación. Jamás. Y Grace era una chica demasiado amable para tener el tipo de aventura que terminaba cuando su deseo sexual terminara y ambos se alejaran.

Era mejor que acabara así.

Tranquilo no sólo porque Grace hubiera puesto fin a su relación, sino también porque probablemente no tendría que encontrársela en los pasillos, dado que sus puestos en la compañía y en el edificio estaban alejados, Danny se fue a trabajar feliz. Pero su secretaria lo llamó a las diez y media, diciéndole que Grace estaba en el despacho externo, preguntando si tenía tiempo para ella.

Claro. ¿Por qué no? Ahora que ya lo había colocado todo en su cabeza, podría soportar una breve reunión con ella. Probablemente se reirían de su error.

Dejó el lápiz sobre la pila de papeles que tenía enfrente y dijo:

—Que pase.

Se preparó, sabiendo que, aunque su cerebro hubiese asumido que la relación había terminado, su cuerpo no estaría tan de acuerdo. Verla probablemente evocaría muchas respuestas físicas, aunque fuera sólo porque era guapa. Recordaba esa parte muy, muy bien.

La puerta de su despacho se abrió y entró Grace. Danny estuvo a punto de emitir un gemido. Era tan alucinante como recordaba. Su pelo oscuro rodeaba su cara y complementaba su tono de piel. Su pequeño traje rosa mostraba aquellas increíbles piernas. Pero él no estaba hecho para tener relaciones y ella no estaba hecha para tener aventuras.

—Buenos días, Grace.

—Buenos días —dijo ella con una sonrisa.

Danny señaló la silla que había frente al escritorio, indicando que se sentara.

—Mira, sé lo que vas a decir. Estar fuera durante una semana también me ha dado perspectiva a mí, y estoy de acuerdo en que cometimos un error al acostarnos.

—¿Qué?

Confuso, ladeó la cabeza.

–Pensé que habías venido a decirme que cometimos un error.

–He venido a invitarte a cenar –dijo ella sentándose finalmente.

–Lo siento. Como no estabas en casa anoche, cuando te llamé, asumí que habías cambiado de opinión.

–Estaba en casa de mi madre.

–Te llamé al
móvil. Grace
suspiró y dijo:

–Y para cuando me di cuenta de que no lo había encendido después de recargarlo ya era demasiado tarde para devolverte la llamada. Por eso he venido aquí.

Danny agarró de nuevo el lápiz y comenzó a golpearlo suavemente contra la mesa.

–Lo siento. De verdad. Pero... –en esa ocasión fue él quien suspiró, dándose tiempo para organizar sus pensamientos—. Realmente creo que no deberíamos habernos acostado, y de verdad no deseo verte más. No tengo relaciones con mis empleadas. Lo siento.

Aquello pareció pillar a Grace por sorpresa. Parpadeó varias veces, pero su cara no se alteró como si fuera a llorar.

–Está bien –dijo levantando la barbilla.

Complacido al ver que aparentemente se lo estaba tomando bien, Danny se puso en pie.

–¿Quieres el día libre o algo?

Ella tragó saliva y no lo miró a los ojos cuando dijo:

–Estoy bien –entonces se dio la vuelta y salió del despacho.

Danny se sentó de nuevo, sintiéndose como un imbécil. Le había hecho daño y ella iba a llorar.

Grace consiguió pasar el día llorando sólo una vez en el baño tras salir del despacho de Danny. No lo vio al día siguiente, ni al otro, ni durante las siguientes dos semanas. Justo cuando había aceptado que su mundo no había quedado destruido porque él no quisiera verla, se dio cuenta de algo horrible. Su ciclo menstrual era tan exacto como un reloj, de modo que, cuando las cosas no ocurrieron el día que tenían que ocurrir, supo que algo iba mal.

Aunque Danny y ella habían usado protección, los preservativos no eran

perfectos. Compró un test de embarazo y descubrió que intuición era correcta. Se había quedado embarazada.

Se sentó en la cama de su habitación. Se había quedado embarazada de un hombre que le había dicho que no quería saber nada de ella.

Tragó saliva y comenzó a caminar por la habitación que tanto había trabajado para redecorar. Técnicamente tenía un buen trabajo y suficientes ingresos para poder criar a un niño sola. El dinero no era su problema. Ni tampoco era problema ser madre. Tenía veinticuatro años y estaba preparada. Excitada, de hecho.

Salvo que Danny no la deseaba. Tal vez sobreviviera al momento de decírselo, pero seguía trabajando para él. Pronto todo el mundo en la empresa sabría que estaba embarazada. Cualquiera que tuviera memoria podría echar cuentas y darse cuenta de cuándo se había quedado embarazada, especulando que el bebé podría ser de Danny dado que habían pasado un fin de semana juntos.

Él no podría salir huyendo, y ella tampoco.

Respiró profundamente una y otra vez para calmarse.

Todo saldría bien si no le entraba el pánico. No tenía que decírselo a Danny de inmediato. Podría esperar para que se diera cuenta de que no intentaba sacar nada de él. Además, hasta que no se le notara el embarazo, no tendría que decírselo a nadie salvo a Danny. En seis o siete meses, la gente que trabajaba con ella no tendría por qué relacionar el embarazo con el fin de semana que habían pasado juntos. Con suerte podrían salir de aquello con el mínimo escándalo.

Eso tenía tanto sentido que Grace se quedó dormida con facilidad aquella noche, aunque a la mañana siguiente se levantó mareada, aún exhausta y con ganas de vomitar. El sábado por la mañana, sí vomitó. El domingo por la mañana, no pudo levantarse de la cama. Cansada, con náuseas y mareada, no podría ocultarle los síntomas a nadie. Lo que significaba que, para el lunes por la tarde, todo el mundo sospecharía que algo pasaba, de modo que no tenía más opción que decírselo a Danny a primera hora. Si no lo hacía, él lo averiguaría por los rumores, y no podía dejar que esopasara.

Grace llegó al trabajo una hora antes el lunes. Danny ya estaba en su despacho, pero su secretaria aún no había llegado. Tan pronto como estuvo sentado, ella llamó a su puerta abierta.

—¿Grace? —dijo él al levantar la vista.

–¿Tienes un minuto?

–La verdad es que no, tengo una reunión que...

–No me llevará mucho tiempo –Grace tragó saliva y decidió no retrasarlo más–. Estoy embarazada.

Durante treinta segundos, Danny se quedó sentado sin hacer ningún movimiento. Grace respiraba profundamente y sentía cómo la tensión en la habitación iba aumentando a cada segundo que pasaba.

Finalmente, dijo con mucha tranquilidad:

–Vete.

–Tenemos que hablar de esto.

–¿Hablar de esto? ¡Oh, no! No colaboraré en tu artimaña dándote diez minutos para tratar de convencerme de que estás embarazada.

–¿Artimaña?

–No te hagas la inocente conmigo. Decirle al hombre que rompió contigo que estás embarazada es el truco más viejo del mundo. Si piensas que me lo voy a creer, estás loca.

Grace sabía que no sería una conversación fácil, pero no había esperado aquello. El Danny que recordaba de la casa de la playa se habría quedado sorprendido, pero al menos le había dado la oportunidad de hablar.

–No estoy loca. Estoy embarazada.

–Te he dicho que te vayas.

–Esto no va a desaparecer simplemente porque no me creas.

–Grace, he dicho que te vayas.

Su voz sonaba dura y fría, y el despacho de pronto quedó en silencio. Sabiendo que no habría manera de hablar con él y con la esperanza de que, pasadas unas horas, entrara en razón, Grace hizo lo que le pedía. Abandonó su despacho con un suspiro, tratando de controlar las lágrimas que se iban acumulando en sus ojos.

El insulto que suponía su reacción le produjo una presión en el pecho mientras caminaba directamente hacia su mesa. Abrió un cajón, sacó su bolso y salió del edificio como si fuera la cosa más natural del mundo. Cuando se montó en el coche, apoyó la cabeza en el volante y dejó que le cayeran las lágrimas.

Finalmente sería evidente que no había mentido. Pero oír cómo Danny la llamaba mentirosa era la experiencia más horrible que había vivido.

En parte porque pensaba que sería capaz de engañarlo.

De pronto se sintió indignada.

Era como si Danny no la conociera en absoluto; o como si ella no lo conociera a él.

O tal vez no se conocían el uno al otro.

Puso en marcha el coche y se dirigió a casa. Necesitaba el día libre para recuperarse de esa escena, pero además no podía regresar al trabajo hasta que Danny y ella hubieran hablado tranquilamente. Pronto todo el mundo sabría lo que ocurría. Como poco, tendrían que hacer un control de daños. Había muchas decisiones que tomar. De modo que, cuando llegara a casa, llamaría a su supervisor, explicaría que se había puesto enferma y que estaría fuera unos días. Luego Danny y ella resolverían aquello alejados de la oficina.

Como había apuntado su número de casa y su móvil cuando dejó el mensaje en su contestador el domingo que regresó de su viaje, Grace llamó a ambos números aquella noche.

No contestó.

Le dio cuarenta y ocho horas y llamó el jueves por la mañana antes de marcharse a trabajar. De nuevo, no hubo respuesta.

Cada vez más nerviosa, le dio otras cuarenta y ocho horas y llamó el sábado por la mañana. Sin respuesta.

Llamó el lunes por la noche. Sin respuesta.

Y captó el mensaje. No iba a contestar sus llamadas.

Pero, para entonces, Grace tenía algo un poco más serio de lo que ocuparse. No lograba ponerse bien. Asombrada por haber sido capaz de ir a trabajar el lunes de su encuentro con Danny, pasaba los días en la cama hasta que, desesperada por un poco de ayuda, le dijo a su madre que estaba embarazada y más mareada de lo que consideraba normal. Concertaron una cita con el ginecólogo y el doctor dijo que simplemente estaba experimentando náuseas matutinas extremas.

Demasiado preocupada por su bebé como para enfrentarse a Danny, Grace dejó de llamarlo. Su vida se convirtió en una rutina, obligándose a levantarse de la cama, aunque fuera para ir a sofá del salón y ver la televisión durante todo el día mientras su madre se preocupaba.

Sabiendo que el extra de dinero que había recibido por su fin de semana con Orlando le permitiría pasar por el embarazo si no se excedía con los

gastos, Grace dejó el trabajo. Haciéndole jurar a su supervisor que no diría nada, en su última conversación telefónica le confesó que estaba embarazada

y que tenía problemas, aunque no mencionó el nombre del padre. Y salió de Servicios Carson como si nunca hubiera estado allí.

Estuvo a punto de llamar a Danny en marzo, poco antes de que naciera el bebé, pero una vez más no tuvo la fortaleza para enfrentarse a la complejidad de su situación. Aunque él se viera obligado a aceptar que no había mentido, tal vez siguiera viéndola como alguien que lo había engañado. Ella no sabía cómo explicar que no era así, y tras nueve meses de náuseas matutinas, ya no le importaba. Un hombre que se comportaba así, no era su compañero ideal. Su dinero no lo convertía en el gran partido que creía ser. Era más sabio centrarse en la felicidad de ser madre, la felicidad de tener un bebé, que pensar en un tipo tan dolido por su divorcio que no podía creer nada de lo que alguien le dijera.

Cuando nació Sarah, todo cambió de pronto. Grace se centró en buscar un empleo. Por suerte encontró uno en el que ganaba casi el doble que en Servicios Carson. Como sus padres se habían mudado a su casa para ayudarla mientras estaba embarazada, los sorprendió al comprar el pequeño bungalow que había al final de la calle. Su madre quería hacer de canguro mientras ella trabajaba. Su padre podría ocuparse del jardín. Y la hipoteca de la nueva casa para sus padres era pequeña.

Ocupada y feliz, Grace no pensaba realmente en Danny y, sin darse cuenta, llegó septiembre y Sarah ya tenía seis meses. Todos los aspectos, desde la canguro hasta los pediatras, estaban cubiertos. Todo el mundo en su pequeña familia estaba feliz.

Y Grace se preguntaba por qué iba a querer decírselo a Danny.

Pero, abrazando a Sarah aquella noche, se dio cuenta de que la situación ya no era sólo entre Danny y ella. Se trataba también de Sarah. Todo bebé tenía derecho a conocer a su padre.

La noche del sábado siguiente, Grace se encontró a sí misma girando el cuello, tratando de leer las sofisticadas señales de tráfico del barrio en el que vivía Danny. No le había resultado difícil encontrar su dirección. Convencerse a sí misma para entrar en el coche había sido más duro. Finalmente lo había hecho, pero no por el bien de Danny, sino por el de Sarah. Si Grace no le daba a Danny la oportunidad de ser padre, entonces sería igual de despreciable que él.

Localizó su calle, entró en ella y vio su casa inmediatamente. Un edificio de piedra con enormes ventanas y un garaje de tres plazas. No sólo era grande la estructura en sí, sino que más allá de la verja tras la que debía de encontrarse la piscina, la hierba parecía extenderse hasta el infinito antes de encontrarse con una pared de árboles. Comparado con su pequeño bungalow, aquello era un palacio.

Aparcó su pequeño coche rojo en la entrada, salió y sacó a Sarah del asiento trasero. Optando por no meterla en el carrito, decidió sacarla del coche y sujetarla con un brazo.

Sujetando al bebé y la bolsa de los pañales, consiguió llegar hasta el camino de piedra que conducía a la puerta. Una vez más advirtió lo diferentes que eran sus estilos de vida al fijarse en los faroles negros decorativos y en lo cuidado del jardín.

Grace negó con la cabeza tratando de no pensar. Pero no lo consiguió. Danny y ella eran diferentes. Demasiado diferentes para estar juntos. ¿Por qué no se había dado cuenta de eso? Probablemente él sí lo hubiera hecho. Y por eso le había dicho que no quería verla. No estaban hechos el uno para el otro. Ni siquiera de lejos. Y había tenido quince meses para olvidarla. Tendría que volver a explicar la situación y enfrentarse a otra terrible escena.

Aun así, por mucho que temiese el encuentro, sabía que no era justo para Sarah no conocer a su padre. También sabía que Danny debería tener opción de formar parte de la vida de su hija. Si de nuevo elegía no creerla cuando le dijera que la niña era suya, que así fuera. No le rogaría que fuera el padre de su hija. Ni exigiría una prueba de ADN. Si él la pedía, accedería, pero, en lo que a Grace respectaba, era ella la que le estaba haciendo el favor.

Sin darse de nuevo la oportunidad de pensar, llamó al timbre. Mientras esperaba a que alguien abriera, miró a su alrededor y deseó no haberlo hecho.

¿Cómo podía haber pensado en algún momento que podría estar con alguien que vivía en esa parte de la ciudad?

La puerta se abrió y, de pronto, se vio cara a cara con el padre de su hija. Aunque era sábado, llevaba puestos unos pantalones de vestir y una camisa blanca, pero con el cuello desabrochado y la corbata aflojada. Parecía relajado y cómodo; incluso sonreía.

Entonces sus ojos se oscurecieron y su sonrisa se esfumó al ver a Sarah; y

Grace se dio cuenta de que sí recordaba quién era.

–¿Podemos pasar? –preguntó ella.

La expresión de sus ojos cambió, oscureciéndose aún más. Durante los veinte segundos que permaneció en silencio, Grace estuvo segura que no le permitiría entrar. Durante esos mismos veinte segundos, realmente deseó que así fuera.

Pero, sin decir palabra, Danny abrió la puerta del todo y se echó a un lado para que entrara.

–Gracias –dijo ella mientras entraba en el vestíbulo, preparándose para la que probablemente sería la peor noche de su vida.

Capítulo 4

CUANDO Grace pasó frente a él, Danny sintió una punzada de dolor en el pecho. Al principio pensó que la contracción era el resultado de su ira hacia Grace, ira porque hubiera continuado con su plan del embarazo. Se preguntaba cómo pretendería salir airosa de la prueba de ADN, puesto que él se la exigiría. Entonces se fijó en la niña que llevaba en brazos. Debía de tener unos seis meses, la edad que tendría su bebé si realmente hubiera dejado embarazada a Grace aquel domingo por la noche. Aparte de eso, el bebé tenía exactamente el mismo aspecto que Cory cuando tenía seis meses.

Danny se quedó helado, incapaz de hacer nada salvo mirar a la niña en brazos de Grace. De pronto el bebé le dirigió una sonrisa que iluminó sus ojos azules. Se parecía tanto a Cory que era como si Danny hubiera retrocedido en el tiempo.

–Hay un estudio al final del pasillo –dijo Danny–. ¿Os importaría esperarme allí?

Grace lo miró a los ojos y Danny recordó fragmentos tanto del fin de semana que habían pasado juntos como de la mañana en que la había echado de su despacho; erróneamente, si sus asunciones sobre el bebé eran ciertas. En su imaginación, veía a Grace riéndose con Orlando, trabajando con él, haciendo que se sintiera cómodo. La recordaba entregada entre sus brazos. La recordaba temblando cuando le dijo que estaba embarazada, y entonces no recordó nada más que rabia. No le había dado la oportunidad de explicarse, ni siquiera le había permitido el beneficio de la duda. Simplemente había asumido que su embarazo era un engaño.

–No creo que queramos que nos interrumpan –dijo él, agarrándose a cualquier excusa que le permitiera dos minutos para asimilar aquello antes de

tener que hablar con ella—. Así que le daré instrucciones a mi ama de llaves para que nos deje solos.

Ella apretó los labios, asintió y se dirigió hacia el estudio. Cuando desapareció tras la puerta, Danny se sentó al borde de la escalera de caracol y se llevó las manos a la cabeza.

Estaba temblando. Sentía como si sus rodillas fueran de mantequilla. Cerró los ojos y recordó el nacimiento de Cory, su primera fiesta de cumpleaños, y todas las Navidades que habían pasado juntos. Recordaba su risa. Recordaba sus interminables preguntas mientras crecía. Recordaba cómo le encantaban los camiones de basura y los carteros.

El dolor lo embargó al revivir cada segundo de los mejores y peores seis años de su vida, y entonces se dio cuenta de que podría vivir lo mismo de nuevo. El primer cumpleaños. Las risas, las Navidades. Preguntas y curiosidades. Y el dolor. Un día era un padre entregado y al siguiente estaba viviendo solo, sin la posibilidad de volver a ver a su hijo.

Trató de controlar la ira que surgió dentro de él cuando pensó en su matrimonio, en Lydia. Durante el pasado año, su sentido del juego limpio le había hecho examinar su matrimonio sinceramente y tenía que admitir que Lydia no había sido tan horrible. Él tampoco había sido un marido horrible. Su matrimonio no había acabado porque fueran malas personas, sino porque se habían encontrado en un cruce que ninguno había esperado. Un cruce en el que no les había quedado más remedio que separarse. Había habido un tiempo en el que el uno era el amor de la vida del otro; aun así, cuando su matrimonio comenzó a hacer aguas, ambos habían olvidado aquellos ocho años maravillosos y sólo recordaban el último año, peleando amargamente. Se habían hecho daño el uno al otro. Habían utilizado a Cory como arma. Y los dos habían salido heridos.

Recordar todo aquello hizo que su encuentro con Grace pareciera más formidable. No descuidaría su responsabilidad hacia el bebé. Pero había aprendido que la clave para sobrevivir era no querer tanto a su hija como para que pudiera convertirse en el arma secreta de Grace.

Cuando finalmente sintió que sabía lo que tenía que hacer, se puso en pie y fue a la cocina, donde le dijo a su ama de llaves que no los interrumpiera. Entonces se dirigió al estudio.

Por desgracia no pudo evitar la disconformidad en su voz cuando dijo:

–Déjame verla.

Grace lo miró.

—Guárdate la rabia, Danny. Fui yo la que se quedó sola con el bebé. Estaba tan mal que tuve que dejar el trabajo y depender de mis padres para que me cuidaran durante nueve meses. El dinero extra que me diste me sirvió para mantenerme hasta que tuve a Sarah y pude volver a trabajar. Estaba mareada, exhausta y preocupada de que, si cualquier cosa salía mal cuando ella naciera, yo no pudiese pagar los cuidados apropiados. Tú podrías haberme ayudado con todo aquello, pero no quisiste. Así que, como yo lo veo, no tienes nada de lo que quejarte.

Tenía razón, por supuesto. No había importado que él aún estuviese dolido por su divorcio cuando le dijo que estaba embarazada. Ni por un segundo había pensado en los sentimientos de Grace. Aun así, no tenía pruebas de que ella fuera la víctima inocente que le había hecho creer. El fin de semana que habían pasado juntos se había convertido en un objetivo fácil para una mujer a la que apenas conocía. Él no había deseado otra relación, ni mucho menos un bebé. Y ahora tenía uno con una extraña. Una mujer que consideraba que lo había engañado.

—Lo que lo hizo aún peor fue preguntarme cuál sería tu reacción al traer a Sarah aquí —Grace se sentó en el sofá de cuero y dejó al bebé sobre un cojín.

Danny respiraba entrecortadamente mientras contemplaba al bebé. Su hija. Una niña feliz que no paraba de moverse.

—Lo comprendí cuando me dijiste que no querías verme más. Tenía intención de respetar eso, aunque sólo fuera por orgullo. Pero este bebé era de los dos.

Sarah escupió su chupete y comenzó a llorar.

Grace la levantó del cojín y le dio un beso en la frente.

—Lo sé. Lo sé —susurró—. Tienes hambre. Se levantó y le entregó el bebé a Danny.

—¿Puedes sujetarla mientras busco el biberón?

Danny sintió el pánico y se echó hacia atrás. No había tomado a un bebé en brazos desde Cory.

Para su sorpresa, Grace se rió.

—Vamos. No muerde. Aún no le han salido los dientes.

—Es sólo que... yo...

Dándose cuenta de que estaba comportándose como un idiota, Danny dejó de tartamudear. No era un idiota. Y siempre pensaría en Cory cuando mirara

a Sarah, aunque no se lo admitiría a Grace. Ya sabía demasiadas cosas sobre él y él no sabía casi nada sobre ella. Ver a Cory cada vez que mirase a Sarah sería una cruz que tendría que soportar en privado.

Estiró los brazos para tomar al bebé, pero en esa ocasión Grace la apartó.

–Siéntate –dijo, como si pensara que sus dudas fueran causadas por no saber cómo tomar en brazos a un bebé–. Yo te la daré.

Decidiendo no discutir, Danny se sentó en el sofá y Grace le colocó el bebé en los brazos.

–Siéntala en tu regazo y apoya su espalda en tu mano izquierda.

Lo hizo y el bebé lo miró, dejando de llorar por la confusión de estar con unextraño.

Mirándola en silencio, Danny recordó. La primera vez que había visto a Cory fue inmediatamente después de que llegara a manos del médico. Estaba morado y arrugado, y cuando el doctor le había dado una palmadita en el trasero, había comenzado a berrear. La niña que estaba sentada en su regazo estaba limpia y tranquila. Todo lo contrario a su medio hermano.

Grace sacó un biberón de la bolsa de pañales, comprobó la temperatura echándose unas gotas en la muñeca y dijo:

–¿Puedo llevar esto a la cocina para calentarlo?

–Regresa al vestíbulo y gira a la derecha. La última puerta al final del pasillo da a la cocina. Mi ama de llaves está allí. Ella te ayudará.

Grace asintió y se marchó.

Danny miró a la niña y contuvo la respiración.

–Soy tu padre –dijo.

Ella ladeó la cabeza hacia la derecha. Como Cory solía hacer. Sobre todo cuando Danny le hablaba de algo relacionado con Servicios Carson, con la responsabilidad de llevar el apellido familiar, como si la idea de hacer algo que no fuera pintar fuese absurda.

Al recordar la reacción de Cory, sintió de nuevo la presión en el pecho, pero en esa ocasión no fue por recordar cómo Cory parecía rechazar la idea de hacerse cargo del negocio familiar. De pronto Danny se dio cuenta de que esa niña era la siguiente sucesora de Servicios Carson. Tal vez Grace no lo supiera, pero élsí.

Grace llegó a la cocina y no encontró al ama de llaves, pero localizó un

microondas en el cual metió el biberón. Nunca había visto a una persona tan incómoda con un bebé como Danny parecía estarlo, lo cual era sorprendente teniendo en cuenta que tenía un hijo. Pero aun así sabía que no debía de haber sido fácil para él conocer a Sarah.

Había estado preocupada por las necesidades de Sarah y casi había olvidado la sorpresa de Danny. Pero, al ver cómo la expresión de su cara se transformaba, se había dado cuenta de que, a pesar de no haberla creído cuando le dijo que estaba embarazada, parecía aceptar que Sarah fuera su hija.

Cuando sonó el pitido del microondas, sacó el biberón y regresó al estudio.

Mientras caminaba por el pasillo, oyó la voz de Danny.

–Y por eso las mutualidades son mejores para algunas personas.

Grace se detuvo frente a la puerta.

–Claro, hay veces en las que es más lógico poner en bonos el dinero de un inversor conservador. Sobre todo un inversor nervioso. Alguien que no puede permitirse correr un gran riesgo. Así que siempre has de preguntarle a tu inversor lo suficiente para poder determinar el nivel de riesgo que su cuenta puede afrontar.

De pie junto a la pared, al otro lado de la puerta, Grace se giró para poder permanecer escondida mientras echaba un vistazo dentro. Sarah tenía el dedo de Danny agarrado y miraba a su padre con atención. Danny parecía cómodo también, y Grace se dio cuenta de que, hablando de cosas familiares, era como había superado sus aprensiones. Aun así, ¿acciones? ¡PobreSarah!

–Se trata del individuo. Alguna gente tiene miedo del mercado de valores. Otra razón por la que las mutualidades son geniales. Reparten el riesgo entre varios puñados de acciones. Si unas fallan, otras pueden subir y equilibrar la balanza.

Si hubiera estado en otras circunstancias, Grace se habría echado a reír. En ese momento, Danny levantó la vista y la vio allí de pie.

–Lo siento –dijo–. No sabía de qué más hablar. Ella se encogió de hombros y dijo:

–Supongo que no importa realmente. Lo único que le importa a un bebé es oír tu voz –entró en la habitación y tomó a Sarah en brazos–. Si tienes dudas,

invéntate algo. Tal vez una historia sobre un conejo o un oso. Cualquier cosa.

Danny no contestó, pero se puso en pie y se acercó a la ventana.

–Deberías ser tú la que se sentara.

Sin querer recordarle que había espacio de sobra para los dos en el sofá, Grace ocupó el hueco que había dejado vacío.

–Casi deseo que no me la hubieras traído –dijo él.

–Es tu hija.

–Sí. Y sé que piensas que hay todo tipo de razones por la que eso es genial, pero no te va a gustar el modo en que esto va a evolucionar.

–¿El modo en que esto va a evolucionar?

–Tengo que criar a mi hija.

Sin esperar aquello, Grace se quedó mirando su espalda rígida. Pero, en vez de sentirse ofendida por su actitud desafiante, recordó sus músculos bajo sus dedos. La firmeza de su piel. Sus propios escalofríos de placer al sentir sus manos.

La reacción en su cuerpo fue inmediata, pero pronto la apartó. No caería víctima de su encanto otra vez. Había demasiado en juego. No conocía la definición oficial de «criar a su hija», pero sonaba como si quisiera tener más de un sábado por la tarde con Sarah cualquier otro fin de semana. De ninguna manera Grace permitiría que se llevara a Sarah y que la ignorase a ella.

–Es bueno que quieras implicarte...

De pronto Danny se apartó de la ventana y la miró, pero Grace no supo interpretar su expresión y se quedó callada. No sabía lo que estaba pensando porque no lo conocía. En absoluto. No había trabajado para él el tiempo suficiente como para conocerlo siquiera como jefe. Con Orlando se había mostrado divertido. Pero, cuando le había dicho lo del embarazo, se había mostrado duro y frío. Por lo que ella sabía, tenía dos personalidades. Un hombre bueno y un hombre malo, y tenía la sensación de que poca gente conocía al bueno.

–Quiero que mi hija viva conmigo.

–¿Vivir contigo?

–Tengo dinero e influencia suficientes como para ganar la custodia si te llevo a los tribunales.

Grace se quedó mirándolo con la boca abierta. Había sido difícil llevar a la niña allí. En lo que a ella respectaba, Danny podía haberse mantenido al margen de sus vidas para siempre. Sólo estaba allí por el bien de Sarah.

¿Realmente podría conseguir que le quitaran la custodia y tener que

renunciar a su inocente e indefensa hija?

–Eso es ridículo –dijo ella.

–La verdad es que no. Cuando yo me retire, la opción de hacerse cargo de Servicios Carson será de Sarah. Tendrá que estar preparada. Sólo yo puedo prepararla.

–Pero tu hijo...

–No quería ese trabajo. De modo que recae en Sarah.

–Esto es demasiado para un solo día –dijo Grace–. Ni siquiera pensé en la posibilidad de que quisieras saber que había tenido un bebé. Aun así, el día que lo descubres, de pronto me exiges la custodia.

–No tengo otra elección.

Grace se quedó sentada en silencio. Lo peor de todo era que Danny ni siquiera deseaba a Sarah. Simplemente lo decía por cumplir con su deber. Lo cual era sencillamente fantástico. Grace perdería a la hija que adoraba y tendría que entregársela a un hombre que sólo la quería para enseñarle un oficio. No para quererla y cuidarla, sino para asegurarse de que hubiera alguien que se hiciera cargo del negocio.

Aquella injusticia enfurecía a Grace, pero al mismo tiempo lo comprendía. Tal vez Danny no deseara a Sarah, pero tenía una responsabilidad hacia ella y hacia su familia.

Se preguntaba si él realmente necesitaría vivir con Sarah para instruirla, y entonces volvió a comprender su postura. Prepararse para hacerse cargo de una gran fortuna requería algo más que una educación formal. Requería el conocimiento de la historia familiar y de las tradiciones. Requería construir relaciones sociales.

Todo lo que Grace no tenía. Sarah tendría que vivir con él al menos parte del tiempo.

Parte del tiempo.

Inspirada de pronto, Grace dijo:

–¿Sabes una cosa? Creo que tengo un acuerdo.

–Yo no quiero acuerdos.

–Muy bien. Entonces tal vez tenga un trato que proponer.

–Tampoco necesito un trato.

–Bueno, escúchame de todas formas. El problema que yo veo es que no conoces a Sarah...

–Si vivimos juntos, eso se solucionará.

–Pero escucha. No conoces a Sarah. No creo que la desees realmente. Me

pides la custodia por una cuestión de deber y responsabilidad no hacia ella,

sino hacia tu familia, y yo lo entiendo. Pero, como madre de Sarah, no puedo dejar que te lleves a mi bebé si no la conoces. Así que lo que te propongo es que vengas a vivir con Sarah y conmigo durante las próximas dos semanas.

–¿Y en qué ayudaría eso?

–En dos semanas por lo menos yo llegaré a conocerte y tú llegarás a conocerla a ella. Sobre todo dado que no tengo ama de llaves ni niñera. Nosotros seremos los únicos que se ocupen de ella. El trato es: puedes pasar dos semanas con nosotras, aprendiendo a cuidar de ella y, si al final de esas dos semanas, me siento cómoda sabiendo que la tienes, no lucharé por la custodia compartida. Yo la tendré una semana y tú otra. Así, a medida que crezca, podrás programar las funciones en las que crees que debe implicarse, y yo no tendré que entregártela permanentemente.

–Grace... –dijo Danny negando con la cabeza.

–No te la entregaré permanentemente. Por ninguna razón. Ni hablar. Lo mejor que conseguirás será una semana tú y otra yo, y sólo si pienso que puedes hacerte cargo de ella.

–No estás en posición de poner condiciones –dijo Danny–. Puedo machacarte en los tribunales.

–¿Y entonces qué? –preguntó Grace tratando de controlar su ira–. Digamos que me ganas en los tribunales. ¿Qué harás? ¿Dejar que las niñeras se encarguen y que sea educada por extraños cuando podría estar con su madre?

¿Ésa es tu idea de criarla? ¿Enseñándole a pasar por encima de la gente?

Danny se pasó la mano por la nuca.

Tal vez no hubieran pasado mucho tiempo juntos, pero Grace se había dado cuenta de que, cuando se frotaba la nuca, estaba pensando.

–Desde luego ésa no es mi idea de cómo educarla –dijo Grace–. Por lo menos admite que necesitas tiempo para asimilar la idea de que eres su padre.

–¿Quieres dos semanas? –preguntó él finalmente.

–Si no puedes con ella durante dos semanas, ¿cómo esperas hacerte cargo permanentemente?

Danny no dijo nada y Grace repasó su argumentación, tratando de averiguar por qué dos semanas la hacían dudar. Una persona que deseara la custodia no podía objetar nada ante eso.

A no ser que no le preocuparan las dos semanas con Sarah tanto como le preocupaban las dos semanas con ella. La última vez que habían pasado tres días juntos, habían acabado en la cama.

De pronto el aire se cargó de electricidad, tanta que Grace casi podía ver las chispas. Los recuerdos aparecieron en su mente y la atracción que había sentido aquel fin de semana regresó con toda su fuerza.

Pero no lo deseaba. No deseaba sentirse atraída hacia ese hombre. Le había dicho que no quería una relación con ella. Grace necesitaba estar bien despejada para luchar por los intereses de Sarah. No podía arriesgarse a que la llevara a los tribunales y la pisoteara como había hecho el día en que la echó de su despacho.

Recordar eso fue suficiente. Levantó la barbilla y se enderezó. Nunca volvería a confiar en él. Nunca cedería ante esa atracción de nuevo.

—Estás a salvo conmigo. Nuestro tiempo juntos fue un error. Ni siquiera hablaría contigo de no ser por Sarah.

Danny permaneció callado tanto tiempo que Grace suspiró asqueada. Él no tenía ni idea de lo dolorosas que resultaban sus palabras. Ni se le ocurrió pensar que ella hubiera podido malinterpretar sus palabras y pensar que se lo había pasado bien, pero no era lo suficiente buena para amarla. Había estado tan obsesionado con sus deseos que no había tenido en cuenta los de ella.

Ni los de nadie más, por lo que Grace sabía,
Otra razón por la que mantenerse alejada de
él.

—Lo digo en serio, Danny. No quiero tener nada que ver contigo, y lucharé con uñas y dientes antes de dejar que te lleves a Sarah aunque sea los fines de semana; entre otras cosas porque eres prácticamente un extraño.

—Si paso dos semanas contigo y con el bebé, no lucharás por la custodia compartida —dijo él, repitiendo lo que creía que sería su acuerdo.

—Si, al final de esas dos semanas, creo que serás bueno para Sarah. Si quieres, podemos hacer que nuestros abogados redacten los contratos.

—Oh, desde luego yo sí lo haré.

—Genial. En cuanto firmemos, comenzaremos.

—Lo tendrás esta misma noche. ¿Tienes dirección de correo electrónico?

—Sí.

—Mira tu ordenador. Tendrás el acuerdo antes de irte a la cama. Puedes enviarme por mail la dirección de tu casa y estaré allí mañana.

Capítulo 5

CUANDO Grace recibió el e-mail de Danny con el acuerdo adjunto, se dio cuenta de que, por muy simple y directo que fuera, no podía firmar ningún documento legal sin el consejo de un abogado. Contestó diciendo que deseaba que su propio abogado revisara el acuerdo antes de firmarlo. Sorprendentemente, Danny se mostró comprensivo con el retraso.

Grace habló el lunes por la mañana con un abogado que le dio el visto bueno. Luego escribió a Danny diciéndole que ya lo había firmado y que él podría hacerlo esa tarde cuando llegase a su casa.

Durante la jornada de trabajo, no pensó en Danny ni en el acuerdo, hasta que entró en el vestíbulo de su bungalow y vio algo que no había considerado.

El piso de debajo de la casa era un espacio abierto. Las baldosas de cerámica recorrían el vestíbulo hasta la puerta trasera. Una alfombra de color avena yacía entre el sofá de tweed y el banco a juego, delimitando esa zona. De forma similar, la alfombra marrón y negra que había bajo la mesa de roble y las sillas marcaba la zona del comedor. Una barra de desayunar separaba el salón de la cocina, pero, debido a la ausencia de armarios por encima, la gente que hubiera en la cocina era visible desde cualquier punto.

Grace no tenía miedo de que a Danny no le gustara su casa. De hecho le daba igual. Lo que le inquietaba era que, a excepción de los dos dormitorios de arriba, no había ningún lugar donde esconderse. Siempre que estuvieran abajo, estarían técnicamente juntos.

–Bueno, Sarah –dijo sacando al bebé del carrito y dándole un beso rápido en la mejilla–. Creo que ya es demasiado tarde para preocuparse por eso.

Justo cuando las palabras salieron de su boca, llamaron al timbre. Si era

Danny, realmente sí era demasiado tarde para preocuparse por la disposición de la casa.

Se acercó a la puerta con el bebé en brazos y abrió. Danny estaba de pie en el porche, sujetando una funda para trajes y con una bolsa de viaje a su lado. Vestido con unos vaqueros y una camisa deportiva, parecía cómodo y relajado, recordándole el tiempo que habían pasado en la casa de la playa.

–Esta casa no parece suficientemente grande para dos personas, mucho menos para tres.

–Tiene más espacio del que crees –dijo Grace abriendo la puerta un poco más para que pudiera entrar–. Parece pequeña, pero no lo es. Tiene dos habitaciones arriba.

–Sí, probablemente no sean más grandes que un armario.

Grace se dijo a sí misma que podía con aquello. Se había enfrentado al Danny gruñón cada vez que había hablado con él, salvo aquel fin de semana. La persona que había conocido aquel fin de semana era probablemente la excepción, y el Danny gruñón la regla. No pensaba dejar que sus dos semanas comenzaran con ella disculpándose.

Ignorando el comentario del armario, dijo:

–Vamos a llevar tus cosas arriba para quitarlas de en medio.

Grace se dio la vuelta y comenzó a subir las escaleras. Mientras la seguía, Danny recordó el momento en que la había seguido escaleras arriba en su casa de la playa. Se intensificó cuando miró los peldaños para evitar mirarle las piernas. El recuerdo era tan nítido que fue como si hubiera retrocedido en el tiempo.

Pero no era así. Estaban allí, quince meses después. Ella había tenido una hija suya. Tal vez lo hubiera hecho sin él, pero finalmente le había llevado a la niña. ¿Y por qué no? Por lo que Grace sabía, la pequeña Sarah podía heredar una fortuna, incluso antes de que Danny muriera, si se convertía en presidenta de Servicios Carson cuando él se retirase.

Danny no quería que la fortuna familiar fuese a parar a un oportunista, pero su amenaza de llevar a Grace ante los tribunales para conseguir la custodia total estaba vacía. Un intento para presionarla y que le diera a su hija. Entonces Grace le había propuesto un trato y, para su sorpresa, no le había parecido del todo mal. Podría instruir a Sarah sin tener que deshacerse

de su madre.

Al final de las escaleras, Grace giró a la derecha y abrió una puerta, echándose a un lado para que él pudiera entrar. Para su sorpresa, Grace tenía razón. La habitación era más espaciosa de lo que habría imaginado a juzgar por la apariencia de la casa. Tenía una cama doble en el centro de la habitación, una cómoda, un armario de pino y un pequeño escritorio en una esquina. Aun así, había bastante espacio para caminar.

–Es agradable –dijo él.

–Tendremos que compartir el baño.

Danny la miró. Grace había entrado en la habitación, como si quisiera estar disponible para responder a sus preguntas, pero no exactamente entusiasmada de estar en la misma habitación que él. Sobre todo siendo un dormitorio.

Su voz dulce desató de nuevo los recuerdos de la casa de la playa. Grace diciéndole que ascendiera a otra persona. Grace como un ángel frente a las ventanas. Grace aceptando sus besos...

Apartó las memorias de su mente, recordándose que, probablemente, esa mujer no existiese.

–Guardaré mis cosas en la bolsa del afeitado. No invadiré ninguna habitación.

Grace se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

–A mí me da igual una cosa o la otra –dijo.

Danny no sabía si pretendía insultarlo o dejarle claro que su presencia allí no significaba nada para ella más que un acuerdo por la custodia; aunque la indiferencia que oyó en sus palabras le pareció bien. No quería implicarse con ella al igual que ella no quería implicarse con él.

Lo cual debería hacer que las dos semanas pasaran rápido.

Dejó la bolsa sobre la cama y metió la bolsa de los trajes en el armario antes de bajar de nuevo. Al final de las escaleras se dio cuenta de que todo el primer piso de la casa estaba abierto. Podía ver a Grace moviéndose en la cocina y a Sarah balanceándose alegremente en su columpio situado entre la zona de comer y el salón.

Se dirigió a la cocina y dijo:

–¿Puedo ayudar en algo?

–Estás aquí por Sarah. ¿Por qué no la entretienes mientras yo preparo la

cena?

–De acuerdo –Danny no se dejó afectar por el tono frío de su voz, porque

tenía razón. Estaba allí por Sarah. No por Grace.

Observó al bebé. Un viaje al centro comercial aquella mañana para encargarse de mobiliario de bebé para su casa le había demostrado lo atrasado que se había quedado en los nueve años que hacía que Cory ya no era un bebé. No necesitaba ser un genio para saber que, si el equipamiento había cambiado, también habían cambiado las reglas. No haría nada con Sarah sin preguntar.

—¿La saco del columpio?

Mientras sacaba una ensaladera de un armario, Grace dijo:

—No si se lo está pasando bien. Simplemente siéntate en el suelo y charla.

Charlar. Con un bebé. Lo había intentado cuando Grace había llevado a Sarah a su casa, y no había sabido qué decir. Obviamente tenía que pensar en algo que decir que no fuera sobre las inversiones. Pero no iba a sentarse en el suelo. Tras mirar a su alrededor, agarró una silla de la zona del comedor y la colocó frente al columpio.

—Hola, Sarah.

Sarah se sacó el chupete de la boca y balbuceó. Danny sonrió y se relajó observándola, tratando de pensar en algo que decir. No se le ocurría nada. La niña reía y agitaba los brazos, haciendo que el olor a polvos de talco se le metiera por la nariz. Eso le recordó inmediatamente a Cory.

Se había sentido muy orgulloso de aquel niño. Tan feliz de tener un bebé que incluso había pensado que su vida era perfecta. Luego Cory había demostrado sus habilidades artísticas y Lydia quiso mandarlo a una escuela especial. Danny había considerado que se estaba precipitando, tomando una decisión que no habría que tomar hasta que el niño fuera mayor.

Danny tomó aliento y se obligó a regresar al presente. Tenía que dejar de pensar en Cory. Tenía que centrarse en Sarah. Tenía que crear una relación con ella para que el tiempo que pasaran juntos fuese agradable y no un infierno.

Entonces se dio cuenta de que el vestido amarillo de una pieza que llevaba puesto hacía que su pelo pareciera castaño rojizo.

—Creo que alguien va a ser pelirroja.

La niña balbuceó. Danny sonrió y se giró hacia la cocina.

—Mis padres son de Francia y de Inglaterra. Así que no creo que el pelo rojo venga de mi familia. ¿Qué hay de latuya?

–Mis padres son los dos escoceses –dijo Grace.

–Bueno, eso lo explica todo.

El comentario de Danny cayó en el silencio. Aunque estuviera allí por Sarah, Grace y él tenían dos semanas para estar juntos. Tal vez no quisieraser su amigo, pero tampoco quería ser desagradable. Mientras observaba a Grace cortar lechuga y echarla en la ensaladera, juró ver rabia en ella. Quizá hubiera sido idea de ella lo de compartir la custodia, pero se veía que no quería pasar dos semanas con él, al igual que Danny no quería pasar dos semanas con ella. No le había quedado otra opción ante la idea de que él se llevara a subebé.

Llevarse a su bebé.

Realmente no se había parado a verlo desde la perspectiva de Grace, y de pronto se dio cuenta de lo egoísta que debía de parecer ante sus ojos.

–Si hubiera ido a por la custodia total, no te habría apartado por completo de su vida.

–No, pero habrías exigido que viviera contigo y sería yo la que tendría visitas.

Se acercó a él y le mostró una fuente con dos filetes.

–Voy al porche de atrás, a la parrilla –dijo–. No tendrás miedo de quedarte a solas con ella, ¿verdad?

–No. Pero creo que es mejor que te quedes tú con ella, lo que significa que yo debería hacer los filetes.

–Genial –dijo ella entregándole la fuente–. Yo terminaré con la ensalada.

Se dio la vuelta y regresó a la cocina sin esperar respuesta. Danny se levantó y salió al porche. Estaba de acuerdo con la política de Grace de no hablar. No tenía sentido. A ella no le gustaba. Y, francamente, a él tampoco le gustabaella.

Dejó el plato de los filetes en una pequeña mesa y ajustó la temperatura de la parrilla. Aun así, estuviera o no de acuerdo con ella, no hablar garantizaba que las dos semanas siguientes serían de las más largas de su vida. Una tortura en realidad. Tal vez una venganza por no haberla creído. Colocó los filetes sobre laparrilla.

Probablemente sería eso. Venganza. Pero de lo que Grace no se daba cuenta era de que, por el modo en que lo trataba, no era la criatura dulce e inocente que había fingidoser.

Estuvo a punto de reírse. Qué desastre. Todo porque no había podido

mantener las manos alejadas de esa mujer. Nunca volvería a cometer ese error.

Cerró la tapa y miró hacia el jardín. Grace no tenía mucho espacio, pero lo que tenía estaba bien aprovechado. Su bungalow estaba limpio y ordenado. Su jardín, bien cuidado. Esperaba que eso fuera indicador de que Grace se ocuparía bien de Sarah en las semanas en que latuviera.

Oyó risas en el interior de la casa. Se dio la vuelta y vio que no había cerrado las puertas de cristal. Se acercó para cerrarlas y en ese momento oyó a Grace hablando.

–Parece que alguien tiene que ir arriba a cambiarse el pañal. Levantó al bebé del columpio y frotó su nariz con la de ella.

–Te juro, Sarah, que tiene que haber un sistema mejor.

El bebé se rió. Danny estuvo a punto de carcajearse también. Uno pensaría que, tras generaciones y generaciones de bebés, alguien habría ideado un sistema mejor que los pañales.

–Vamos a ocuparnos de eso. Luego te daremos algo rico para cenar.

El bebé se rió y balbuceó, y Danny se sintió culpable por preocuparse por Sarah cuando estuviera al cuidado de Grace. Obviamente adoraba al bebé.

Danny tomó aliento. Tal vez adorase al bebé, pero había muchas más cosas en las que pensar en el cuidado de un niño. Grace estaba a prueba al igual que él durante las dos semanas siguientes. Danny no se dejaría convencer sólo porque fuese dulce. No era dulce. Incluso podría haber visto que las puertas estaban abiertas y haber fingido toda aquella escena con el bebé para que él lo viera.

Cerró las puertas y comprobó los filetes. Progresaban adecuadamente. Se sentó en una de las sillas del porche y cerró los ojos. No los volvió a abrir hasta que oyó las puertas abriéndose.

–¿Qué tal va? –preguntó Grace. Tenía en un brazo a Sarah, que nuevamente iba con su chupete azul.

Danny se incorporó y dijo:

–Bien. Estaba a punto de comprobar los filetes –se acercó a la parrilla, dio la vuelta a los filetes y volvió a cerrar la tapa, acariciando a Sarah debajo de la barbilla–. Eres el bebé más bonito del mundo, ¿verdad?

Sarah se rió y balbuceó, y Grace se arrepintió de su decisión de sacar al bebé con ella. Cuando menos lo esperaba, Danny decía o hacía algo que le recordaba que realmente había pensado que era un tipo normal y amable el

fin de semana que pasaron juntos. No había esperado que se ofreciera voluntario para ayudarenlacocina.Suinterés por conocerlos antepasados

de Sarah le había parecido adorable. Y ahora parecía muy natural y cómodo en su porche.

Pero también estaba allí para convencerla de que podría cuidar de Sarah. Estaba comportándose bien, y ella se negaba a dejarse engañar como en la casa de la playa.

Se dio la vuelta para volver a entrar, pero él dijo:

–¿Grace?

Y todas sus terminaciones nerviosas se pusieron alerta. Danny tenía un tono muy sexy en la voz cuando hablaba suavemente. Por supuesto, eso le recordó las charlas que habían compartido en la cama la noche que habían pasado juntos.

–¿Sí?

–No me has dicho cómo querías el filete.

–En su punto –contestó ella, sintiendo cómo se le sonrojaban las mejillas.

Sin más, entró en la casa. Dejó a Sarah en su silla y buscó por los armarios un bote de potito, el cual calentó. Para cuando terminó de dar de cenar a Sarah, Danny entró con los filetes.

–La ensalada está en la encimera –dijo ella mientras colocaba los platos y los cubiertos sobre la mesa–. ¿Puedes traerla también? –su nueva estrategia consistía en ponerlo a trabajar antes de que se ofreciera. De ese modo, no le parecería amable, simplemente cumpliría órdenes.

Danny obedeció y ambos se sentaron a la mesa, uno frente al otro, como habían estado aquel domingo por la noche en la casa de la playa. En aquella ocasión, Grace se había vestido para impresionarlo; pero, esa noche, al subir a cambiarle el pañal a Sarah, se había puesto sus peores vaqueros y su camiseta más fea. Cuántas cosas podían cambiar en quince meses.

–Tu casa es agradable.

–Gracias.

Se hizo el silencio durante un minuto, antes de que Danny dijera:

–¿La compraste ya remodelada?

Grace contuvo un suspiro. Odiaba tener que contarle nada sobre sí misma. Sobre todo porque aquella noche en la playa habían hablado de lo mismo. Él lo había olvidado. Muy ingenuo por su parte pensar que le había causado algún tipo de impresión.

–Estaba hecha un desastre cuando la compré.

Ah, o sea que tú te encargaste de la remodelación... Quiero decir, con un

contratista, ¿no?

–No. Mi primo y yo la remodelamos –y también le había contado eso.

–¿De verdad?

Grace se puso en pie y dijo:

–¿Sabes qué? Realmente no tengo mucha hambre y es hora de bañar a Sarah y prepararla para irse a la cama. Si me disculpas...

Solo en la mesa, Danny se terminó el filete. Si Grace iba a llevarse a Sarah constantemente y a salir de la habitación, tal vez no debería cancelar la cena del día siguiente. Tomó aliento. No podía eludir ese compromiso. Al menos quería la custodia compartida de su hija, y Grace le había dado la oportunidad de conseguirla sin una batalla legal que haría que ella investigara su pasado, y que acabaría haciéndole perder todos sus derechos como padre. Así que no podía marcharse. Tenía que estar allí a cada minuto durante las dos semanas siguientes.

El problema era que Grace y él también tenían que estar juntos. Él había pensado que al menos podrían ser cordiales, pero aquello era lo que obtenía con su actitud. El tratamiento del silencio. Bien, Grace podía ahorrarse las molestias si pretendía insultarlo. Su ex mujer era una profesional en lo que respectaba al tratamiento del silencio. Grace tendría que practicar mucho para llegar a ser como ella.

Pero cuando terminó de meter los platos en el lavavajillas y vio que ella aún no había regresado, se preguntó si tal vez no podría darle a Lydia un par de consejos en ese sentido. Furioso, porque el objeto de su estancia allí era pasar tiempo con Sarah, Danny subió las escaleras. Se detuvo frente a la puerta del dormitorio de Grace, porque estaba entre abierta y lo que vio lo obligó a replanteárselo todo.

Aunque el dormitorio de Grace estaba elegantemente decorado con colores cálidos, había una enorme cuna blanca, un cambiador también blanco y dos cómodas blancas que ocupaban casi todo el espacio. Aun así, había suficientes muebles de adulto arrinconados a los lados para hacerse una idea de cómo estaría su dormitorio antes de que naciese el bebé. Cuando lo conoció, tenía una bonita casa, un santuario en su dormitorio y una carrera floreciente. Cuando se quedó embarazada, perdió su trabajo. Cuando tuvo a Sarah, casi toda la casa se convirtió en un guardería.

–No puedes tener sueño tan pronto –dijo Grace–. Aún tienes que pasar algo de tiempo con papi.

Danny tragó saliva al oír que alguien volvía a referirse a él como papi. Se estaba acostumbrando a eso.

–Sé que estás cansada, pero mantente despierta el tiempo suficiente para darle las buenas noches. Vamos –dijo Grace girándose hacia la puerta. En ese momento, Danny dio un salto hacia atrás, apartándose de su línea de visión.

Pensando con rapidez, se metió en su habitación y cerró la puerta. Contó hasta cincuenta con la esperanza de darle tiempo suficiente para llegar abajo, luego abrió la puerta y asomó la cabeza al pasillo. Al ver que no había nadie, bajó también las escaleras. Grace estaba sentada en el sofá con Sarah en el regazo.

–¿Puedo tomarla en brazos antes de que se vaya a dormir?

–Claro –dijo ella.

Grace se dispuso a levantarse, pero Danny la detuvo.

–La levantaré de tu regazo.

Ella asintió y Danny se agachó para tomar a Sarah en brazos. La levantó y luego miró a Grace; sus miradas se cruzaron. Pero ya sabía que no estaba tratando con la mujer dulce e inocente con la que se había acostado en la casa de la playa. Su vida había cambiado tanto que, incluso aunque no lo hubiera engañado, no podía ser la misma mujer. Se había quedado embarazada de un extraño. Él la había rechazado. Había perdido su empleo, había tenido al bebé sola. Cualquiera de esas cosas la habría endurecido. La habría convertido en una cínica.

No. Ya no era la mujer que conocía de la casa de la playa.

Capítulo 6

DANNY se despertó al oír la ducha. Grace se había despertado antes que él y ya se estaba preparando para empezar el día. Él esperó hasta que la ducha se apagó, luego escuchó hasta que se abrió la puerta del baño antes de salir de la cama, ponerse la bata y agarrar su bolsa deafeitado.

En el pasillo oyó la melodiosa voz de Grace hablando con Sarah y riéndose con ella. Se detuvo. Su risa lo llevó de vuelta a aquel fin de semana. Negó con la cabeza y entró en el baño. Tenía que dejar de recordar. Como se había dado cuenta la otra noche, esa Grace ya no existía. Además, tenían un bebé. El futuro de Sarah estaba en sus manos. Él ya no se tomaba esa responsabilidad a la ligera.

Tras darse una ducha, se puso un traje azul marino, preparándose para un día de reuniones de negocios. Bajó las escaleras y el olor del desayuno lo rodeó.

–Buenos días –dijo al llegar a la zona del comedor.

Grace se apartó de la mesa y se dirigió hacia la cocina.

–Buenos días.

Sarah le dirigió una sonrisa que él le devolvió.

–¿Cómo estás tú hoy? –preguntó Danny.

Sarah se rió y él se sentó a la mesa. Grace le colocó delante un plato con una tortilla y tostadas. De pronto su frialdad tuvo sentido. La había obligado a tener el bebé sola, y aun así ella había sugerido la custodia compartida, permitiéndole que se instalara en su casa para darle la oportunidad de demostrar que podía ser padre. Aunque la Grace que lo había seducido aquella noche ya no existiera, la mujer que había ocupado su lugar tenía su sentido de la generosidad. Incluso en su propio detrimento. No le quitaría

tiempo para estar con su hija, ni utilizaría a Sarah como arma. Jugaba limpio.

Grace depositó su plato al otro lado y se sentó frente a él. Inmediatamente agarró su servilleta, la abrió sobre su regazo y tomó el tenedor.

Sarah comenzó a chillar.

–Tú ya has comido –dijo Grace negando con la cabeza. Sarah golpeó el chupete contra la bandeja de su sillita.

–Una rabieta no te servirá de nada –dijo Grace, pero Danny se dio cuenta de que no se dirigía a él. Ni siquiera lo miraba.

Sintió una presión en el pecho. Antes era una persona tan alegre y viva... Pero ahora era cautelosa y reservada. Y todo era culpa suya.

Grace poco menos que engulló su desayuno. Mientras se bebía el café, se dio cuenta de que Danny estaba muy callado, pero no tenía tiempo para preocuparse por eso. Ni siquiera sabía si se preocuparía aunque tuviera tiempo. Básicamente la había llamado mentirosa. Obviamente pensaba que lo había engañado. Y, si eso no era suficiente, pretendía pasar una de cada dos semanas con su hija. No quería ser su amiga. Sólo estaba en su casa porque no podía arriesgarse a que obtuviese la custodia total. De modo que estaba allí para ponerse a prueba. No tenía por qué entretenerlo.

Tenía suerte de que le hubiera preparado el desayuno. Por eso llegaba tarde. Así que, si esperaba conversación matutina, era suproblema.

Tras desayunar lo suficiente para mantenerse hasta la comida, Grace se levantó de la mesa y llevó el plato a la cocina. Para su sorpresa, Danny estaba detrás de ella cuando se apartó del lavavajillas. El corazón le dio un vuelco, en parte por la sorpresa y en parte por la cercanía. Él irradiaba calor, o energía, o algo que hacía que estar cerca fuese intoxicante. Aparte de un problema. Su encanto irresistible había sido lo que había hecho que bajara la guardia la primeravez.

Danny le pasó su plato, aunque no había comido casi nada.

Grace tomó aire para tratar de librarse de aquella sensación de ahogo y lo miró. Sus ojos reflejaban una emoción que no logró identificar, pero parecía inseguro sobre lo que se suponía que tenía que hacer.

–Voy deprisa porque llego tarde. Tú puedes quedarte y terminar. Simplemente aclara el plato cuando hayas acabado y mételo en el

lavavajillas.

–Ya he comido suficiente –dijo Danny y, cuando Grace se apartó del lavavajillas, vio cómo miraba alrededor de la cocina–. Dado que soy el jefe, no tengo que preocuparme por llegar tarde, así que puedo limpiar aquí, si quieres.

Con su traje azul marino, su camisa blanca y su corbata azul, tal vez fuera el tipo que llevaba Servicios Carson, pero se comportaba como el Danny que Grace había conocido en la casa de la playa, y eso no estaba bien. Sentirse atraída por él no estaba bien.

–No, gracias –respondió ella fríamente–. Sólo me llevará un par de minutos limpiar la sartén. Tú vete. Yo estoy bien.

–Grace –dijo él–. No es para tanto.

–¿De verdad? –por mucho que lo intentó, Grace no pudo evitar el sarcasmo–. Me sorprende que un tipo rico como tú sepa limpiar una sartén.

Él se rió. Aquel sonido le recordó una vez más a la noche en que habían hecho el amor. Grace tuvo que apartar los recuerdos de su mente y pensar en la escena que había vivido en su despacho. Había dicho que su embarazo era una artimaña.

–La verdad es que no pude llevarme a una asistente a la universidad. Puede que mis padres me consiguieran un apartamento, pero, a no ser que quisiera vivir entre porquería, al menos tenía que limpiar un poco.

Grace sintió que se estaba ablandando y cerró los ojos. Era mucho más fácil tratar con el Danny malo. No tener expectativas era mejor que tener expectativas que no se cumplían.

Abrió los ojos y lo miró.

–Mira, no quiero que seas simpático conmigo. No necesito que seas simpático.

–Ayudarte a limpiar no es ser simpático. Es pura cortesía.

–Bueno, pues ahórratela. Estás aquí para demostrar que eres válido para Sarah. Y has hecho bien saludándola esta mañana. Le has hecho caso. No la has ignorado. Vas por el buen camino.

–No pienso dejar que hagas de camarera conmigo mientras esté aquí.

Grace se quitó el delantal y lo dejó sobre la encimera. No tenía tiempo ni ganas para discutir. Y tampoco podía importarle lo que hiciera. Eso sólo le traía recuerdos del hombre que seguramente no existía. No podía meterse en peleas que le hicieran creer otra cosa.

–De acuerdo. Los trapos de cocina están en el último cajón.

Salió de la cocina y se acercó a la sillita de Sarah, de donde la levantó antes de dirigirse hacia las escaleras.

Pero por el rabillo del ojo pudo ver a Danny en la cocina, plato en mano, observándola. Parecía completamente fuera de lugar e igualmente confuso, y Grace tuvo que luchar una vez más contra unas emociones que no podía permitirse tener.

¿Cómo podía hacerle sentir que ella era la equivocada cuando había sido él quien le había hecho esas cosas tan terribles?

Tras un día larguísimo, Danny finalmente tuvo diez minutos a solas en su despacho. Aunque trató de hacer algunas llamadas de teléfono antes de irse, no pudo. Estar con Grace en su casa y, aun así, no estar verdaderamente con ella, estaba volviéndolo loco. No podía vivir dos semanas con alguien que apenas le dirigía la palabra. No era que quisiera conversaciones constantes, pero tampoco podía soportar ser ignorado. Además, si al menos no hablaban de Sarah y de su cuidado, ¿cómo iba a demostrar en dos semanas que podía relajarse cuando Sarah estuviera con él?

Sabiendo que no ayudaría llegar tarde a cenar aquella noche, Danny metió unos cuantos archivos en un maletín y se marchó pronto. Cuando llegó a la puerta de Grace, vaciló un instante. Se sentía tan raro entrando sin más que debería llamar al timbre. Pero estaba viviendo allí. Durante las dos semanas siguientes, ésa era su casa. Y tal vez entrar sin llamar haría que Grace se diera cuenta de que tenía que relacionarse con él.

Abrió la puerta y la vio en el suelo con Sarah jugando al peekaboo.

—Hola.

Sarah emitió un chillido de excitación al verlo.

—Hola —dijo Grace.

No olió nada en la cocina y finalmente vio la oportunidad de oro.

—Estaba pensando que esta noche sería más fácil si saliéramos a cenar —dijo, pero Grace no contestó—. Pago yo, por supuesto.

Ella suspiró, tomó a Sarah en brazos y se levantó del suelo.

—No es práctico salir a un restaurante con un bebé todas las noches —dijo mientras caminaba hacia la cocina.

Con la respuesta de Grace en la cabeza, Danny volvió a mirar a su alrededor. Había dos osos en el sofá. Un columpio de bebé estaba situado de

tal forma que el bebé dentro podía ser visto desde la cocina, el salón o el comedor. La sillita de la niña estaba junto a la mesa. Había bloques de construcciones apilados en el aparador. La sala olía a polvos de talco.

Entonces lo recordó. Durante los primeros años de la vida de un bebé, todo giraba en torno a él. Eso ya había sido algo difícil para una pareja casada. Pero tenía que ser agotador para una madre soltera. No sólo porque no tuviera ayuda con Sarah, sino porque afectaba a todo.

–¿Puedo ayudarte con la cena? –preguntó él al entrar en la cocina. Grace sacó un paquete de hamburguesas del frigorífico y dijo:

–¿Quieres hacer las hamburguesas?

–Claro.

–No puedes cocinar vestido así.

–Cierto –dijo él al darse cuenta de que iba vestido con el traje.

Tras ponerse unos vaqueros y una camiseta, agarró el paquete de las hamburguesas y se dirigió a la parrilla del porche. Grace no estaba por allí, pero asumió que estaría en su habitación con el bebé. Tal vez porque tuviera que cambiarle el pañal.

Mirando más allá del pequeño jardín, Danny observó las casas cerca de la de Grace. Al darse cuenta de que ninguna estaba tan bien cuidada como la suya, recordó que le había hablado sobre remodelar la casa la noche que habían pasado en la casa de la playa. Por eso sus comentarios sobre querer ser rica no le habían sonado raros aquella noche. Él sabía que era una trabajadora incansable. Pero tres semanas más tarde, cuando le había dicho que estaba embarazada, se había olvidado de lo ansiosa que estaba por abrirse camino en la vida. Sólo recordó que quería ser rica y había dado por hecho lo peor.

La había seducido, la había dejado durante una semana, le había dicho que no quería verla más al regresar, se había negado a creerla cuando le dijo que estaba embarazada y luego había amenazado con quitarle la custodia de su bebé. Mientras que él actuaba basándose en interpretaciones de las cosas que ella hacía, le había dado cinco razones reales para odiarlo.

No era de extrañar que fuera fría con él. No sólo la había prejuzgado, sino que se había comportado como una persona horrible.

El sonido de un coche aparcando en la puerta lo sacó de su

ensimismamiento. Caminó hasta el otro extremo del porche y miró hacia un lado de la casa, justo a tiempo de ver cómo Grace sacaba a Sarah del asiento del coche. Con una bolsa de comida en un brazo y el bebé en el otro, caminó

hacia la casa con la cabeza agachada.

Danny sintió un vuelco en el corazón. ¿Nunca dejaría de hacer daño a la gente?

Grace entró en casa al mismo tiempo que Danny entraba del porche de atrás.

–¿Dónde habías ido?

–Necesitaba leche y panes de hamburguesa –sin soltar a Sarah, se dirigió a la cocina a dejar sus compras.

Danny le quitó la botella de leche y la metió en el frigorífico.

–Podría haber ido yo a la tienda.

–Bueno, pero ya he ido yo.

–Grace, quiero ayudar, pero no puedo hacer las cosas si no sé lo que hay que hacer.

–No te he pedido que hagas nada.

Pero, según salían las palabras de su boca, Grace lo lamentó. Dejó a Sarah en su silla y se giró hacia Danny. Tal vez fuera una persona difícil, pero ella no lo era. Y se negaba a permitir que la convirtiera en una.

–Éste es el trato. Estoy acostumbrada a estar sola. No tiene sentido romper esa costumbre porque sólo estarás aquí doce días más. Así que no te preocupes por eso. ¿De acuerdo?

Él asintió, pero seguía mirándola extrañamente, como si ella acabara de descubrir el secreto de la vida. Continuó dirigiéndole miradas furtivas durante la cena, haciendo que se sintiera tan nerviosa que no paró de hablar con Sarah mientras comían, aunque sólo fuera para que hubiera algún ruido en la sala.

Cuando pudo levantarse para ir a darle el biberón a Sarah y acostarla, sintió como si estuviera escapando de una prisión. Alargó su tiempo a solas con una larga ducha, pero, en vez de ponerse su camión habitual y la bata, se puso unas mallas y una camiseta, regresando después abajo a ver la televisión antes de intentardormir.

Acababa de apagar todas las luces y se había acurrucado en el sofá con una taza de chocolate cuando Danny bajó las escaleras.

Al verla acurrucada en el sofá, se detuvo.

–Lo siento.

Se dio la vuelta para regresar arriba.

–Espera –dijo Grace–. No tienes que marcharte. Durante las próximas dos semanas, ésta es tu casa. Será mejor que nos acostumbremos el uno al otro.

Al principio él vaciló, pero finalmente se acercó.

–¿Quieres una taza de chocolate?

Mientras Danny se sentaba en el banco, se rió y dijo:

–No he tomado chocolate desde...

Se detuvo. Grace sospechaba que la última vez que habría tomado chocolate era con su hijo, pero también estaba cansada de andar de puntillas en relación a su vida. Le había contado muy pocas cosas de sí mismo la noche que habían cenado en la casa de la playa, y ella no había insistido. Pero, si tenía que aceptarlo en su vida, y entonces él tendría que aceptarla a ella. No podían fingir que su otra vida no existía.

–¿Desde? –insistió Grace.

–Desde hace años. Desde que tomaba chocolate con mi hijo.

–Mira, podemos hablar de tus dos hijos –dijo ella levantándose del sofá–. Deja que te prepare una taza de chocolate.

Sin esperar una respuesta, se dirigió a la cocina, sacó una cacerola del armario y la colocó en el fuego. Danny se sentó en uno de los taburetes junto a la encimera, recordándole a Grace cómo ella misma había estado sentada en la barra de la casa de la playa mientras él se servía un whisky.

De pronto Danny se levantó del asiento, como si él también hubiera tenido el mismo recuerdo y no lo deseara. Entró en la cocina y se dispuso a abrir el frigorífico.

–Te ayudaré.

Grace sacó el cacao del armario y se dio la vuelta tan deprisa que Danny y ella estuvieron a punto de chocar.

Él la agarró por los hombros para estabilizarla, provocándole escalofríos por la piel. Estando tan cerca, Grace podía sentir el calor de su cuerpo. Aparecieron en su mente los recuerdos de cuando habían hecho el amor, de lo diferente que había sido aquella noche y de lo feliz que había sido ella. Esa química entre los dos era tan intensa que de pronto se preguntó qué habría ocurrido si no hubieran hecho el amor aquella noche. ¿El tipo simpático que había conocido en la playa habría ido tras ella? ¿Habría seguido siendo simpático? ¿Habrían descubierto sus diferencias y habrían seguido cada uno por su lado, o habrían vivido felices para siempre?

Apartando los brazos, Grace se giró hacia los fogones. Lo que podría haber

sido no era importante. Si pensaba demasiado tiempo en eso, comenzaría a soñar, y eso sería una locura. Aquel hombre le había hecho daño y quería quitarle a su bebé. No volvería a caer en su trampa.

–Pásame la
leche. Danny
obedeció.

–Gracias –exagerando la labor de echar la leche en la cacerola para no tener que mirarlo, añadió–: ¿Qué tal van las cosas por ServiciosCarson?

Danny regresó a la encimera, pero no se sentó. Simplemente se apoyó.

–Bien.

–¿Qué tal Orlando?

–Genial –dijo Danny riéndose–. Es un cliente magnífico. Como hace sus deberes, siempre estamos de acuerdo cuando yo le sugiero que mueva su dinero.

–Me alegra oír eso. Me cayó bien.

–Me preguntó por ti.

–¿Qué le dijiste? –preguntó ella mientras vertía tres cucharadas de cacao sobre la leche.

–Que te habías ido.

–O sea que le dijiste la verdad.

–¿Perdón?

–Lo que le dijiste era verdad. Me había ido.

–Sí –dijo él.

Grace se acercó y se colocó delante de él, aguantándole la mirada.

–No sobreviviremos doce días más si no admitimos ahora mismo que los dos cometimos un error aquel fin de semana. No tenemos por qué analizar aquello ni echar culpas, pero tenemos que admitir que los dos cometimos un error.

–De acuerdo.

–Los dos seguimos con nuestras vidas.

–Apuesto a que tú habrías querido seguir como estabas.

Tal vez quisiera ser educada y simpática, pero no tenía intención de discutir cosas como posibles arrepentimientos. De modo que se apoyó en el humor para salir de la conversación. Agitó la mano y dijo:

–No, qué va. ¿Qué tiene de divertida una vida tranquila y agradable sin que nadie luche por la custodia de tu hija?

Danny se rió. Ella se giró para irse, pero él le agarró los dedos y la detuvo.

–Eres de las pocas personas que me hacen reír.

Grace volvió a recordar. El hecho de que pudiera hacerlo reír había sido su primera conexión. Pero el roce de sus dedos le recordó que habían llevado esa conexión mucho más lejos aquella noche. Recordaba cómo sus manos habían explorado su cuerpo, recordó cómo la había abrazado, recordó la intensidad del fuego de la pasión entre ellos.

Pero, al final, la pasión les había fallado. Lo único que había ya entre ellos era Sarah. Y todo lo que tuviera que ver con ella.

Grace se aclaró la garganta y se apartó.

–Intentaremos que te rías más a menudo por Sarah –dijo acercándose al fuego para servirle la taza de chocolate–. ¿Qué quieres ver?

–¿Ver?

–En la tele.

–De hecho no veo la tele.

–Entonces estás de suerte, porque verás todo lo que a mí me gusta.

Eso hizo que volviera a reírse, y Grace sintió un vuelco en el corazón sin poder evitarlo, al igual que aquel fin de semana. Pero se recordó a sí mismo que las cosas en la casa de la playa no habían acabado bien. Y no pensaba cometer el mismo error dos veces. Danny tenía que estar relajado y cómodo con Sarah. Ambos tenían que ser decentes con el otro para compartir la custodia. Pero eso era todo lo lejos que permitiría que llegaran las cosas.

Pasaron dos horas viendo series policíacas en la televisión. Danny se sentía extrañamente asombrado por ellas. La conversación permaneció neutral, tranquila, hasta que, después de la segunda serie, comenzaron las noticias de las once y Grace dijo que se iba a dormir.

–Ese programa no podía haber sido más específico a no ser que hubieran dado nombres –dijo él cuando Grace apagó la televisión y se levantó del sofá.

–De eso se trata –dijo ella–. Los guionistas toman situaciones reales y las convierten en ficción. Es la manera de dar a los curiosos y cotillas la oportunidad de ver qué habría ocurrido y cómo habría sido el juicio.

–Claro –dijo Danny, y la siguió escaleras arriba. En el pequeño pasillo entre sus dos habitaciones, Danny llevó la mano al picaporte, pero no pudo abrir la puerta. No se sentía bien dejándola ya. Y eso le trajo a la mente otro

recuerdodelaplaya.No habíadeseadodejarladespuésdedarleextra.

Había intentado ignorar aquel sentimiento, pero Grace lo había seguido escaleras abajo hasta la barra del salón.

Eso lo hizo sonreír. El pasillo en el que se encontraban distaba mucho de ser un salón. Era bastante pequeño. Sólo un poco más ancho que la barra que los había separado en la casa de la playa. Había salvado aquella distancia inclinándose hacia delante para besarla, y había experimentado una de las noches más maravillosas de su vida.

Y había echado a perder incluso los recuerdos agradables a los que aferrarse por no creerla. Por no valorarla.

–Gracias por el chocolate.

–De nada –dijo ella con una sonrisa.

Danny se apartó de la puerta y se acercó a ella. Tal vez en aquella ocasión no la hubiese valorado, pero comenzaba a comprender que probablemente sí fuera la mujer que había creído que era cuando la sedujo. Todo lo que había ocurrido entre ellos era culpa suya. Sobre todo los malentendidos.

–Me alegra que siguieras con tu vida –dijo.

Dio otro paso más hacia ella, agarrándole la mano y levantándola, observando su piel y sus dedos delicados. Recordó esos dedos sobre su espalda, enredados en su pelo, volviéndolo loco de deseo.

–Soy mucho más fuerte de lo que parece.

Las palabras de Grace surgieron como un susurro. La misma atracción que corría por las venas de Danny parecía estar afectándole a ella. En el silencio de la casa, el único sonido que él oía era el de su corazón. El único pensamiento que tenía, besarla.

Lentamente, sin dejar de mirarla, agachó la cabeza. Cerró los ojos y la besó. Sus labios eran dulces y suaves, justo como recordaba. El calor y la familiaridad se mezclaron con el deseo sexual que habría acabado con su sentido común. La química que había entre ellos hizo que se olvidara de todo salvo de lo mucho que la deseaba. Lo feliz que le hacía. Lo natural que era abrazarla.

Pero entonces ella se apartó.

–Así es como nos metimos en problemas la última vez –dijo–. Buenas noches, Danny.

Y, antes de que Danny pudiera decir algo que la detuviese, Grace se metió en su habitación y cerró la puerta.

Capítulo 7

DANNY se despertó sintiéndose extrañamente descansado. Abrió los ojos, vio la habitación amarilla a su alrededor y estuvo desorientado unos segundos hasta que recordó que estaba viviendo en casa de Grace.

Grace.

La había besado, pero ella le había recordado que eso había sido lo que les había causado problemas la última vez. Y no pensaba que estuviera hablando de Sarah. Sarah no era un problema. Sarah era una bendición. Su problema era que se habían acostado juntos sin conocerse, razón por la que él no había confiado en ella lo suficiente para seguir con su relación, y por eso no la había creído cuando le había dicho que estaba embarazada. Había pensado que estaba mintiendo. Porque no la conocía lo suficiente como para darse cuenta de que Grace nunca haría una cosa así.

Ya sabía que sus acusaciones eran el producto de una mente exageradamente suspicaz, pero también tenía que admitir que no estaba muy lejos de ser el hombre que la había tachado de mentirosa. Sí, había superado las tragedias de su vida y, para el mundo, era normal. Y realmente podía ser normal en el trabajo, normal con los amigos, normal con una mujer que sólo buscara una noche de entretenimiento. Pero su divorcio había hecho que le resultara difícil comprometerse. No estaba hecho para el matrimonio. No era una persona adecuada para alguien que quisiera algo más que una noche divertida y sexo sin compromisos. Y mucho menos para una persona tan maravillosa como Grace. Ella se merecía algo mejor. Incluso él lo sabía.

Necesitaba un marido. Un compañero. Alguien con quien compartir su vida. Él no era ese hombre.

Se levantó de la cama y se puso la bata, pero volvió a detenerse. Había

estado a punto de olvidarse de que compartía cuarto de baño.

Compartía cuarto de
baño. Veía la televisión.

Y era feliz.

¿Hacía cuánto tiempo que no podía decir que era feliz? Años. Se había acostumbrado a conformarse con emociones superficiales, convencido de que, si amaba algo, la vida se lo quitaría. Pero, aunque no pensase que pudiera comprometerse con una mujer, vivir con Grace le hacía considerar que podía querer a Sarah y llegar a ser un padre de verdad. Sobre todo dado que Grace estaba dispuesta a ser razonable y compartir la custodia. No como adversarios, sino como dos amigos. Los dos con los intereses de la pequeña en mente. Y sin una vista judicial que sacase al descubierto los trapos sucios de supasado.

Agarró su bolsa de afeitado, abrió la puerta del dormitorio y asomó la cabeza por el pasillo. La puerta del cuarto de baño estaba abierta y no se veía a Grace por ninguna parte. Bien. No quería encontrarse con ella vestida sólo con una bata. Como le había recordado la otra noche, los besos les habían traído problemas la última vez. No iba a volver a cometer el mismo error. Habían pagado un precio por acostarse. Él había perdido a una buena empleada, alguien que podría haberse convertido en una amiga.

Y le había hecho daño.

No se permitiría olvidar eso. Tampoco se permitiría volver a hacerle daño. Podía decir eso con absoluta seguridad porque no volvería a implicarse con ella. Ésa era una promesa que se hacía a sí mismo.

Se duchó, se afeitó y regresó a su habitación antes de oír el sonido del despertador de Grace. Sacó un traje de la funda que había colgado en el armario y oyó los llantos de Sarah y las palabras tranquilas de Grace. Danny volvió a poner el traje en el armario y se puso unos vaqueros y una camiseta, escuchando cómo Grace consolaba a Sarah mientras la llevaba al piso de abajo. Luego oyó cómo regresaba arriba y supo que la ausencia de llantos significaba que Sarah estaba tomando su biberón.

Oyó cómo la puerta de Grace se cerraba y entonces bajó las escaleras. Hacía años que no preparaba sus famosas tortitas con arándanos, pero, si alguien se merecía eso, ésa era Grace.

Tras mirarse una última vez para asegurarse de que su falda negra y su blusa estaban bien puestas, Grace se apartó del espejo para sacar a Sarah de la cuna. Pero, al darse la vuelta, el olor de algo dulce la detuvo.

Fuera lo que fuera, olía de maravilla. Se le hizo la boca agua.

Tomó a Sarah en brazos y bajó las escaleras. En la cocina, vestido con unos vaqueros y una camiseta, llevando un delantal, estaba Danny.

–¿A qué huele?

–Tortitas –dijo él con una sonrisa–. Mi especialidad.

–Si saben tan bien como huelen, desde luego sí son tu especialidad.

–Claro que lo son.

Grace se dirigió a la zona del comedor, dejó a Sarah en su sillita y regresó a la cocina para sacar platos del armario.

–¿Otra cosa que aprendiste en la universidad?

–La verdad es que no –dijo él–. Esto es lo único que sé cocinar. A no ser que cuentes la sopa de lata y huevos fritos.

Evitando su mirada, Danny colocó dos tortitas en cada uno de los platos que ella le ofrecía. Grace los llevó a la mesa, dejó el suyo junto a la silla de Sarah y el otro frente a ella.

La noche antes, la había besado, y recordarlo hacía que sintiera un cosquilleo en el estómago. Ella no había dejado que el beso llegara muy lejos. Pero había algo entre ellos. Algo especial. Algo sexual. No era algo que fuese a desaparecer pulsando un botón, ni porque complicara las cosas. Y hoy le había preparado el desayuno. Aunque se lo agradecía, sabía que tenía que ir con cuidado. No quería implicarse con él de nuevo, y Danny la estaba tentando.

Danny llevó el sirope a la mesa y se sentó frente a ella.

–Creo que hay algunas cosas de las que deberíamos hablar.

Grace sintió de nuevo un vuelco en el estómago. Lo último que quería era hablar de su noche juntos. Ni de nada que hubiera ocurrido entre ellos. Pero despreciarlo no había dado resultado a la hora de mantenerse alejada. Así que tal vez fuese mejor hablar.

–De acuerdo.

–Muy bien –convino él–. El tema es éste. El beso de anoche estuvo mal y no quiero que te preocupes porque pueda volver a ocurrir.

Grace lo miró con la esperanza de que sus ojos no revelaran el dolor que

sentía. Ella tampoco pensaba que fuera buena idea acercarse, pero no hacía falta que Danny lo dijera en voz alta.

–La verdad es que sé que te mereces algo mejor que yo. La noche que nos acostamos, yo estaba pasando por un mal momento. No es que eso justifique lo que ocurrió, pero creo que podría ayudarte a comprender que, ahora que ya he pasado ese mal momento, veo que te juzgué mal y que lo siento mucho.

Grace tomó aliento. Una vez más, Danny estaba hablando de sí mismo, pero en realidad de nada. Aun así su disculpa era un gran paso para los dos.

–De acuerdo.

–¿De acuerdo lo comprendes, o de acuerdo aceptas mi disculpa?

Ella tomó aliento de nuevo. Su reacción instintiva era aceptar su disculpa, pero simplemente no confiaba en él. Tenía una personalidad muy poderosa. Tal vez dijera que no tenía que preocuparse porque volviera a besarla, pero no creía que ninguno de los dos pudieran decir eso con absoluta seguridad. Había algo entre ellos. Química, probablemente. Hormonas que no escuchaban a la razón. Tenía miedo de que, si aceptaba su disculpa y le decía que lo comprendía, eso abriera puertas a cosas que no pudiera controlar. Cosas que ninguno de los dos podría controlar.

Antes de que pudiera contestar, Danny dijo:

–Odio las excusas por mal comportamiento, pero a veces hay razones válidas para que la gente haga cosas malas. Aquella noche era el segundo aniversario de la muerte de mi hijo, no era yo mismo.

–¿Qué?

–Cory había muerto dos años antes. Seis meses después de su accidente, mi mujer y yo nos separamos. Pasé el siguiente año y medio viviendo sin vivir.

Completamente asombrada, Grace se quedó mirándolo en silencio.

–Ese fin de semana me recordaste lo que era la felicidad –prosiguió él pasándose una mano por el pelo–. No sé. Verte con Orlando y oírlos hacer chistes me recordó lo que era ser feliz y comencé a sentir que me estaba recuperando. Ya sabes... como si estuviera listo para vivir de nuevo.

Grace simplemente asintió.

–Pero siempre creí que tú y yo habíamos ido demasiado lejos y demasiado rápido haciendo el amor el primer fin de semana que hablábamos realmente. Y, cuando me fui de viaje, me asaltaron las dudas. Comencé a

imaginar todo tipo de razones por las que te acostarías conmigo sin conocerme realmente,y

algunas de esas razones no eran muy buenas. Cuando me dijiste que estabas embarazada, fue como si todo lo malo que había imaginado fuese verdad. Me equivoqué y lo siento.

Grace tragó saliva. Ella había abandonado la casa de la playa feliz, pensando que había encontrado al hombre perfecto y creyendo que les ocurrirían muchas cosas buenas. Pero Danny había abandonado la casa preocupado por un mal potencial. No era de extrañar que ninguno de los dos hubiera contemplado la perspectiva del otro. Estaban en dos extremos distintos.

–Yo también lo siento. Estaba tan feliz que no pensé las cosas. Si hubiera sabido que...

Sarah dio un golpe en su bandeja y emitió un chillido.

–Me he olvidado de darle el desayuno –dijo Grace.

–Puedo ocuparme yo –dijo Danny poniéndose en pie.

El primer instinto de Grace fue decirle que se sentara. Su conversación aún no había acabado. ¿Aunque qué más podía decirse? Él lo sentía. Ella lo sentía. Pero no podían cambiar el pasado. Ella no quería una relación. Danny le había hecho daño y ya no confiaba en él. Y él tampoco quería una relación. De lo contrario no habría prometido no volver a besarla. No había nada más que decir. La conversación realmente sí había acabado.

–¿Recuerdas cómo preparar los cereales? –preguntó Grace.

–Mezclo el contenido de la caja con un poco de leche, ¿no? Ella asintió.

–Podré hacerlo.

Se dirigió a la cocina y Grace respiró profundamente durante unos segundos.

Su hijo había muerto.

Siempre había pensado que nada de lo que dijera excusaría el modo en que la había tratado al decirle que estaba embarazada.

Pero no era así.

No significaba que pudiera confiar en él, pero significaba que podía perdonarlo.

Aquella noche Grace tenía la cena casi preparada cuando llegó Danny. Le dijo que fuera arriba a cambiarse mientras daba de cenar a Sarah y, cuando la

niña hubo comido, Danny regresó con los vaqueros y la camiseta. Parecía tan relajado como aquella noche en la casa de la playa. Al parecer la confesión le había sentado muy bien.

Increíblemente nerviosa, Grace se ocupó de las ensaladas. Sabiendo ya todo lo referente al hijo de Danny, todo era diferente. Casi no sabía cómo tratarlo. Aquella admisión había hecho que se abrieran las puertas de la amistad, y ser amigos sería lo mejor para Sarah. ¿Pero podrían ser amigas dos personas con su química?

Danny se sentó mientras Grace llevaba las ensaladas a la mesa.

–¿Sabes? No hemos llegado a hablar muchas cosas sobre Sarah. Relajada ante aquel tema neutral, Grace dijo:

–¿Como qué?

–Por ejemplo, la pensión de la niña.

–Dado que cada uno de nosotros la tendrá dos semanas al mes, no creo que sea necesaria una pensión. Así que ni se te ocurra pedírmela.

–Muy graciosa –dijo él riéndose.

–Oye, yo gano un sueldo decente. ¿Cómo sé que no pensabas pedirme una pensión?

–No me habías dicho que tuvieras un trabajo.

–Trabajo para una pequeña compañía de contabilidad. Johnson y O’Hara.

–¿Entonces te las apañas económicamente?

–Sí –Grace sonrió–. De hecho gano el doble de lo que ganaba trabajando para ti.

–Tienes suerte.

–Sí.

–Y parece que sabes usar tu dinero con cabeza –añadió él mirando a su alrededor.

–Compré esta casa cuando conseguí mi primer trabajo.

–La noche que estaba cocinando en la parrilla, recordé que me dijiste algo sobre redecorar tu casa mientras cenábamos aquel domingo por la noche en la casa de la playa.

Grace sintió un vuelco en el estómago. Danny era guapo, simpático, considerado, listo. Y ahora sabía que no era malo, sino que estaba herido. La vida le había hecho daño y necesitaba a alguien como ella para hacerlo reír.

¡Estaba en serios problemas!

–Hiciste un gran trabajo con la redecoración.

–Mi primo hizo casi todo el trabajo –dijo ella evitando mirarlo a los ojos–. Ponía las cosas en su sitio, clavaba los clavos...

–Tiene buen aspecto –Danny dio un mordisco a su ensalada.

Pero Grace estaba demasiado nerviosa para comer. Ya no podía odiarlo. Pero tampoco podía gustarle.

¿O sí?

Contándole lo de su hijo, había explicado su comportamiento y, a la vez, había demostrado que confiaba en ella.

Pero también había dicho que no tenía que preocuparse porque pudiera volver a besarla.

Claro, podría haber dicho eso porque ella se había apartado la noche anterior, recordándole que eso les traería problemas.

Terminaron las ensaladas y Grace sirvió el roast beef con puré de patatas. Molesta por ser ignorada, Sarah golpeó su chupete contra la bandeja de su silla y comenzó a chillar.

–¿Qué te pasa, Sarah? –preguntó Grace, y la niña volvió a chillar–.

¿Quieres sentarte en el regazo de alguien? Pero no puedes. A no ser que tu padre quiera hacerlo.

–Claro –dijo Danny.

–No –dijo Grace–. No puedes tener a un bebé en brazos con un plato con salsa delante. Tendrías la salsa encima en veinte segundos.

–Si quieres cenar tranquila, podría llevarla al salón y luego cenar cuando hayas acabado.

Estaba tan ansioso por ayudar que Grace se quedó mirándolo, sacando conclusiones que hicieron que su corazón palpitará con esperanza. Sólo había una razón por la que un hombre querría complacer a una mujer. Le gustaba. Lo que significaba que tal vez Danny sólo hubiera prometido no besarla de nuevo porque ella se lo había impedido, no porque no quisiera hacerlo.

O tal vez estuviera sacando conclusiones que no tu

–Estoy bien –dijo ella–. Me gusta tener a Sarah en la mesa. Cuando he dicho que tal vez querrías tomarla en brazos, estaba bromeando.

–Ah, de acuerdo.

Decidida a mantener la perspectiva, Grace se giró hacia Sarah y dijo:

–Así que, señorita Sarah, te quedas donde estás.

–¿Qué es esa cosa que te ha puesto tu madre? –preguntó Danny señalando

el trozo de tela peluda en forma de oso de peluche cosido a la camiseta de Sarah.

–Es una camiseta de oso –dijo Grace.

–¿Qué?

–Una camiseta de oso –repitió ella–. Desde el día en que nació, mi padre empezó a llamarla osita. Luego, Sarah osita. A partir de ahí, mis padres comenzaron a comprarle todo tipo de cosas con osos –señaló con el tenedor hacia el oso de la camiseta de Sarah–. Presiónalo.

–¿Presionarlo?

–El oso. Presiónalo y mira lo que ocurre.

Danny se inclinó hacia delante y apretó el oso de la camiseta de su hija. Comenzó a hacer ruido y Sarah sonrió.

–Muy gracioso –dijo él.

–Hace que Sarah se ría, y algunos días eso no es sólo algo bueno. Es una necesidad.

–Lo recuerdo.

Claro que lo recordaba. Había tenido un hijo. Sin duda muchas de las cosas que hiciera por Sarah, o cosas que Sarah hiciera le recordarían a su hijo. Si necesitaba algo de Grace, tal vez no fuera una relación, sino una amiga que escuchara lo que tuviera que decir. Sólo eso. Escuchar.

–¿Quieres hablar del tema?

–La verdad es que no –dijo él.

–Si alguna vez quieres hablar, aquí estaré.

–Lo sé. A veces me pregunto qué habría ocurrido entre nosotros si te hubiera contado todo la mañana después de acostarnos, como pensaba hacer.

–¿Ibas a contármelo? –preguntó Grace sintiendo un vuelco en el corazón. Él asintió.

–Sin embargo, lo único que conseguí decir fue que tenía que irme durante una semana. No debería haberme acostado contigo aquella noche. Aún estaba dolido, pero luchaba, diciéndome a mí mismo que era hora de seguir hacia delante. Y cometí un error.

–No eres el único culpable. Fui yo la que bajó a buscarte.

–Sí, pero era yo el que sabía que no estaba recuperado del todo de la muerte de mi hijo y de mi divorcio. Todo el desastre fue culpamía.

–Hacen falta dos...

–Grace, para. Por favor.

–De acuerdo.

–No estoy intentando ocultar nada ni huir de las cosas, pero simplemente no quiero recordar más. Estoy cansado del pasado y no me gusta recordarlo, ni mucho menos hablar de él. Me gusta vivir el presente.

–Lo entiendo.

–Bien –Danny dejó su tenedor en el plato–. ¿Quieres ayuda con los platos? Grace estuvo a punto de negarse, pero se detuvo. Darle algo que hacer sería más fácil para los dos.

–Claro.

Danny se puso en pie y recogió los platos. Ella agarró la bandeja de la carne y la llevó al frigorífico. La tensión del silencio entre ellos pesaba en su pecho. Si el silencio era duro para ella, no podía ni imaginar lo que sería para Danny. Sabiendo que no quería pensar ni recordar, comenzó a hablar de cosas sin importancia.

–¿Qué has hecho hoy en el trabajo?

–Lo mismo de siempre –dijo él mientras aclaraba los platos–. ¿Y tú?

–Estoy revisando las cuentas de una compañía que quiere incorporarse.

–Oh, una OPA.

–No, se trata de un pequeño negocio familiar. Los directores básicamente están repartiendo acciones a los miembros de la familia que hicieron que la empresa fuera un éxito, como medio de asegurarse la posesión así como una distribución apropiada de los beneficios.

–Ah.

–No es tan excitante como invertir la fortuna de atletas famosos, pero es un buen trabajo. Interesante.

–¿Has comenzado a hacer tus propias inversiones?

Aquella pregunta le recordó al momento en que le había dicho que había entrado a trabajar en su compañía porque quería aprender a invertir para ser rica. Se sintió abochornada. Lo había dicho en serio, pero, dado todo lo que había ocurrido entre ellos, su comentario probablemente hubiera despertado sus sospechas sobre ella.

Realmente lo habían liado todo aquella noche.

Regresó a la mesa del comedor y retiró el cuenco del puré.

–Trabajo para pagar mi casa –dijo–. Así que no tengo mucho dinero para invertir.

-Dado que compartiremos los gastos de Sarah, tendrás algo de dinero

extra, ¿verdad?

–Quizá.

–Grace, quiero pagar mi parte. Y puedo ser muy cabezón. Así que nada de «quizás», ni «probablemente». Vamos a ser sinceros con respecto al dinero.

–De acuerdo.

–Muy bien –dijo él mientras metía los platos en el lavavajillas–. Cuando lo tengamos todo aclarado, me gustaría abrir una cuenta para ti en Servicios Carson.

–Claro –dijo ella riéndose–. Danny, aunque tenga dinero extra gracias a compartir los gastos de Sarah, no creo que me queden más de cien dólares al mes.

–Cien dólares al mes está bien.

–¿De verdad? ¿Vas a abrir una cuenta de inversión con cien dólares?

–Pensé en abrirla con unos cuantos miles de dólares de mi dinero. Ya sabes, para compensar todo lo que te has gastado hasta la fecha.

–Me has pedido que dejara de hablar del pasado y lo he hecho –dijo ella–. Así que ahora yo te pido que dejes de hablar de dinero.

–Pero yo...

–Para. No quiero tu dinero. Nunca lo he querido. Cuando dije que quería ser rica aquella noche en la playa, de hecho quería decir que me gustaría que mis padres y yo estuviéramos desahogados de dinero. Así –dijo señalando a su alrededor–. Esto es suficiente. Soy feliz. No quiero tu dinero. ¿Puedes aceptar eso?

Danny la miró durante varios segundos. Grace ni siquiera se estremeció, de modo que averiguaría por su expresión que aquello era tan importante para ella como lo era para él no hablar del pasado.

–Sí, lo acepto.

–De acuerdo.

Al meterse en la cama aquella noche, Grace seguía molesta por la discusión sobre el dinero. No porque Danny quisiera pagar su parte, ni siquiera porque ella hubiera levantado sus sospechas sobre sí misma, sino porque ese recuerdo abría la puerta a muchos otros.

Recordaba lo que era estar con él. Danny había hecho que se sintiera muy

especial. Maravillosa. Perfecta.

De pronto tuvo la misma sensación que había tenido aquel fin de semana. La sensación de que encajaban. Eran adecuados el uno para el otro. Se había sentido muy feliz aquel fin de semana, pero recordaba que él también se había sentido feliz.

¿Se equivocaría al pensar que sacaba al buen hombre que había en él? ¿Y tan malo era creer que existía la posibilidad de que el buen hombre apareciese y se quedase para siempre? ¿Y tan malo sería pensar que, si ese hombre bueno se quedaba, podrían enamorarse de verdad?

No lo sabía, y ni siquiera podía analizar la situación con claridad porque se habían acostado juntos y ese recuerdo enturbiaba su razón.

Además, ya había decidido no malinterpretarlo de nuevo. Danny había dicho que no pensaba volver a besarla.

No la deseaba. Tenía que recordar eso.

Capítulo 8

GRACE se despertó al oler las tortitas y oír a Sarah golpeando las manos contra las barras de su cuna.

–Ya voy.

Salió de la cama medio dormida y tomó a la niña en brazos. La lluvia golpeaba suavemente el tejado. El aroma de las tortitas con arándanos estaba por todas partes. Habría sido una mañana perfecta de no ser porque Grace había estado dando tantas vueltas en la cama durante la noche que se había quedado dormida.

Aunque había dicho que no quería acostumbrarse a tener a Danny cerca, tras vestir a Sarah, bajó las escaleras y se dirigió a la cocina.

–Hola

Danny levantó la vista del periódico que estaba leyendo en la encimera de la cocina.

–Buenos días.

–Lo siento, pero me he dormido. ¿Podrías tomarla en brazos?

–¿Quieres que le dé el desayuno? Grace asintió.

–Claro. Vamos, Sarah.

Grace le entregó a Sarah y regresó hacia las escaleras. Pero, al llegar al pie, se detuvo, viendo cómo Danny sostenía a Sarah con un brazo y preparaba los cereales con la otra mano. La lluvia seguía cayendo, haciendo que la casa pareciera acogedora y cálida. El desayuno estaba listo. Tendría privacidad para vestirse. Todo le parecía tan perfecto que Grace tuvo un momento de absoluta tristeza, dándose cuenta de que aquél era el resultado de haberse acostado demasiado pronto.

Tomó aliento y subió las escaleras. No tenía sentido lamentar cosas que ya habían pasado. Ni pensar en lo que habría podido ser. No podía poner en peligro el nivel de estabilidad que tenían por querer tener un romance. Particularmente con un hombre que necesitaba hacer las cosas a su ritmo y a su manera.

Se duchó, se vistió y regresó abajo. Sarah estaba sentada en su silla y balbuceó cuando Grace se acercó. Danny se levantó de la mesa y se fue a la cocina.

–Te calentaré las tortitas en el microondas.

–Gracias.

–¿Quieres café?

–Sí, pero yo me encargo –dijo ella riéndose–. Ya te dije que no quiero acostumbrarme a tener ayuda.

–Podríamos compartir a la niñera que yo contrate –dijo él.

–No me tientes.

–¿Por qué no? ¿Qué otra cosa hará durante las semanas que tú tengas a Sarah?

–Hacer yoga.

–Vamos –dijo Danny riéndose–. Al menos piensa en ello, Grace.

Grace se sirvió una taza de café y luego sacó la nata del frigorífico.

–La parte de mi cerebro que desea ayuda está dominada por la parte de mi cerebro que disfruta pasando tiempo a solas con Sarah.

–De acuerdo –dijo él asintiendo con la cabeza–. Tiene sentido.

–Gracias –dijo ella con una sonrisa.

–De nada –contestó él devolviéndole la sonrisa.

Durante unos segundos, los dos se quedaron allí, sonriéndose, hasta que Grace se dio la vuelta. Realmente le gustaba, y eso disparaba sus feromonas más que nada. Estaban mejor cuando lo despreciaba, antes de su explicación y de su disculpa. Ahora se estaban haciendo amigos, acercándose, y ella deseaba cosas que no podría tener.

–Por cierto, mi abogado ha llamado esta mañana.

–¿Ah, sí? –preguntó ella.

–Sí. Está loco. Me ha llamado cuando estaba afeitándose. De hecho me ha despertado –en ese momento sonó el pitido del microondas y Danny se

apartó de la encimera—. Me ha preguntado por el progreso de nuestro trato. Le he dicho que tú me habías dicho que habías contactado con un abogado, y que

ese abogado te había dicho que podías firmar, así que lo firmaste, ¿no?

De pronto la atmósfera cambió y la tensión fue evidente entre ellos. Él no había firmado el acuerdo. Ella sí. Pero él no. Y eso preocupaba a su abogado. Y tal vez fuese él el preocupado, y utilizase la llamada como tapadera.

Grace tragó saliva y se obligó a no ser desconfiada. La custodia compartida había sido idea suya.

–Lo firmé.

–Genial. Dámelo y yo lo firmaré. Por lo que dice mi abogado, cuando hayamos arreglado eso, no necesitaremos una vista. Simplemente comenzaremos a compartir la custodia –dijo con el plato de tortitas en la mano.

De pronto las tortitas parecían un soborno, y Grace se quedó helada. Hasta que recordó que Danny no tenía nada que ganar siendo simpático con ella. En cualquier caso era ella la que se beneficiaba si no iban a los tribunales.

Se obligó a sonreír y aceptó el plato.

–Suena bien. Está arriba. Iré a buscarlo. Danny miró su reloj y dijo:

–Tengo una reunión a primera hora, así que, a no ser que quieras que se te vuelvan a enfriar las tortitas, ¿qué te parece si lo haces esta noche? Mañana es sábado, pero puedo llevarlo al trabajo el lunes y firmarlo frente a mi secretaria, que puede ser testigo. Luego haremos copias.

–Suena bien –repitió ella dirigiéndose a la mesa–. Pero está encima de mi cómoda. Podrías ir tú.

–Ya lo haremos mañana –dijo Danny quitándole importancia.

Grace se fue a trabajar sintiéndose como una idiota por desconfiar de él. Pero, mientras caminaba por el aparcamiento, se recordó a sí misma que no estaba tan fuera de lugar sospechar de él. Tal vez ella fuese propensa a imaginar cosas, pero él tampoco le había contado mucho sobre su vida. Y siempre cambiaba el tema de la conversación cuando era demasiado personal. Además, tenían un pasado. Un pasado inusual y amargo. Él la había juzgado mal. Después de echarla de su despacho, no había vuelto a ponerse en contacto con ella. Y, cuando le había presentado a su hija, su intención había sido conseguir la custodia total, aunque había acabado

conformándose con la compartida. Todo en su relación había sido una negociación constante.

Grace no debería sentir que las cosas entre ellos se habían arreglado por arte de magia.

Aunque había confiado en ella lo suficiente para contarle lo de su hijo.

Eso significaba un paso hacia delante. Aun así, algo seguía inquietándola. Algo le decía que Danny se mostraba demasiado dispuesto con aquello de la custodia compartida, aunque no tenía ni idea de por qué.

Grace no logró encontrar una respuesta sólida, aunque la pregunta apareció en su mente cientos de veces a lo largo del día. Regresó a casa aquella tarde sintiéndose inquieta y molesta, cansada de tanto pensar.

No ayudó el hecho de que Sarah estuviera gruñona aquella tarde. Tras la cena, Danny se excusó para ir a su habitación a trabajar en un proyecto que tenía que tener terminado el lunes por la mañana. Grace trató de meter los platos en el lavavajillas mientras Sarah lloraba sin parar en su silla. Pero la paciencia se le acabó rápido. Tomó al bebé en brazos y lo llevó a la habitación de Danny.

–¿Puedes cuidarla mientras termino de limpiar la cocina?

–Grace, yo... –comenzó a decir Danny.

–Por favor –Grace entró en la habitación sin dudar–. Sé que tienes que terminar esto para el lunes, pero he tenido un día horrible y necesito unos minutos para limpiar –dijo dejando a la niña en su regazo–. Cuando haya terminado con los platos, volveré a por ella.

Sin más, abandonó la habitación, cerrando la puerta tras ella y dejando silencio a su paso.

Danny miró a la niña en su regazo y dijo:

–Uno de los dos la ha enfadado y, dado que yo estaba aquí arriba y tú en la cocina, la culpa tiene que ser tuya.

Sarah emitió un chillido.

–Claro. Puedes quejarte todo lo que quieras, pero el caso es que yo estaba aquí arriba y tú abajo con ella.

Se puso en pie y se acercó a la puerta con la intención de llevar al bebé al salón para poder ver la televisión o tal vez jugar en el suelo. Pero, incluso antes de poner la mano en el picaporte, se lo pensó mejor. Grace había dicho que quería limpiar la cocina, pero tal vez lo que necesitara fuera un poco de tranquilidad. Miró a su alrededor, sin estar muy seguro de lo que hacer.

–¿Tienes alguna sugerencia sobre cómo podríamos divertirnos durante la próxima hora? –preguntó él.

Sarah se frotó la nariz con el puño, y luego el ojo derecho; señal de que tenía sueño. Instintivamente, le dio un beso en la cabeza.

Ella lo miró y le dirigió una sonrisa. Danny sintió un vuelco en el corazón. Estaba empezando a quererla, y se encontraba feliz viviendo en casa de Grace. Además, empezaba a tener sentimientos hacia ella que no se atrevía a identificar. Sabía que Grace se merecía un hombre mejor. Se había prometido a sí mismo que no volvería a hacerle daño.

Volvió a mirar a Sarah, que bostezó.

–Oh, no, Sarah. No te duermas tan pronto. Te despertarás antes del amanecer, y mañana es sábado, el único día que mamá puede dormir...

De pronto dejó de hablar, porque se sintió inspirado. Lo que haría sería preparar a Sarah para irse a la cama. Así no se quedaría dormida en al menos media hora. Además, así tal vez ganara puntos con Grace.

Asomó la cabeza por la puerta y oyó que Grace seguía en la cocina, de modo que se coló en su habitación. Una vez dentro, se sintió como en casa. Cerró los ojos, diciéndose a sí mismo que no debía sentirse tan apegado a ella o a sus cosas como para hacer algo de lo que ambos se arrepentirían.

Sarah se sonó la nariz en su camisa y comenzó a acurrucarse en su hombro, devolviéndolo a la realidad.

–No. No –dijo él cambiándola de posición antes de que se pusiera demasiado cómoda–. Podrás irte a dormir si dejas que tu papá te prepare antes.

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que, probablemente, la bañera del bebé estaría en el cuarto de baño. Recordando que la preparación era el mejor truco para un padre, decidió tenerlo todo listo antes de sacar a la niña del baño. Colocó una manta limpia sobre el cambiador, luego abrió un cajón en el que había camisetas interiores y calcetines tan pequeños que eran del tamaño de un pulgar. Sabiendo que eran demasiado pequeños, cerró el cajón y abrió otro, buscando un pijama. Luego localizó los pañales y lo dispuso todo sobre el cambiador.

Una vez listo, llevó a Sarah al cuarto de baño. Llenó su bañera de agua y preparó el jabón y la toalla.

Entonces se dio cuenta de que la niña aún estaba vestida y de que él seguía llevando los pantalones del traje. Decidió que era demasiado tarde para hacer nada con sus pantalones y tumbó a la niña en la alfombra frente a

la bañera para quitarle la ropa.

Sarah se reía y balbuceaba.

–Ya veremos si estás tan contenta después de meterte en el agua –dijo Danny–. ¿Preparada?

La niña se rió y le golpeó las mejillas con las manos.

–De acuerdo –la metió en la bañera y, al ver que no lloraba, imaginó que era uno de esos bebés a los que les encantaba meterse en el agua–. Así que te gusta el agua –dijo mientras la lavaba. Ella simplemente se limitó a reírse y a balbucear.

Contento con su éxito, Danny le aclaró el pelo y el cuerpo y la secó con la toalla antes de llevarla de nuevo a la habitación de Grace.

Sarah se entretuvo con el chupete sin dar problemas mientras él le ponía el pañal y el pijama.

Cuando estuvo totalmente vestida, la sacó al pasillo. Oyó el sonido de la televisión, que indicaba que Grace había terminado con los platos y probablemente estuviera esperando a que terminara el ciclo del lavavajillas para poder recogerlo todo. Danny se dirigió hacia las escaleras con cierto cargo de conciencia. En los cinco días que llevaba allí no había hecho más que tortitas, ayudar con los platos y hacer cosas a la parrilla. Era la primera vez que había ayudado realmente con el bebé, y le parecía mal llevar a Sarah abajo para molestar a Grace.

Se dio la vuelta y regresó a la habitación de Grace.

–¿Qué hacemos ahora?

Sarah se frotó los ojos de nuevo.

Danny frunció el ceño. No tenía biberón para ella, pero no parecía hambrienta. Lo único que parecía era que tenía sueño. Habiendo pasado casi una hora preparándola para irse a la cama, ya no le parecía tan pronto para dejar que se durmiera. La única pregunta era: ¿podría quedarse dormida sin unbiberón?

Recordó un comentario que Grace había hecho sobre inventarse historias para Sarah, y se acercó a la cama. Si dejaba a Sarah en la cuna, corría el riesgo de que llorase y el momento de tranquilidad de Grace se vería afectado. Le pareció mejor sentarse en la cama y contarle un cuento a Sarah para ver si se quedabadormida.

Se sentó, y Sarah se acurrucó contra su pecho. Pero sentarse en la cama de Grace le resultaba incómodo, de modo que se echó hacia atrás hasta apoyar

la espalda en el cabecero.

–Esto está mejor. De acuerdo. Vamos a ver. Obviamente te gustan los osos, así que vamos a inventarnos una historia sobre un oso.

Sarah parpadeó lentamente.

Danny se recostó más y finalmente decidió que sería mejor tumbarse.

Dos horas más tarde, Grace se despertó en el sofá. ¡Se había quedado dormida! Danny iba a matarla.

Subió las escaleras y corrió hasta la habitación de Danny, pero estaba vacía. Asustada, cruzó el pasillo y, sin encender la luz, vio su silueta en su cama. Entró en la habitación de puntillas y descubrió no sólo que se había quedado dormido con Sarah, sino que le había puesto el pijama.

Con cuidado de no despertar a Danny, tomó a Sarah en brazos. El bebé se retorció, pero no llegó a despertarse cuando Grace la metió en la cuna.

Luego se giró hacia la cama y el corazón le dio un vuelco. Danny parecía tan cómodo y relajado que no quería molestarlo. La expresión reposada de su rostro le recordó a la mañana que se había despertado en su cama, e involuntariamente se sentó a su lado.

Incapaz de evitarlo, le apartó un mechón de pelo de la frente. No iba a volver a entrar en esa cadena de recriminaciones por haberse acostado con él. Ya sabía que había sido un error. No tenía sentido seguir sermoneándose por ello. Lo único que deseaba era un minuto para contemplarlo, para estar feliz de que estuviera allí, para disfrutar del hecho de que quisiera a su hija para no tener que preocuparse cuando Sarah estuviese a su cargo.

Se recostó un poco más en la cama, recordando cuando se había despertado aquella mañana en la casa de la playa, riéndose suavemente por lo contenta que se había puesto de tener la oportunidad de salir de la cama para lavarse los dientes antes de que él se despertara.

Recordó haber pensado que nunca había amado a ningún hombre como amaba a Danny, y se dio cuenta de que aún era cierto. Danny había capturado su corazón y no sabía cómo lo había hecho. Salvo que era dulce, guapo, simpático, y ella deseaba desesperadamente llenar ese vacío que era evidente que tenía.

Pero él no se lo permitiría.

Y eso era lo que le inquietaba. Por eso se aferraba a sus sospechas. Siempre que siguiera desconfiando de él, podría controlarse.

Pero,habiéndole

hablado sobre su hijo, había conseguido que lo perdonara. Y, después de perdonarlo, había comenzado a enamorarse de él.

Pero él no la amaba. No quería amarla. Si no controlaba sus sentimientos, volvería a acabar herida.

Tras respirar profundamente, le movió ligeramente el hombro y susurró:

–Danny.

Él masculló algo y Grace sonrió. Era muy guapo. No le parecía justo que tuviera que resistirse a él.

–Danny, si no quieres levantarte, puedo dormir en tu habitación, pero tendrás que levantarte con Sarah cuando lllore para comer a las dos de la madrugada.

La amenaza de hacerse responsable de Sarah debió de llegar a su cerebro, porque lentamente se incorporó.

–¿Quieres que te ayude a cruzar el pasillo?

Danny la miró como si necesitara enfocar, y le agarró la mano, que seguía sobre su hombro. Sus dedos estaban calientes, y Grace recordó lo dulces que eran sus besos, lo entregado que era como amante, y lo segura que se había sentido con él.

En el silencio de la noche, sus miradas se encontraron. Danny le colocó las manos en los hombros y las deslizó por su espalda.

Grace tragó saliva y cerró los ojos, saboreando aquella sensación que recordaba de esa noche de verano. No era atracción sexual, sino conexión emocional expresada a través de la atracción física. Fuera lo que fuera lo que hubiese entre ellos, era poderoso, pero también dulce. Ocupándose de Sarah aquella noche, le había demostrado lo que ella ya sabía en su interior. Que en el fondo era un buen hombre. Se había quedado con Sarah más tiempo del necesario para que Grace pudiera descansar, y luego le había puesto el pijama y se había quedado dormido con ella en brazos.

Tal vez él no le diera importancia, pero no podía negar que aquello significaba que estaban en un cruce de caminos. Le gustaba lo suficiente como para hacer algo amable por ella. Tal vez fuera demasiado pronto para enamorarse de nuevo. Pero se estaba enamorando. Y Grace no necesitaba decirle que ella también. Probablemente pudiera verlo en sus ojos.

Mirándolo a los ojos, Grace aguantó la respiración, casi rezando para que Danny estuviera pensando lo mismo que ella y que tuviera coraje para actuar

en consecuencia.

Capítulo 9

EN LA tranquilidad de la habitación, Danny se quedó mirando a Grace. Lo único que deseaba hacer era meterse bajo las sábanas en ese instante con ella. No para hacer el amor, sino para dormir. Estaba cansado, pero necesitaba sentir aquello. La sensación que uno tenía cuando su hija estaba durmiendo en la cuna como un ángel y la madre de su hija acurrucada a su lado en la cama. El deseo fue instintivo y natural. Lo había pillado por sorpresa. Casi como si fuera algo que no pudiera detener ni cambiar.

Pero, cada vez que se había rendido a sus instintos, le había fallado a alguien. Le había fallado a Lydia, le había fallado a Cory, y le había fallado a Grace al no creerla. ¿Realmente quería volver a fallarle?

No.

Se apartó de la tentación de Grace, quitando las manos de su espalda lentamente, saboreando cada segundo.

No había dicho nada estúpido como lo guapa que estaba o lo mucho que la había echado de menos, o cómo la cercanía que habían compartido estaba regresando a él. No había hecho nada de lo que pudiera arrepentirse, como besarla. Podía salir de aquello simplemente diciendo buenas noches y abandonando la habitación.

–Buenas
noches. Ella
tragósaliva.

–Buenasnoches.

Y Danny salió de la habitación.

Grace se quedó sentada en la cama. La parte donde él había estado

tumbado aún estaba caliente. Podía oler su aftershave.

Se llevó las manos a la cabeza. Si necesitaba alguna razón más para mantenerse alejada de Danny, esa noche él se la había dado. Había visto las diversas emociones en su rostro mientras la miraba, deseándola, aunque negándose a sí mismo. Ella podía haberse sentido insultada o herida; en vez de eso, simplemente veía lo fuerte que era. Lo decidido que podía llegar a estar por negarse a sí mismo lo que deseaba, incluso cuando probablemente él tuviera claro que ella también lo deseaba.

Y fue peor para ella. Pues sabía que sería una pérdida que iría directa a su alma.

Por segunda vez desde que se había mudado con Grace, Danny se despertó feliz. La noche antes había pasado tiempo con Sarah y se había ocupado de ella con éxito, demostrándose a sí mismo que no tenía que tener miedo de las semanas que fuese a pasar con su hija. También se había apartado con éxito de la tentación que representaba Grace. La deseaba, pero no deseaba hacerle daño. Algún día se lo agradecería.

Mientras se vestía, oyó los sonidos de Sarah despertándose, ya Grace bajando las escaleras para ir a buscar su biberón. Cuando estuvo seguro de que había regresado a su habitación para vestirse y preparar al bebé, él corrió escaleras abajo, entró en la cocina y recopiló los ingredientes para las tortitas. Veinte minutos después, Grace bajó y él se dio la vuelta desde los fogones.

–Buenos días.

Con unos vaqueros y camiseta azul clara que hacía que sus ojos pareciesen iridiscentes, Grace llevó a Sarah a su silla.

–Buenos días.

Era guapa de una manera discreta aunque naturalmente femenina que hacía que cada parte del cuerpo de Danny se pusiera alerta cuando la veía. Pero no le importaba. De hecho, ahora que sabía que podía controlar la parte emocional de su relación, le gustaba observar a Grace. ¿A qué hombre no le gustaba apreciar a una mujer guapa?

Mientras Grace colocaba al bebé en la silla, Danny observó cómo su camiseta se tensaba a la altura de sus pechos, y cómo los vaqueros acariciaban su trasero. Pero lo que realmente atrajo su atención fue su cara.

Sus ojos violetas brillaban con risa y sus labios sonreían. Si el hecho que

él hubiera abandonado la habitación la noche anterior le había afectado en algo, no lo dejaba ver. Grace era una de las personas más amoldables que había conocido.

Llevó una pila de tortitas a la mesa y ella olfateó el aire.

–Arándanos de nuevo.

–Son mi única especialidad –dijo él.

–Dices eso como si quisieras aprender a cocinar –dijo ella riéndose.

–Creo que sí que quiero.

–No sé por qué eso te parece tan insólito –dijo ella sentándose a la mesa–.

Muchos hombres cocinan.

Pero Danny no quería cocinar. Quería agradecer a Grace. No de una manera ridícula y descontrolada, sino de una manera que cumpliera con su parte de responsabilidad. Aun así, con sólo una semana más viviendo juntos, era demasiado tarde para aprender.

Grace se sirvió una tortita mientras Sarah brincaba en su silla.

–Podrías buscar un libro de cocina –
dijo. Esa idea tenía sentido.

–O yo podría enseñarte.

Esa idea tenía más sentido aún. Obtendría los conocimientos necesarios para hacer su parte y tendría la oportunidad perfecta de pasar tiempo con Grace. Tiempo normal. No luchando contra la atracción en mitad de la noche. Sin desear cosas que no podía tener. Sino tiempo para acostumbrarse a ella más aún sin necesidad de desearla sexualmente a cada instante.

–Me gustaría.

–Genial –dijo ella con una sonrisa–. Esta mañana iremos a la tienda a comprar ingredientes.

–¿De compras? –preguntó él mientras sacaba el sirope del armario.

–Ése es el primer paso para cocinar. No puedes preparar nada si no lo tienes. Si hubieras tratado de preparar estas tortitas mañana, te habrías sentido decepcionado porque los arándanos se habrían acabado. Por eso vamos a comprar hoy.

Danny no tenía ganas de ir a una tienda, pero ella tenía razón. Por desgracia, su sugerencia tenía un fallo.

–¿Cómo voy a saber lo que tengo que comprar si aún no sé cocinar nada?

–Yo te ayudaré.

–De acuerdo.

Sarah expresó su disconformidad por ser excluida de la conversación. Danny se sentó a la mesa y, antes de que Grace pudiera girarse para hacer caso al bebé, él cortó un pedazo de tortita y se lo metió en la boca.

Ella le dirigió una sonrisa.

Y Danny sintió que las piezas de su mundo encajaban. Lo que sintió fue más que felicidad. Era algo más parecido a un propósito o a un lugar. Eso era. Tenía un lugar. Tenía una hija y la madre de esa hija era su amiga. En cierto modo, el hecho de que Grace se quedase embarazada le había devuelto la vida. Mientras no intentase llevar más adelante esa relación, tenía una especie de familia.

En la tienda de alimentación, Grace se replanteó la idea de enseñar a Danny a cocinar. Él quería aprender a cocinar gambas y crême brûlée. En cambio sus especialidades estaban más cerca de la pizza o los brownies. Y los brownies ni siquiera eran caseros, sino que la mezcla venía yapreparada.

–¿Qué te parece costillas?

–La verdad es que tampoco estoy muy segura de cómo se preparan.

–Necesitamos un libro de cocina.

–O podríamos empezar con cosas menos complejas como filete a laparrilla o patatas al horno.

–Tú tampoco sabes cocinar –dijo él con una sonrisa.

–Eso es cuestión de opiniones. Conozco las cosas básicas. Puedo asar un roast beef buenísimo, preparar casi cualquier tipo de patatas y verduras al vapor. Mi lasaña triunfa en las reuniones.

–¿Reuniones?

–Ya sabes. Reuniones familiares. Picnics. Cuando se reúnen los tíos y los primos y todo el mundo lleva su plato estrella, jugamos al voleibol, decimos los guapos que son los ojos de los demás, y al día siguiente nos levantamos con agujetas porque la mayoría sólo hacemos deporte ese día al año.

Él se rió.

–¿Nunca has estado en una reunión familiar?

–No tengo mucha familia. Mi padre era hijo único y, aunque mi madre tenía dos hermanos, su hermano se hizo cura y su hermana eligió no tener hijos.

–Tienes que estar de broma –dijo ella.

–¿Por qué te sorprende tanto? Tus padres sólo te tienen a ti.

–Mis padres sólo me tienen a mí porque mi padre no pudo tener más hijos después de un accidente de coche. Parece que está bien, y puede hacer casi cualquier cosa, pero nunca pudo volver a trabajar. Por eso tienen tan poco dinero. Tuvimos que vivir con lo que mi madre ganaba.

–Ah.

–También sé preparar sopa –dijo ella cambiando de tema al ver que Danny estaba intentando asimilar la información.

–¿De qué tipo?

–De verduras, pollo y bolas de pasta.

–Oh, toda una gourmet.

–No te pongas engreído. Creo que te gustará la sopa. Tendré que utilizar un preparador de Spätzle.

–¿Qué diablos es eso?

–Es un aparato de cocina para hacer bolitas de pasta.

–¿Y por qué no lo llamas así?

–Porque no soy yo la que pone nombre a las cosas. Es una palabra alemana, o algo así. Además, Spätzle suena más oficial.

–De acuerdo.

Grace se rió. Se lo estaba pasando bien. Muy bien. El tipo de diversión que probablemente habrían tenido si hubieran seguido con su relación lentamente. Eran tan diferentes que necesitaban mucho tiempo para conocerse y aprender cosas del otro. A juzgar por la disposición de Danny a aprender, era evidente que le faltaba algo en su mundo. Y, viendo lo sorprendido que estaba ante la simplicidad de su modo de vida, era obvio que Grace no habría seguido igual si realmente hubieran tenido una relación.

Se gastaron más del doble de lo que Grace se gastaba en comida normalmente, pero Danny lo pagó todo.

A las dos de la tarde, con Sarah durmiendo la siesta y Danny de pie detrás de ella, Grace sacó la cacerola de la sopa.

–¿Podrías mirar desde un poco más atrás? –preguntó ella.

–Siento curiosidad.

–Pues siéntela desde la encimera. Danny obedeció.

–La sopa viene bien en un día frío de otoño como éste –añadió Grace para

que no se hiciera un silencio incómodo.

–Creo que estás presumiendo.

–¿Presumiendo?

–Dudé de tus habilidades, así que vas a deslumbrarme con tu hacedor de Spätzle.

–Eso no entra en juego hasta más tarde –dijo ella riéndose–. Además, la sopa no tiene nada de complicado. Primero consigues una cacerola. Luego la llenas de agua hasta la mitad –añadió mientras se lo demostraba–. Añades una cebolla, una patata, un poco de apio y un pollo.

–¿Vas a meter el pollo entero en la cacerola? –preguntó él sorprendido.

–Sí.

Entonces pareció horrorizado.

–Vamos –dijo ella riéndose–. Así lo hacía mi abuela –añadió mientras sacaba las pastillas de caldo de pollo.

–¡Eso es trampa! –exclamó él.

–La verdad es que no. Lo único que se consigue con las pastillas es ahorrar tiempo.

–Sigue siendo hacer trampas.

–Me estoy dando cuenta de una cosa. Estás en contra de todo lo que ahorre tiempo.

–Quiero aprender a cocinar correctamente.

–Yo tengo que ahorrar tiempo –dijo ella. Cuando lo tuvo todo en la cazuela, se lavó las manos y se las secó con papel de cocina.

–¿Y ahora qué?

–Ahora voy a aprovecharme de que Sarah sigue durmiendo y voy a leer.

–¿De verdad?

–Incluso con las pastillas de caldo, la sopa tiene que cocinarse durante al menos una hora. Será mejor que sean dos horas –dijo mirando el reloj que había en la cocina–. Así que, hasta que Sarah se despierte, voy a leer.

–¿Y qué hago yo?

–¿No estabas trabajando en algo anoche?

–Sí, pero no puedo avanzar más porque me he dejado un archivo importante en la oficina.

–¿Entonces tengo que entretenerte?

–Sí –dijo él riéndose–. Alguien tendrá que hacerlo.

Grace se quedó mirándolo. La noche anterior parecía decidido a no

implicarse con ella, pero en esa ocasión parecía encantado de estar en su

compañía. No tenía sentido...

Aunque de hecho sí lo tenía. La noche antes, ambos habían estado dispuestos a acostarse. Mientras que ese día estaban preparando sopa. Riéndose. No se enfrentaban a una decisión vital. ¿Acaso no era ése el objetivo real? Hacer que se sintiera cómodo para cuando se quedara con Sarah.

—¿Sabes algo de jardinería?

—No.

—¿Alguna vez has jugado a UNO?

—¿Qué es UNO?

—Vaya, o has llevado una vida muy aburrida o yo me he entretenido en exceso. Pero dijiste que tu madre es experta en rummy. Así que supongo que habrás jugado a eso.

—Un poco.

—Oh, crees que eres muy bueno, ¿verdad?

—Soy malísimo.

—¡No me mientas!

—¿Por qué iba a mentirte?

—Para que baje la guardia y puedas ganarme —Grace se dirigió al aparador del comedor para sacar las cartas—. Si piensas que tienes que mentirme, no creo que seas muy bueno.

—Soy excepcional.

—Lo sabía.

Justo entonces, los llantos comenzaron a sonar por el intercomunicador que había sobre la encimera.

—Se acabó la diversión —dijo ella volviendo a guardar las cartas en el cajón—. Trataré de que vuelva a dormirse, pero apuesto a que quiere venir aquíabajo.

—¿Por qué se ha despertado tan pronto?

—Probablemente nos haya oído hablar. Por eso no ha vuelto a quedarse dormida. Quiere estar donde está la acción.

—Genial. Jugaremos al rummy con ella en lasilla.

—Podríamos —dijo ella deteniéndose al pie de las escaleras—. ¿Pero no sería más divertido pasar unos minutos con ella primero?

—Sí. Tienes razón.

Cuando Grace desapareció, Danny respiró profundamente. Habían pasado

la mañana juntos los tres. Luego Grace y él habían estado preparando la sopa. Ahora iban a pasar más tiempo con él bebé y, sin duda, sería divertido.

Toda la mañana había sido tan fácil que sabía que estaba en lo cierto al pensar que una relación entre Grace y él le proporcionaría la familia, la conexión que tanto deseaba. Pero también sabía que se estaba acercando demasiado a la línea que no podía cruzar, a no ser que quisiera enamorarse de ella y tener una familia de verdad.

Se acercó a la cocina y levantó la tapa de la cazuela. Olió la sopa y se le hizo la boca agua. Aunque la sopa era una cosa fácil y seguía convencido de que Grace había hecho trampa con las pastillas de caldo, olía de maravilla. Había confiado en ella con aquellas dos semanas en su casa, y se había aclimatado muy bien a estar de nuevo en familia, aunque fuera una no tradicional. Había confiado en Grace con la sopa, y parecía que disfrutaría de una cena sabrosa. Había confiado en ella con respecto a Sarah y por fin tenía una relación con su hija.

¿Podría confiar en su instinto de no volver a hacerle daño ni a decepcionarla como había decepcionado a Lydia?

Grace regresó abajo con Sarah en brazos.

—Hola, hija —dijo él.

La niña gritó y comenzó a dar palmas.

—Grita y balbucea mucho. Tenemos que enseñarle algunas palabras.

—Supongo. Aunque de momento creo que jugar con los bloques de construcciones y con el cono y los anillos es más apropiado.

Danny estuvo a punto de preguntar qué era aquello, pero entonces lo recordó. Vio a Cory sentado en el suelo con los anillos de colores delante. Recordaba haberle enseñado a elegir los anillos por orden de tamaño para deslizarlos en un cono.

—¿Dónde está la caja de los juguetes? —preguntó él.

—No tengo. Los juguetes de Sarah están en el último cajón del aparador del comedor.

—¿La maldición de una casa pequeña? —preguntó él mientras se dirigía al aparador.

—Sí. Ésa es la otra razón por la que no quería hablar contigo sobre abrir una cuenta de inversiones para mí. Claramente necesito algo con más espacio y estoy pensando en comprarme otra casa. Y, si tengo algo de dinero

extra, lo invertiré en eso.

Danny abrió el cajón, sacó el cono y los anillos y se los entregó a Grace antes de sentarse en el sofá.

—¿Sabes? Nunca llegamos a tomar una decisión en firme sobre la pensión de la niña —dijo él.

—Claro que sí. Te dije que no pagaría ninguna pensión.

Aquel comentario hizo que se riera y, de pronto, se sintió demasiado lejos. De modo que se levantó del sofá y se sentó junto a ellas, con Sarah como barrera entre él y la mujer que, aun sin saberlo, estaba tentándolo a hacer lo que había jurado no volver a hacer.

—De hecho pienso que, si fuéramos a un juez, probablemente me exigiría que te pagara algo —dijo él—. Así que vamos. Hablemos de esto.

—De acuerdo —dijo Grace, asegurándose de que todos los anillos estuvieran al alcance de Sarah—. Si quieres pagar algo cada mes, ¿por qué no ingresas doscientos dólares al mes en una cuenta para la universidad de Sarah?

—Porque no necesita una cuenta para la universidad. Yo puedo permitirme pagárselo. Sé que no quieres hablar de esto, pero tenemos que hacerlo. No me siento bien no contribuyendo en los gastos del día a día.

—Ya te he dicho que vamos a compartir la custodia —dijo Grace—. Yo la tendré una semana y tú la siguiente. Técnicamente, así es como compartiremos los gastos.

—Aun así me gustaría...

—Danny, tengo trabajo. Mi casa ya casi está pagada. Cuando la venda, el dinero que consiga será la entrada para la nueva. Tengo un plan. Funciona. Estamos bien.

—Lo sé. Pero...

—¿Por qué no intentas relajarte aunque sea sólo por esta tarde? —preguntó ella dándole una palmadita en la rodilla.

—Me has dado un golpe. Ella sonrió y dijo:

—Una palmadita amigable para despertarte y que te des cuenta de una vez de que tengo razón.

Aquello era lo que le gustaba de ella. No tenía que ganar todas las discusiones. También sabía cuándo parar. Antes de que uno de los dos dijera

algo de lo que pudiera arrepentirse. Era una habilidad o sexto sentido que Lydia y él nunca habían adquirido.

—¿Ah, sí? ¿Me estás diciendo que entre nosotros están permitidas las

palmaditas de amigo?

–Claro. A veces algo físico es la única manera de llamar la atención de alguien.

–¿Quieres decir así? –preguntó él agarrándola por los hombros y tirándola al suelo para hacerle cosquillas.

–¡Eh! –exclamó ella tratando de escapar–. Ya tenías mi atención.

–Tenía tu atención, pero no entendías lo que quería decir, así que me aseguro de que veas lo en serio que hablo cuando digo que deberías aceptar mi dinero.

–No necesito tu dinero –dijo Grace apartándose de él.

–Ya lo veo –dijo él agarrándola de la cintura y tirando de ella–. Pero quiero dártelo.

Volvió a hacerle cosquillas y Grace gritó.

–¡Me rindo! Dame mil dólares y estamos en paz.

–Te di más que eso por ayudarme con Orlando –dijo él mirándola a los ojos. Cuando sus miradas se encontraron, Danny contuvo la respiración. Al mencionar el dinero extra, los recuerdos del fin de semana en la casa de la playa aparecieron en su mente. Dejó de hacerle cosquillas. Ella dejó de reírse. En el año que había pasado, se había olvidado de la existencia de Grace, convencido de que era una mentirosa. Pero había descubierto que no era así, que había estado enferma, dependiendo del dinero extra que le había dado. Y dependiendo del apoyo emocional de sus padres, cuando debía haber sido él

quien se lo diera.

–Siento mucho todo –dijo.

–Lo sé –contestó ella.

–Haría cualquier cosa por compensarte por todo lo que te he hecho.

–No es necesario.

Danny agachó la cabeza lentamente y la besó, diciéndose a sí mismo que, si comenzaban un romance simple y sin complicaciones, ella no acabaría herida. Y él tampoco. Los dos obtendrían lo quedeseaban.

La besó lentamente al principio, saboreando cada segundo de aquel contacto físico, manifestación de sus sentimientos hacia ella. Ella respondió con la misma lentitud, como si estuviera tan vacilante como él, pero igual de incapaz de resistirse a la tentación. Cuando aquel beso suave no fue

suficiente, Grace separó los labios lentamente.

Fue toda la invitación que Danny necesitaba. Intensifi

disfrutando del placer de estar junto a alguien tan maravillosa como Grace. La felicidad prácticamente corría por sus venas. El deseo lo consumía. Por primera vez desde su reencuentro, su mente no se fue directamente a la casa de la playa. Estaban en el presente. En el deseo de hacer el amor, de tocarla, de saborearla. De construir un futuro.

Pero, en cuanto el futuro apareció en la escena, Danny supo que se estaba engañando a sí mismo. Ya había intentado eso en una ocasión y había fracasado. Había perdido a un hijo y destrozado a su esposa. Había pasado un año llorando su pérdida. Conocía la realidad de una pérdida. Lo mucho que destrozaba a una persona. No podía pasar por lo mismo, pero, más que eso, no haría que Grace pasara por eso.

Capítulo 10

DANNY se apartó de ella y se puso en pie rápidamente, ofreciéndole la mano. Cuando Grace se levantó, él se dio la vuelta y ella sintió un vuelco en el corazón.

–¿Danny?

–Grace, esto está mal.

–No –contenta por poder por fin hablar de sus sentimientos, Grace se acercó a él y le agarró el brazo—. Se trata de nosotros. Nos gustamos. Somos como el pan y la mantequilla, o la sal y la pimienta. Encajamos.

–¿Encajar? ¿Estás segura de que quieres decir que encajas conmigo?

–Sí –dijo ella sin dudarlo un instante.

–Grace, por favor. Por favor, no. No encajes conmigo. No quieras encajar conmigo. Si fueras lista, ni siquiera querrías ser mi amiga.

Ante eso, Grace levantó la barbilla. Si pensaba darle la espalda de nuevo, negarle su amor, en esa ocasión lo obligaría a explicarse.

–¿Por qué?

–Porque no soy bueno para ti. No soy bueno para nadie.

–¿Por qué?

–¡Para!

–No. Dices que no eres bueno para mí. Yo digo que sí. Y no dejaré de presionarte.

–Entonces me marcharé.

–Genial. Huye. Si ésa es tu respuesta para todo, entonces huye.

–No estoy huyendo. Te estoy salvando.

–No lo creo. Ni tampoco creo que seas un cobarde que huye. ¡Así que dime quépasa!

Danny se giró hacia ella tan rápido que Grace se estremeció.

—¿Decírtelo? ¿Decirte qué? ¿Que fracasé en mi matrimonio y herí a la mujer que adoraba? ¿Decirte que no quiero volver a hacerlo?

Sus ojos brillaban de dolor. Su voz parecía provenir de un lugar sagrado y oscuro. Un lugar de cicatrices y recuerdos tristes. Un lugar que rara vez visitaba y al que nunca llevaba a nadie. Aun así, los matrimonios rotos eran algo común. Y, aunque comprendía que el suyo le hubiese hecho daño, también sospechaba que él sabía que ya era hora de seguir con su vida.

—¿Cómo sabes que fracasarás? —preguntó Grace.

—¿Cómo sabes que no lo haré?

—Porque eres bueno. Puede que no lo sepas, pero yo lo veo todos los días en cómo nos tratas a Sarah y a mí.

—Grace, te equivocas. Yo utilizo a las personas. Pregúntale a mi ex mujer. Te dirá que soy adicto al trabajo. Si la llamaras ahora mismo, probablemente imaginaría que sólo estoy aquí porque necesito educar a mi hija para que sea mi heredera. Servicios Carson necesita un heredero.

—Bueno, pues se equivocaría. Si sólo querías a Sarah para tener una heredera para la empresa, podrías haberme llevado a juicio.

—A no ser que no quisiera que hurgaras en mi pasado. Eso la detuvo.

—¿Y si se trata de que yo no quiero que me lleves a juicio? —preguntó él acercándose más—. ¿Y si hay algo tan malo en mi pasado que no sé ni cómo podrías perdonarlo?

Grace tragó saliva. Diversas posibilidades aparecieron en su mente. Tener un pecado oculto no sólo explicaba por qué se había mostrado tan dispuesto a vivir con ella sin recurrir a juicios, sino que también explicaba por qué siempre se apartaba, por qué siempre negaba lo que sentían el uno por el otro.

—No creo que haya nada en tu pasado que yo no pueda perdonar —dijo ella finalmente.

—¿Y si te dijera que yo maté a mi hijo?

—Tú no puedes haber matado a tu hijo.

—Fue un accidente, pero el accidente fue culpa mía.

Grace cerró los ojos. Un accidente que fuese culpa suya. Claro. Eso explicaba muchas cosas. Pero los accidentes eran circunstancias que

escapaban al control de la gente. Él no había matado a su hijo deliberadamente.

–Danny, no fue culpa tuya.

–¡No me perdones! Y no le quites importancia, como si la vida de mi hijo no fuese importante. Yo estaba a su cargo esa mañana. Él quería quitar los ruedines de su bicicleta y yo me negué, pero él insistió e insistió. Cuando me llamaron al móvil, debería haberlo ignorado. Pero contesté y le di la oportunidad al niño de demostrarme lo bueno que era con la bici saliendo a la carretera y poniéndose en el camino de un coche. Fue una vecina. Ya no sale de su casa. Arruiné muchas vidas aquella mañana.

El tic tac del reloj fue el único sonido en la habitación durante unos segundos. Grace se quedó helada, compungida por su dolor, sufriendo por él.

–Ya no estás tan segura de mí, ¿verdad?

–No fue culpa tuya.

–Fue mi culpa. Y vivo con ello cada día. Y echo de menos a mi hijo, y recuerdo la mirada en la cara de mi esposa. Y no te haré eso a ti.

Se dirigió hacia la escalera.

–¿Y si yo...? –comenzó a decir Grace, viendo que estaban en mitad de la conversación.

Danny se detuvo al pie de las escaleras y dijo:

–No tienes elección. No tienes nada que decir. Este dolor es mío.

Subió las escaleras y Grace se derrumbó en el sofá. Se echó hacia delante y levantó a Sarah del suelo, presionándola contra su pecho, comprendiendo de pronto por qué Danny no quería que hurgase en su pasado. Haría que encontrara múltiples razones para no darle la custodia; ni siquiera compartida.

Y odiaba admitir que estaba considerándolo. No por lo que hubiese ocurrido con su hijo, sino porque no parecía haberlo superado. ¿Qué significaba para Sarah que su padre no pudiese volver a querer?

Tomó aliento, sabiendo que sus miedos eran prematuros porque les quedaba otra semana de convivencia, otra semana para que se diera cuenta de que, aunque no quisiera olvidar a su hijo, también tenía una hija que lo necesitaba. No debía sacar conclusiones precipitadas.

Pero, veinte minutos después, Danny bajó las escaleras con las maletas.

–Nos queda otra semana juntos –dijo ella.

–Grace, no puedo más –dijo él poniéndose la chaqueta–. Además, yo no llegué a firmar el acuerdo. Esto ha sido un error.

Abrió la puerta y salió, pero se dio la vuelta una última vez para mirar a

Sarah y luego a Grace. Ella vio el arrepentimiento, el dolor y la necesidad en sus ojos; justo antes de que se marchara, cerrando la puerta tras él.

Danny entró en el vestíbulo de su casa y escuchó el eco que hizo su maleta al dejarla en el suelo, sabiendo que aquello sería el resto de su vida, y aceptándolo por primera vez. No se arriesgaría a hacer daño a Grace. Al contarle su historia aquella tarde, había recordado el poco derecho que tenía a arrastrar a otra persona a su vida. Ahora que Grace lo sabía todo, él ni siquiera esperaba poder visitar a Sarah. Esperaba vivir su vida solo y dejarle el negocio familiar a su hija.

A Sarah. Una niña que ni siquiera lo conocería, pero que tendría su misma sangre. Cuando fuese mayor de edad, Danny le ofrecería la oportunidad de formarse para hacerse cargo del negocio, ¿pero Grace se lo permitiría? Ninguna madre sentenciaría a su hija a pasar siquiera unas horas a la semana con un padre frío y distante.

Capítulo 11

UN MES después, sentado a la mesa de la sala de vistas del juzgado, Danny no estaba del todo seguro de por qué había ido. Las razones de Grace para estar allí eran evidentes. Ella había hecho que su abogado fijara la vista para asegurarse de que no consiguiera la custodia. Probablemente pudiera encontrar razones suficientes para conseguir que no volviera a ver al bebé nunca más.

Pero Danny sabía que Grace no haría eso. Tras su confesión, y después de pasar una semana vagando solo por su casa, había vuelto al trabajo y su vida había entrado en una fuerte y cómoda rutina. Después de asimilarlo y de dejar de sentir pena de sí mismo, se había dado cuenta de que no todo estaba perdido. Grace no alejaría a Sarah de él. Sería amable y le permitiría visitarla, aunque probablemente lo odiara.

Algunos días se odiaba a sí mismo. Se culpaba por el dolor que le había causado a Grace por permitirle creer en él; aunque sólo hubiera sido por una semana. Si le hubiera contado la verdad sobre su hijo desde el principio, Grace habría mantenido la distancia. Y él no habría tenido que acostumbrarse de nuevo a vivir solo en una casa enorme, recordando constantemente lo que era sentirse pleno y feliz, sentirse deseado, tener a gente en su vida y una razón para existir más allá del negocio familiar.

Pero Danny sabía que Grace sería justa. Él quería a su hija. Deseaba formar parte de su vida, no sólo para asegurarse de que estuviera lista para ocuparse de Servicios Carson, sino porque le gustaba tenerla cerca. Le encantaba estar con ella. Tal vez nunca tuviera la suerte de compartir su vida con la madre de Sarah, pero al menos tendría una hija.

Así que suponía que había ido a esa vista como muestra de buena fe,

demostrando que, si Grace estaba dispuesta a concederle las visitas, él las aceptaría. Imaginaba que cualquier visita que le permitiera estaría supervisada. Él había sido la persona al cargo cuando Cory murió. El abogado de Grace expondría ese hecho como manera de demostrar que Danny no era un buen padre. Pero se conformaría con las visitas supervisadas. Llegado a ese punto, se conformaría con cualquier cosa.

Grace entró en la sala de vistas. Llevaba un traje azul eléctrico y el pelo a la altura de los hombros. Estaba preciosa. Sin embargo, la reacción de Danny al verla fue más emocional que física. La había echado de menos. Habían pasado un total de nueve días juntos. Tres en su casa de la playa y seis en casa de Grace, y la echaba de menos. Sufría por ella. Deseaba todo lo que sabía que podrían haber tenido juntos si él no hubiera mirado para otro lado durante un segundo, cambiando sudestino.

Grace se acercó a la mesa con su abogado, Robby Malloy. El guapo Robby Malloy, con su aspecto de estrella de cine. Danny experimentó unos celos tan intensos que tuvo que resistir la tentación de levantarse de la mesa y apartar a Grace de su lado.

Pero no hizo nada. Porque, como padre, su primera preocupación era asegurarse de que formaría parte de la vida de su hija. No tenía derecho para enfadarse porque Grace pudiera salir con alguien.

¿Entonces por qué se le aceleraba el pulso y se le calentaba la sangre sólo viéndola con otro hombre? ¿Su abogado, nada menos? Un hombre que podría no estar interesado en ella a nivel romántico, sino simplemente haciendo su trabajo.

El juez entró en la sala con su toga negra moviéndose a cada paso. Danny siguió las instrucciones de su abogado, Art Brown, y se levantó.

–Juez Antanazzo –dijo Malloy, que aún no se había sentado, ofreciéndole la mano al juez.

–Buenos días, señor Malloy –dijo Charlie Antanazzo–. ¿Cómo está hoy mi abogado favorito?

–Bueno –dijo Malloy–. Dudo que sea su abogado favorito. Pero soy fantástico, su señoría. Ésta es mi clienta, Grace McCartney.

–Es un placer conocerla –dijo el juez mientras le estrechaba la mano a Grace.

Danny observó que el juez no sólo sonreía como cualquier hombre al

conocer a una mujer guapa, sino que también la miraba de arriba abajo con

apreciación; comenzando por su pelo y terminando por sus piernas.

En esa ocasión le resultó más difícil controlarse y no apartar a Grace de su lado.

Pero ese barco ya había zarpado y tenía que acostumbrarse a verla con otros hombres. Había tenido su oportunidad y la había desperdiciado.

–Buenos días, su señoría –dijo el abogado de Danny finalmente–. Éste es mi cliente, Danny Carson.

El juez le estrechó la mano a Danny y frunció el ceño.

–Sí, lo sé –dijo–. Danny Carson. Presidente de Servicios Carson. Vamos a ver –añadió el juez mientras revisaba el informe que tenía delante–. La señorita McCartney trabajó para usted en una ocasión. Le dijo que estaba embarazada. Usted no la creyó. Las circunstancias, entre otras que estuvo enferma durante el embarazo, le impidieron seguir insistiendo. Luego le llevó al bebé. Aquí no pone nada de pensión –entonces miró a Danny–. ¿Le paga usted una pensión por el cuidado del bebé?

–No, señoría –dijo el abogado de Danny–, pero...

–De acuerdo –dijo el juez–. Este caso se reduce a unos hechos muy concisos. La señorita McCartney le dijo que estaba embarazada, le llevó a su bebé y usted no le pasa una pensión. ¿Estoy en lo cierto?

–Hay algo más, señoría –dijo el abogado de Grace.

Danny sintió un vuelco en el corazón. Por la poca información que el juez había leído, quedaba claro de parte de quién estaba. En cuanto su pasado saliera a la luz, tal vez ni le permitiesen las visitas supervisadas. La necesidad de defenderse se apoderó de él. Los hechos que el juez había leído hacían que pareciese malo. Pero él no era malo. Todo lo que había hecho mal no había sido deliberadamente. Todo podía explicarse.

Él había malinterpretado el hecho de que Grace no respondiera al teléfono aquella noche, cuando regresó de su viaje tras estar fuera una semana. Como resultado de eso, rompió con ella. De modo que, cuando fue a decirle que estaba embarazada, pensó que era un plan para recuperarlo, y no la creyó. Y, cuando dejó su empleo, Danny pensó que era porque su plan había quedado al descubierto. Él no era malo. Había cometido algunos errores. Errores defendibles. Técnicamente podía incluso defenderse a sí mismo con respecto a la muerte de Cory.

Los abogados hicieron las respectivas introducciones. Danny evitó mirar

a Grace y finalmente el juez dijo:

–Señor Malloy, su turno.

–Gracias, señorita. A mi clienta le gustaría testificar primero.

El abogado de Danny le había advertido que las vistas preliminares a veces podían no ser oficiales, pero Danny no debía tomárselo a la ligera porque todo quedaría registrado.

–Bien, señorita McCartney, no hay desavenencia entre usted y el señor Carson sobre la paternidad, ¿cierto?

–Cierto. Y, si la hubiera, pediríamos una prueba de ADN. Estuvimos de acuerdo en eso.

–Pero no es necesario porque sabe que el señor Carson es el padre, ¿verdad?

–Sí. No he... no había... –Grace se detuvo, y Danny frunció el ceño, sin saber muy bien adónde quería llegar.

–No había tenido relaciones –dijo Robbie, y Grace asintió.

–No había tenido relaciones con nadie desde varios meses antes de que Danny... el señor Carson, y yo pasáramos el fin de semana en su casa de la playa.

Danny estuvo a punto de emitir un gemido. No porque pareciese como si la hubiese llevado a su refugio privado para seducirla, sino porque por primera vez se daba cuenta de lo importante que debía de haber sido para ella acostarse con él. Grace no se acostaba con cualquiera. Pero sí se había acostado con él aquella noche. Le había dirigido una sonrisa, le había hecho reír, le había hecho sentir vivo...

Robbie Malloy dijo:

–¿Entonces por qué está hoy aquí, señorita McCartney?

–Estoy aquí porque el señor Carson y yo teníamos un acuerdo para compartir la custodia.

–¿Y más o menos qué decía ese acuerdo?

–Que, si podía pasar dos semanas en mi casa para aprender a cuidar de Sarah, yo accedería a la custodia compartida.

–¿El señor Carson quería la custodia compartida?

–No. Al principio quería la custodia total. El acuerdo que hicimos sobre la custodia compartida era para evitar pelear por Sarah. La custodia compartida nos pareció la mejor manera.

–Pero...

Grace tomó aliento. Danny la miró y ella le devolvió la mirada. Si quería

testificar contra él, lo haría mirándolo a los ojos.

–Pero no se quedó las dos semanas.

–Señorita McCartney, ¿es cierto que tampoco firmó el acuerdo?

–No, no lo firmó.

–¿Y por eso estamos aquí?

–Bueno, no puedo hablar por el señor Carson, pero la razón por la que yo estoy aquí es para que conste en acta que, aunque no firmara el acuerdo ni se quedara las dos semanas, creo que el señor Carson llevó a cabo su cometido y debería servir.

–¿Lo que significa que cree que el señor Carson y usted deberían compartir la custodia?

–Sí –contestó ella mirando a Danny.

–¿Quieres que yo tenga a Sarah las otras semanas? –preguntó Danny, olvidándose de que todo lo que dijera constaría en acta.

–Sí. Danny, demostraste lo que tenías que demostrar.

–Pero si me fui...

–Lo sé. No importa. Me demostraste que puedes cuidar de Sarah.

–Señoría –dijo Robbie–, eso es lo que queríamos que constase en acta. No hay más preguntas.

–¿Quiere usted interrogar a la señorita McCartney? –le preguntó el juez a Art.

–De hecho creo que dejaremos el testimonio de la señorita McCartney como está –dijo Art.

–¿El señor Carson quiere testificar?

–No –dijo Art sin consultar a Danny.

–Técnicamente –dijo el juez revisando sus notas–, tienen un acuerdo de custodia. Lo que pasa es que no es legal. Aun así, la señorita McCartney quiere seguir adelante. Señor Carson, ¿quiere usted seguir adelante con el acuerdo?

Danny asintió y Art dijo:

–Sí.

–Es un hombre muy afortunado, señor Carson –dijo el juez–. Muy afortunado.

Mirando a Grace, que había comenzado a recoger su bolso con tranquilidad, como si lo que acabara de decir careciese de importancia,

Danny no supo qué decir. Art habló por él.

–Señoría, cuando los padres comparten la custodia, se considera frecuentemente que cada uno se hace responsable de los gastos del hijo cuando está con él o ella.

–Cierto –dijo el juez–. Como si estas dos personas tuvieran los mismos recursos económicos –miró a Danny–. No lo estropee –dijo antes de abandonar la sala.

–Bueno, ha ido mejor de lo esperado –dijo Art mientras recogía sus archivos, pero Danny sólo prestaba atención a Grace, que se dirigía hacia la puerta con su abogado.

–¡Espera! –gritó él antes de que ella saliera por la puerta. Grace se giró y le dirigió una sonrisa.

–¿Por qué no has...?

–¿Por qué no he qué? –preguntó ella.

–¿Por qué me dejas tener a Sarah?

–Eres su padre.

–Yo... –Danny tomó aliento–. ¿Y si no puedo hacerme cargo de ella? Para su sorpresa, Grace se rió.

–Podrás hacerte cargo de ella –dijo–. He visto cómo lo haces. Estarás bien.

–Estaré bien –repitió él, molesto con Grace por ser tan poco seria cuando la seguridad de su hija estaba en juego–. ¿Qué tipo de respuesta esésa?

–Una respuesta sincera.

–¿Cómo puedes confiármela a mí?

–¿Me estás diciendo que vas a ponerla en peligro?

–Sabes que no.

–Entonces no hay razón por la que no deberías tener a tu hija.

–¿Confías en mí? Ella sonrió.

–Confío en ti. Pero, si estás nervioso, contrata a una niñera. Me has dicho en al menos dos ocasiones que vas a hacerlo. Así que contrata a alguien.

Danny sintió su corazón lleno de alegría. Estaba obteniendo una segunda oportunidad. Tendría algo parecido a una familia.

–De acuerdo –dijo tras tragar saliva.

Grace se acercó a él y le colocó la mano en el brazo.

–O, si no quieres contratar a una niñera, podrías venir a casa.

A casa. A su casa. Recordaba claramente todos los detalles de los seis días que había pasado allí. Sobre todo recordaba lo tentado que había estado de

tomar lo que ambos deseaban. Al igual que se sentía tentado en ese momento de aceptar lo que le estaba ofreciendo. Una segunda oportunidad. No sólo la oportunidad de ser el padre de Sarah, sino una segunda oportunidad en la vida. Tener una vida de verdad.

Pero también sabía que estaba herido. Tan herido que no era justo usar a Grace como manera de salir de su infierno particular.

–Sabes que te mereces algo mejor –le dijo con una sonrisa.

–Eso dices, pero yo no lo creo. Veo la parte de ti que tratas de ocultar, o de olvidar, o de castigar. Yo no veo el pasado.

–Tienes suerte.

–No, Danny. No tengo suerte. Es el momento. El momento de que sigas hacia delante. Ven conmigo –dijo ofreciéndole la mano–. Empieza de nuevo.

Danny se quedó mirando la mano que le ofrecía. Dedos delicados, uñas rosas. Cosas femeninas. Cosas suaves. Cosas que echaba de menos desde hacía mucho. Un millón de posibilidades aparecieron en su mente. Millones de cosas que haría, que podría hacer si estrechaba esa mano y entraba de nuevo en su mundo. Podría enseñar a Sarah a andar. Oír su primera palabra. Cuando le llamase papá. Dormir con Grace. Robarle besos. Compartir sueños. Pasar las Navidades como unafamilia.

No se merecía nada de eso.

–No puedo.

Capítulo 12

DANNY se dio la vuelta y, aunque la primera reacción de Grace fue exigirle que le hablara, no lo hizo. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Lágrimas por él y por el maravilloso futuro al que estaba dando la espalda, y se dio la vuelta para abandonar la sala devistas.

–¿Estás bien? –le preguntó Robbie cuando salió.

–Sí –dijo ella intentando sonreír–. Estoy bien.

–Eres horriblemente generosa con él.

–Eso es porque es duro consigo mismo.

–Ten cuidado, Grace –dijo Robbie dirigiéndola hacia la escalera que conducía al vestíbulo–. A los hombres como Danny Carson, que tienen reputación de conseguir lo que quieren, no les gusta perder. Puede que pienses que, dándole la custodia compartida, le estabas haciendo un favor a él y a tu hija, pero lo tenías contra las cuerdas y él lo sabía. Puede que haya jugado contigo, que haya hecho que sintieras pena de él para darle lo que quería, dado que sabía que probablemente no podría ganarte en unjuicio.

–No lo creo. Conozco a Danny mejor que tú. Él no haría algo así.

–¿Crees que conoces a Danny?

–Conozco a Danny.

–Bueno, eso espero, puesto que lo que has dicho hoy, todo eso de que es capaz de cuidar de Sarah, ha constado en acta y eso nos niega toda posibilidad de usar la muerte de su hijo en futuras vistas.

–Nunca utilizaría la muerte de su hijo –dijo Grace indignada.

–Oye, a mí me parece bien. De hecho sí que creo que sería cruel usar eso contra él. Sólo digo que tengas cuidado. Todo este asunto se podría volver en tu contra y podrías acabar luchando por tu hija.

–No será así.

Robbie negó con la cabeza y dijo:

–Dios, sálvame de los clientes enamorados.

–¿Tan evidente es?

–Sí –dijo Robbie mientras abría una de las puertas del juzgado–. Y, si Danny es tan listo como todo el mundo dice, lo utilizará. Será mejor que guardes mi número en la marcación rápida.

Mientras le leía a Sarah en la mecedora aquella noche, Grace, pensó en la mirada de Danny cuando ella había dicho en la vista que deseaba mantener el acuerdo de custodia compartida.

No debería haberse sorprendido de que él esperase que testificase en su contra. Estaba enfadado consigo mismo y nada de lo que ella dijese podría cambiar eso. No importaba lo triste que pareciese ni lo mucho que ella deseaba abrazarlo, no podía. Un hombre que no podía perdonarse a sí mismo, sobre todo por algo traumático, no estaba listo para una relación y tal vez nunca lo estuviera. Se le había roto el corazón cuando había rechazado su oferta de volver a casa con ella. Tanto por él como por ella misma.

Pero al menos ya tenía la respuesta que quería.

Con Sarah dormida en sus brazos, Grace dejó el cuento en la estantería y se levantó de la mecedora. Dejó a la niña en la cuna y la tapó, dándole un beso en la frente antes de bajar las escaleras.

No iba a ser fácil compartir la custodia con un hombre al que amaba, pero que nunca podría amarla. Pero tenía que hacerlo. De hecho iba a hacer lo que se había prometido a sí misma que no haría la noche que bajó las escaleras en la casa de la playa para ir a buscarlo. Iba a languidecer por él. Pretendía amarlo siempre, en silencio, sin esperar nada a cambio porque el problema con Danny era que nadie lo había querido realmente. Al menos sin esperar nada a cambio. Sus padres esperaban que se hiciera cargo del negocio familiar. Su ex mujer lo hacía responsable de la muerte de su hijo. La gente que trabajaba para él deseaba un trabajo. Sus inversores necesitaban su experiencia. Nadie lo quería sin esperar nada a cambio.

Así que ella sería esa persona. Tal vez nunca fuera su esposa, pero estaría allí por él, para que pudiera ver que no pasaba nada, que la vida no siempre

tenía que ser cuestión de lo que pudiera o no dar a la gente.

Dos lunes después, cuando Robbie llamó para decirle que ya le había llegado la orden del juez, Grace se sentó y escuchó tranquilamente mientras le explicaba que tendría que tener a Sarah lista a las seis de la tarde de aquel viernes. A cada palabra que decía, Grace sentía más presión en el pecho. Los ojos se le llenaron de lágrimas. Era fácil decir que pensaba amar a Danny sin esperar nada a cambio cuando la situación era abstracta. Pero ahora que la custodia compartida era una realidad, se dio cuenta de que amar a Danny significaba negarse a sí misma. Desde ese momento, pasaría la mitad del tiempo sin su hija.

Colgó el teléfono, agradecida por tener cuatro días para prepararse antes de verlo, y logró recibirlo con una sonrisa el viernes. Con la bolsa de Sarah preparada junto a la puerta, le entregó a la niña.

–Hola, Sarah–dijo él, y la niña le dio con un sonajero en la frente–.

Supongo que se ha olvidado de quién soy.

–Quizá –dijo Grace, tratando de sonar firme y segura. Pero ver a Danny en su puerta, sin querer entrar, con el abrigo y la bufanda debido a la primera ola de frío del oeste de Pensilvania, hizo que pareciera como si el Danny al que amaba ya no existiese. El tipo en vaqueros y camiseta que preparaba tortitas parecía haber sido reemplazado por el hombre al frente de Servicios Carson.

–No necesitaremos eso –dijo Danny señalando la bolsa de los pañales mientras trataba de controlar a Sarah, que había empezado a llorar y trataba de zafarse de él–. Tengo una habitación llena de esas cosas.

Por primera vez desde que llegó, la miró a los ojos.

–También he contratado a una niñera –añadió.

–Bien –Grace sintió las lágrimas en la garganta al ver cómo Sarah intentaba ir con ella–. Quédate con papá, Sarah –susurró empujándola de nuevo a los brazos de Danny.

Pero, con su madre tan cerca, la niña comenzó a llorar más fuerte, tratando por todos los medios de ir con ella.

–Tal vez deberíamos haberlo hecho poco a poco –dijo ella–. Hacer una visita de fin de semana antes de obligarla a pasar toda la noche fuera.

–Será difícil lo hagamos como lo hagamos. Así que hagámoslo cuanto antes.

–Si te da problemas, llámame –dijo Grace tratando de mantener la voz

firme mientras él se alejaba.

Ya en la acera, caminando hacia el coche, Danny dijo:

–De
acuerdo. Y
se marchó.

Viendo cómo las luces de su coche desaparecían en la noche, Grace se quedó de pie en la entrada, con las palabras de su abogado en la cabeza, preguntándose de pronto si Danny no la habría engañado realmente.

¿Habría sido capaz de ponerse vaqueros unas cuantas veces, preparar tortitas y hacer que se enamorase de ella sólo para llevarse a su hija?

Danny entró en su casa con Sarah, que no paraba de llorar, en un brazo.

–¡Elise! –gritó llamando a su niñera.

Ella apareció en el recibidor. Alta y de constitución fuerte, Elise llevaba una chaqueta de lana de colores vivos, una blusa blanca y una falda gris. Parecía salida de un cuento, como la quintaesencia de las niñeras.

–Oh, Dios mío. Esta pequeña tiene un par de buenos pulmones –dijo Elise tomando a Sarah en brazos. Pero, cuando Danny le entregó a la niña, se sintió extraño por confiar el cuidado de su hija tan fácilmente. Recordó que Grace le había dicho que no quería compartir a una niñera porque cuidar de Sarah era algo que le gustaba hacer.

Tras quitarse el abrigo, volvió a tomarla en brazos.

–Esta noche me encargaré yo de ella.

–Pero...

–Al menos hasta que se acostumbre a estar aquí.

Elise suspiró, le dirigió una sonrisa confusa y dijo:

–Como quiera.

A Danny no le importaba lo que pensase. Lo único que le importaba era Sarah. Había pensado que contratar a una niñera sería una manera perfecta de ayudar a Sarah a adaptarse, pero ver a la niña con Elise no le parecía bien. Sarah era su responsabilidad. Su pequeña. Su hija.

Al llevar a Sarah a su habitación, Danny pensó en Grace. En cómo se le habían llenado los ojos de lágrimas cuando Sarah había empezado a llorar. Él se había ido de prisa no para causarle dolor, sino para que los tres se acostumbraran a ese ritual que tendría lugar cada viernes. Pero le había hecho daño.

De nuevo.

Parecía que siempre hacía daño a Grace.

Aun así, con Sarah sin parar de llorar, no era el momento de pensar en eso. Le quitó la chaqueta a la niña, los zapatos, los vaqueros y la camiseta, y le puso el pijama.

No dejaba de llorar.

Se la colocó contra su hombro y le dio unas palmaditas en la espalda mientras bajaba a la cocina, de donde sacó del frigorífico uno de los biberones que Elise había preparado. Se sentó en la mecedora para darle de cenar y, aunque la niña comenzó a beber, las lágrimas no dejaban de resbalarle por las mejillas. Al segundo biberón dejó de beber y comenzó a llorar de nuevo.

—Lo siento. Sé que es duro. Sé que echas de menos a tu madre, pero esto es lo correcto. Confía en mí.

Caminó por la habitación con ella en brazos, tratando de calmarla y, al dar la tercera vuelta, vio los cuentos junto a la mecedora. El decorador que había contratado para crear la estancia rosa y amarilla con temática de osos había colocado estratégicamente los cuentos en una mesa baja junto a la mecedora. Tras sentarse de nuevo, sacó uno de los cuentos y lo abrió.

—Había una vez —comenzó a leer—, en un reino lejano, una princesa que se llamaba... Sarah.

Sarah comenzó a llorar con menos fuerza.

—Era una niña muy guapa con pelo castaño rojizo —prosiguió, cuadrando la descripción del cuento con la de su hija—. Y con ojos azules.

El llanto de la niña se redujo a sollozos, y su expresión confusa le recordó a la primera noche en que había cuidado de ella él solo. Ese recuerdo lo hizo sonreír. Recordó que había querido estar con Sarah. No había estado seguro de cómo cuidar de ella, pero no había querido molestar a Grace.

Tomó aliento. En esa ocasión estaba cuidando de ella para proteger a Grace. Para protegerla de él. Añadir un matrimonio fracasado al hecho de haber ignorado su embarazo no ayudaría en nada. Tenía que recordar eso.

—La princesa vivía sola con su padre, el rey. Su madre había muerto cuando la princesa era un bebé y habían contratado a una institutriz. La señora Pickleberry iba siempre con el ceño fruncido y Sarah fingía estar enferma para no tener que pasar tiempo con ella cuando el rey estaba fuera de palacio cumpliendo con su deber. Cada vez que la señora Pickleberry abandonaba su habitación, convencida de que Sarah se quedaría todo el día

en la cama, la princesa se sentaba junto a su ventana con las piernascruzadas

y el pulgar en la boca; esperando el regreso de su padre.

Danny dejó de leer. Al rey no le quedaba otra opción más que dejar a su hija al cuidado de otra persona. Pero Danny sí tenía opciones. Muchas. En la discusión que habían tenido cuando Grace le había presentado a la niña, ella le había preguntado si sería mejor para la niña crecer rodeada de extraños antes que con su madre. Aun así, eso no era lo que estaba ocurriendo allí. Sí, Sarah estaría con una institutriz... una niñera... mientras que Danny estuviera trabajando, pero eso no significaba que estuviera apartándola de su madre. No realmente. Sólo una de cada dossemanas.

Miró hacia abajo. Sarah se había quedado dormida.

Gracias a Dios. No estaba seguro de poder soportar ni una más de las acusaciones que parecía albergar ese cuento. Dejó al bebé en la cuna y se quedó allí de pie durante unos minutos, contemplándola, disfrutando de la alegría de ser su padre, pensando en todas las cosas que podría hacer por ella, convenciéndose a sí mismo de que Grace también podría hacer muchas cosas cuando estuviera sola, cosas que de otra forma no tendría tiempo de hacer.

Pero la sonrisa que había iluminado su rostro pronto desapareció. Tal vez Grace tuviera tiempo de hacer muchas cosas, pero no las haría. Pasaría cada hora preocupándose por Sarah. No porque él no fuera de fiar, sino porque la niña echara de menos a su madre. Y porque ella echaría de menos a su hija. De hecho, en ese momento Grace estaría llorando probablemente. Y él no podía soportar pensar en eso.

No era el tipo de hombre que hacía daño a la gente. Pero su razonamiento en esa ocasión fue más allá de la propia imagen de sí mismo. No podía imaginarse a Grace echando de menos a Sarah porque él la amaba. Lo último que un hombre quería era hacer daño a la mujer que más amaba en el mundo. Y sin embargo eso era lo que siempre le hacía a Grace. Daño. Cuando la había conocido, él era un hombre roto y vacío. Ella le había recordado lo que era la vida. Ese domingo por la noche en la casa de la playa le había enseñado lo que tendrían juntos si él pudiera abrirse. Pero no podía, y ella había aceptado que nunca más volviera a verla. Pero entonces se había quedado embarazada y lo había intentado una vez más. Al volver a rechazarla, no había vuelto a aparecer hasta que tuvo a Sarah. Ofreciéndole algo que no merecía: un lugar en la vida de su hija. Un lugar que ella no le

había quitado. Incluso sabiendo su oscuro secreto, tenía fe en él cuando ni siquiera él la tenía.

Danny apretó los dientes. Sabía cuál era la solución a su problema.

Para salvar a Grace tenía que librarse de la culpa. Tenía que intentarlo de nuevo. Con todas sus fuerzas.

Tenía que llevar a Sarah de vuelta con Grace. Para siempre. Sin custodia compartida.

Cuando se dirigía a la cocina para prepararse un chocolate, Grace oyó que llamaban a la puerta y miró el reloj. ¿Quién iría de visita después de las nueve de la noche?

Pensando que serían sus padres, preocupados al saber que era su primera noche sin Sarah, se giró y se dirigió hacia la puerta. Cuando miró por la mirilla y vio a Danny con Sarah dormida en brazos, abrió de golpe.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó tomando a Sarah en brazos—. ¿Qué pasa?

—¿Podemos hablar? —preguntó él.

Meciendo a Sarah con un brazo, Grace examinó cada centímetro de su cuerpo.

—¿Está bien?

—Sí —contestó él. Somos tú y yo los que tenemos el problema. Tenemos que hablar.

Grace sintió un vuelco en el corazón. Casi se había convencido de que Robbie tenía razón. Danny la había engañado y había conseguido todo lo que deseaba a su costa. Todo porque se había enamorado de él.

Pero había vuelto, diciendo que tenían que hablar, sonando como un hombre dispuesto a hablar, y no a quitar. Aun así, en esa ocasión tenía que ser fuerte, cuidadosa. No podía caer víctima de su mirada... ni de la esperanza en su corazón.

Tenía que ser fuerte.

—Danny, es tarde y nuestros abogados dijeron todo lo que había que decir...

—El mío no. Apenas dijo nada. Y hay unas cosas que tengo que decir. Mete a Sarah en la cama. En su cama.

Cuando Grace se dio la vuelta para llevar a Sarah a la cama, vio cómo Danny vacilaba en la entrada.

Recordando que siempre se sentía más cómodo en su casa cuando le daba algo que hacer, dijo:

–Estaba a punto de preparar chocolate. Podrías ir a la cocina y preparar las tazas.

–De acuerdo.

Cuando regresó abajo, vio que sólo había llegado hasta los taburetes que había frente a la encimera.

–¿Es que no quieres chocolate?

–Me encantaría.

Parecía tan callado e inquieto que Grace no supo qué decir. Colocó la cacerola en el fuego y echó la leche y el cacao, esperando a que hablase. Al ver que no decía nada, bajó el fuego y se acercó a la barra del desayuno.

–¿Ha ocurrido algo con Sarah?

–No. Está bien. ¿Por qué has hecho esto? ¿Por qué me dejas tener la custodia compartida?

–Eres su padre –dijo ella encogiéndose de hombros–. Ella te quiere. Tú la quieres.

–¿Y ya está?

–¿Qué más quieres?

–¿No me entregaste a Sarah para obligarme a ceder?

–¿Obligarte a ceder? –Grace se carcajeó–. Dios mío, Danny, ¿cuándo he hecho yo algo así? No te creíste que me hubiera acostado contigo porque me gustaras. Estabas seguro de que tenía un plan secreto. No me creíste cuando te dije que estaba embarazada. Me echaste de tu despacho. Desconfiaste tanto de mí cuando te dije que quería la custodia compartida que insististe en que hiciéramos un trato. Si hay algo que no voy a hacer, es obligarte a hacernada.

–¿No me entregaste a Sarah para que te estuviera tan agradecido que me enamorase de ti?

Tras unos segundos para recuperarse de tal acusación, Grace negó con la cabeza. Realmente Danny pensaba que la gente sólo hacía cosas buenas esperando algo a cambio.

–Oh, Danny, no te he concedido la custodia para arrastrarte a tener una relación conmigo.

–¿De verdad?

–Sí. Te he concedido la custodia compartida porque eres su padre.

–Y no quieres nada de mí.

Grace pensó en mentirle. Deseaba que fueran una familia normal. Deseaba que él fuera feliz. El mismo tipo feliz con el que había hecho el amor en la

casa de la playa. Deseaba que la deseara. Que la aceptase en su vida con los brazos abiertos. Deseaba muchas cosas, pero no esperaba nada de él.

Pero si algo había aprendido de él en las últimas semanas, era que valoraba la sinceridad. De modo que respiró profundamente y dijo:

—
Quiero muchas cosas. Pero también soy realista. No hasta que no estés preparado. Nadie va apresionarte.

—Lo sé —dijo él sentándose en un taburete, y señaló hacia el fuego—. Creo que la leche está hirviendo.

—¡Oh! —Grace se apartó de la barra y corrió hacia el fuego, donde la leche caliente se había desbordado—. Parece que voy a tener que empezar de nuevo.

—Creo que los dos deberíamos empezar de nuevo.

Sin estar muy segura de lo que quería decir con eso, Grace tiró la leche quemada y llenó la cacerola de agua, sintiendo cómo su corazón latía ante las expectativas.

—¿Y cómo sugieres que empecemos de nuevo?

—El primer paso es que tengo que contártelo todo.

Grace encontró una segunda cacerola, la llenó de leche y vertió el cacao, negándose de nuevo a presionar a Danny para que hablara. Era su momento. Le dejaría hacer lo que quisiera. No volvería a malinterpretarlo.

—Pues cuéntamelo todo.

—Esta noche he pensado bien en las cosas que me han pasado estos últimos años y me he dado cuenta de algo que me negaba a ver.

—¿Y qué es? —preguntó ella mientras ajustaba el gas.

—Mi matrimonio con Lydia terminó antes del accidente de Cory.

—¿Qué?

—Esta noche, cuando estaba cuidando de Sarah pensando en lo triste que estarías tú, me di cuenta de que eres muy diferente a Lydia. Ella y yo pasamos casi todo nuestro matrimonio discutiendo. Primero ella no quería tener hijos, luego, cuando tuvimos a Cory, quiso meterlo en una escuela para niños superdotados en California. No discutimos cuando yo insistí en que se hiciera cargo de la empresa. Discutimos porque ella seguía apartándolo. No quería que estuvieracerca.

—Ah.

—No diré que no la amase cuando me casé con ella, pero ahora veo que

éramos tan diferentes, sobre todo en lo que deseábamos de la vida, que nos dirigíamos hacia el divorcio antes del accidente de Cory. Esta noche,

finalmente me he dado cuenta de que necesitaba separar ambas cosas. El accidente de Cory no arruinó mi matrimonio. Lydia y yo ya nos habíamos ocupado de eso.

–Lo siento.

–¿Sabes una cosa? Sabía que lo sentirías. Creo que por eso me gustas. La razón por la que me sentí atraído por ti en la casa de la playa. Realmente tienes un sexto sentido con la gente. Te vi con Orlando y a veces escuchaba vuestras conversaciones, y supe que eras alguien especial. Más que eso, respetabas las mismas cosas que yo. Sobre todo la familia y los compromisos. Tú y yo teníamos lo que nos faltaba a Lydia y a mí. Creencias comunes. El domingo por la noche, cuando nos quedamos solos, me di cuenta de que también teníamos química. Pero me entró el pánico.

Dado que Grace no podía contradecir lo que estaba oyendo, se quedó callada.

–Esta noche, mientras mecía a Sarah, pensando en ti, odiando el hecho de que hubieras tenido que renunciar a ella, me enfadé porque la vida nos hubiera puesto en esta situación. Pero de pronto me di cuenta de que no era la vida la que nos obligaba. Era yo, porque no pensaba que pudiera amarte sin hacertedaño.

Temiendo albergar esperanzas sobre el final de sus conclusiones, Grace aguantó la respiración.

–Supongo que, pensando en mi matrimonio mientras mecía a Sarah, vi algo que hizo que todo encajara.

–¿El qué?

–Que, si tú y yo hubiéramos estado casados, habríamos superado la muerte de Cory. Probablemente tú habrías comprendido mi error al contestar al móvil, e incluso habrías comprendido que me sintiera culpable, pero nunca me habrías culpado por ello. Tú y yo habríamos sobrevivido. Un matrimonio entre los dos habría sobrevivido.

–Eso es todo un cumplido –dijo Grace llevándose la mano al pecho.

–Eres una persona muy especial. O tal vez la fuerza de tu amor sea especial. O tal vez tú y yo juntos seamos especiales. No sé. Sólo sé que has sido increíblemente paciente con todo esto. Pero ya he dejado dehuir.

–Pensé que no huías –dijo ella con una sonrisa.

–Bueno, tal vez no huía. Tal vez mantenía a todo el mundo alejado. Pero

no puedo seguir así. Por que te quiero. Te quiero. No podía pensarte aquí

sola y, aunque no quiero hacerte daño, finalmente vi que, si no daba este paso, siempre estaría haciéndotedaño.

–¿Qué paso?

–Deseo amarte. Deseo casarme contigo.

–¿Qué?

–Te quiero y quiero casarme contigo.

Grace simplemente se quedó mirándolo.

–Podrías decir que tú también me quieres –dijo él.

–Yo también te quiero.

Danny se rió, y el sonido inundó la pequeña cocina.

–Y quieres casarte conmigo –dijo–. Grace, estando a solas con Sarah me he dado cuenta de que tenía todo lo que necesitaba, y podría haberme conformado con eso. Pero te deseo a ti también. ¿Te casarás conmigo?

–¡Claro que quiero casarme contigo! –Grace se dispuso a lanzarse a sus brazos, pero recordó el chocolate y se giró para apagar el fuego. Para cuando volvió a darse la vuelta, Danny estaba a su lado con los brazos abiertos.

La abrazó y sus bocas se encontraron. Sin dudarlo un segundo, Grace le devolvió el beso, abriendo la boca. El corazón le latía con fuerza y el pulso se le aceleró. La amaba. La amaba y quería casarse con ella. Parecía demasiado bueno para ser real.

–El chocolate se va a salir –dijo él.

–Pensé que lo había apagado –Grace se giró entre sus brazos y vio la cacerola enfriándose–. Sí lo he apagado.

–De todas formas, se me ocurre algo mejor que el chocolate.

Tiró de ella hacia su cuerpo y le susurró algo al oído que, en otras circunstancias, habría hecho que se sonrojara. Pero ella se rió y le dijo algo igualmente sexy antes de que la besara y le recordara las ideas que había tenido aquel lunes regresando de Virginia Beach por la I-64. Había encontrado al hombre perfecto.

Había encontrado al hombre perfecto e iban a vivir felices para siempre.

Epílogo

DESCANSANDO bajo la sombra de un enorme roble, en un banco junto a la mesa de picnic, Grace observaba a Sarah mientras jugaba en el cajón de arena con los hijos de sus primos. También veía a Danny a la izquierda jugando en el partido de softball de casados contra solteros que se celebraba anualmente en la reunión de los McCartney.

El presidente y director de junta de Servicios Carson no parecía fuera de lugar con sus pantalones cortos y su camiseta, como Grace había imaginado. Todo en aquel día parecía perfectamente normal.

El bateador se agachó, preparándose para golpear la bola, que fue lanzada tan fuerte que Grace apenas pudo verla volando por el aire. Pero su primo Mark sí la había visto, y la lanzó con el bate directamente hacia Danny.

Grace pegó un grito y se tapó los ojos con las manos, pero no fue capaz de resistirse y separó los dedos.

—¡La tengo! —gritó Danny, levantó la mano con el guante y la bola cayó en su lugar.

Todo el equipo de los casados comenzó a vitorearlo, porque Danny había anotado el último punto del partido. Por primera vez en casi veinte años, los hombres casados habían derrotado a los solteros.

Danny recibió las felicitaciones de todos. Era nuevo. Justo lo que la familia necesitaba. Grace se incorporó un poco en el banco, mirando a Sarah, que tenía ya dieciocho meses y que echaba arena con una pala en un camión de juguete.

El equipo de los casados se disgregó para ir a contárselo, mientras que los solteros se quejaban diciendo que Danny era muy bueno. Danny corrió hacia Grace como si fuera un hombre a punto de recibir una medalla olímpica.

–¿Has visto eso?

–Sí. Has estado genial.

–Sí, ¿verdad?

–Hombres –dijo ella riéndose mientras Danny se sentaba a su lado.

–¿Estás bien?

–Estoy bien.

–¿Estás segura?

–Estoy segura.

–Es que la última vez que te quedaste embarazada, te pusiste enferma y...

–Por vigésima cuarta vez, cada embarazo es diferente. Sí, estuve enferma con Sarah. Pero ahora sólo estoy un poco mareada.

–Tal vez estuviste enferma porque... –comenzó a decir él, pero Grace le tapó la boca con la mano.

–No me puse enferma porque tuviera que pasarlo sola. Ya hemos hablado esto, Danny. Un millón de veces.

–O al menos veinticuatro veces –dijo él sonriendo antes de mirar a su alrededor–. Esto es precioso.

–Por eso hacemos el picnic aquí cada año. No hay distracciones. Es un lugar abierto, con árboles que dan sombra y una barbacoa de ladrillo para hacer hamburguesas. Así que todo el mundo tiene tiempo para hablar, para ponerse al día de año en año.

–Es genial.

–Sí que lo es.

–Y tu familia es muy simpática.

–Tú también les caes bien.

–¿Quieres que vigile a Sarah durante un rato?

–No. Está bien. Tú sigue relacionándote con la gente. Nosotras estamos bien.

–Pero es tu familia.

–Y yo me relaciono. Las mujeres se relacionan más en torno a la comida y el cajón de arena. Ya veré a todo el mundo. Además, puede que éste sea tu último día fuera con gente durante un tiempo. Deberías aprovecharlo.

–¿De qué estás hablando? Mañana tengo que ir a trabajar.

–Claro –dijo ella, y se rió–. Mañana vas a sufrir. Te dolerá todo el cuerpo. Necesitarás una buena ducha caliente para poder ponerte el traje.

–Oye, no tendré agujetas.

–Claro que las tendrás.

–Soy un atleta.

–Te ganas la vida moviendo papeles y vas al gimnasio algunas noches por semana –dijo ella antes de darle un beso rápido–. Vas a estar días en la cama.

–¿Y tú te quedarás en la cama conmigo?

–¿Y dejar que Sarah se quede sola con Pickleberry? –habían descubierto que Elise era tan estricta con las normas que se referían a ella como a la institutriz del cuento.

–Oye, fuiste tú quien insistió en que se quedara.

–Sólo para no estar tentados de usarla en exceso.

Danny se rió y Grace se quedó mirándolo. Ya no se sentía culpable. Recordaba a su hijo bien. Incluso visitaba a la vecina que lo había atropellado, y lo habían aceptado tanto que la señora Oliver era una visita habitual en su casa.

Danny también había contratado a un nuevo vicepresidente y delegaba parte de su responsabilidad en él, de modo que pudieron pasar casi todo el verano en la casa de la playa de Virginia Beach. Adoraba a Sarah. Deseaba tener una familia numerosa y a Grace le encantaba la idea. No para darle herederos, sino porque la amaba.

Completamente. Sinceramente. Con una pasión que no había desaparecido. El intenso amor que sentían el uno por el otro parecía crecer cada día. Él tenía un hogar y ella un hombre que iría hasta el fin del mundo por ella.

Viendo a los demás miembros de su familia hablar y reírse, compartiendo recetas e historias sobre sus hijos, Grace vio de pronto que así era como tenía que ser.

Ésa era la lección que había aprendido creciendo rodeada de gente que no dudaba a la hora de amar.

En alguna parte ahí fuera había alguien para cada persona.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atraparé desde la primera hasta la última página.



www.harpercollinsiberica.com